

# EL ULTIMO CURSO

---

## Capítulo I : Un hatajo de brutos

Éramos veintinueve en la clase, si mal no recuerdo. Veintinueve bestias salvajes dispuestas a hacer sudar a los profesores. 8°C era la clase más temida, superando incluso a esos animales de 8°A. Siempre nos estábamos peleando con ellos, y los de 8°B se divertían haciendo de mediadores.

Pero vayamos a lo que interesa. Me llamo Óscar Zaragoza, y si escribo todo esto es porque mi memoria es limitada, y sé que dentro de cierto tiempo no me acordaré. Pero bueno, basta ya de tonterías y comencemos con la historia: la historia de la clase de 8°C.

Una vez una profesora se puso a escribir en la pizarra todo lo que éramos, y la llenó toda de calificativos hasta que ya no cupieron más. Entre los que puso recuerdo los siguientes: salvajes, incivilizados, bestias, gamberros, animales, incívicos maleducados, bárbaros, caraduras, groseros, cerriles, bastos, escandalosos, revolucionarios, alborotadores, indisciplinados, zafios y muchos más. Sugestivo, ¿eh?

En mi clase éramos veintinueve, sí. Y ahora voy a describir a mis veintiocho compañeros de fatigas.

Comencemos por Víctor Abella. Era un chico muy honrado, malo en inglés, bueno en mates, incondicional del fútbol. Era mi mejor amigo junto con Alejandro Hidalgo, alias Alex. Éste era muy bromista, aunque detestaba las matemáticas. Pero pensé que entraríamos en conflicto cuando ambos me dijeron que les gustaba mi hermana Paula, un año menor que yo.

Pero hablemos de Paula, mi queridísima hermana, que despierta tales pasiones entre mis amigos. Es rubia, alta, delgada e iba a 7°A. Una monada de chica, de no ser por su carácter insoportable. ¡Y si no, que me lo digan a mí! Sin embargo, ella no se decidía entre Víctor y Alex. No tenía prisa, y la verdad es que ellos tampoco.

Otro de la clase era Iván Borrás. Si había alguien que se merecía todos los apelativos que la enfurecida profesora escribió en la pizarra, ése era él. Sacaba pésimas notas y era el más gamberro de la clase. Tenía un año más que el resto porque era repetidor, y había hecho dos veces 6°.

Ana Fuentes era muy empollona e inteligente. Aunque llevaba gafas, le sentaban

muy bien, y le daban un aspecto intelectual de lo más gracioso. Bueno, Vicky Duart sí era guapa. La más guapa de la clase, y eso que yo no suelo fijarme en las chicas. Pero en Vicky era difícil no fijarse. Morena y con ojos verdes, casi todos los chicos iban detrás de ella. Y precisamente el que le gustaba a ella no estaba entre ese grupito de incondicionales. ¡Así es la vida! El que le gustaba era Raúl Fernández, deportista número uno de la clase, pero pésimo en inglés. Lo curioso de él era que, a pesar de correr como un rayo, siempre llegaba tarde a todas partes.

Josema Vives era su mejor amigo. También era bueno en deportes, aunque no tanto como él. Le gustaba el tenis, el riesgo y las aventuras emocionantes. Y en esto era idéntico a Inma Segarra. Inma también estaba loca por el riesgo, el tenis y la aventura. Era la mejor en inglés y la peor en matemáticas. Su enemigo número uno era el profesor de esta asignatura. Realmente, Josema e Inma estaban hechos el uno para el otro, y no faltaba quien afirmaba que a ella le gustaba él. No seré yo quien zanje la cuestión...

Lore Jiménez era el polo opuesto a Inma y, sin embargo, su mejor amiga. Sacaba más o menos buenas notas, y era tan tímida y callada que a veces no te enterabas de si estaba o no en clase.

En toda clase decente nunca falta el típico chulo impertinente. En la nuestra tampoco. Su nombre era Esteban Reyna, y a veces no había quien lo soportara. Pretendía ser el mejor en tenis, aunque yo creo que si se hiciera una lista de los mejores jugadores, de mejor a peor, él no pasaría del cuarto puesto.

Nuestra clase tenía un delegado y una subdelegada. El delegado era Fernando Miralles, serio, empollón, pero simpático y muy honrado. La subdelegada se llamaba Almudena Casanova (a veces la llamábamos Dena, para abreviar), y también era seria y tranquila. Fría y calculadora, era la única que tenía la cabeza sobre los hombros. Ella y Fernando se llevaban muy bien, y se encargaban de sacarnos de los líos en los que nos metíamos siempre. Eran únicos para eso, y por tal motivo habían sido delegados desde que íbamos a 4º. de E.G.B.

Una de las que siempre había que tener bajo vigilancia era Sandra Santolaya, apodada «Huracán». Era una chica impulsiva, un auténtico rabo de lagartija que no se detenía ante nada. ¡Y ojo al que se pusiera en su camino!

8ºC también tenía un pelotillero que andaba siempre detrás de los profes. Se llamaba David Sáez y, aunque los profesores nunca le cayeron bien, era un adulón. Pero siempre solucionaba los problemas diplomáticamente, era partidario del parlamento antes

de entrar en acción.

Antonio Muñoz era un chaval muy normalito, magnífico jugador de fútbol. Le gustaban las matemáticas (!!!), pero le llamábamos «el pupas» porque era muy debilucho y casi siempre estaba enfermo.

Otra chica de la clase era Susana Font. Era simpática y emprendedora, pero si había algo que no podía soportar era el sufrimiento humano... y la historia.

Rafa Ortega rebosaba vitalidad por los cuatro costados. No podía estar quieto un momento. Sólo se quedaba quieto en las clases... porque se quedaba dormido como un tronco. Debía de ser consecuencia de esa tremenda hiperactividad que desarrollaba fuera de clases.

Sara Torres no parecía tener otra preocupación que no fueran los chicos. Todos los de la clase le habían gustado por un tiempo. Incluso yo (fijaos bien, yo) fui su ídolo durante un par de agobiantes meses. Luego, la tomó con el pobre Fernando.

Santi Martorell era un espécimen muy extraño de estudiante. Era un vago de categoría. No daba ni golpe y siempre se las arreglaba para sacar buenas notas. ¡Notables sin mover un dedo!

Ester Alonso, definición: pelirroja agresiva. Siempre se estaba peleando con Iván Borrás. Pero cuando se juntaba con Inma y Sandra, entonces era como para ponerse a temblar. ¡Las tres formaban un peligro público!

A Quique Vidal le llamábamos «Hitler» porque era racista. Esto no nos gustaba, pero no nos hacía caso. Hasta que en mitad del curso pasó algo que le hizo cambiar de opinión.

Silvia Palacio era «verde». No, no quiero decir que era marciana, sino que era ecologista. Le gustaba mucho la naturaleza, y sacaba notas inmejorables en ciencias naturales. Sobre todo, le gustaban los perros y los búhos.

El típico comilón que traga a todas horas se llamaba Luis Ibáñez. También teníamos un gordo en clase. No nos faltaba de nada. Pero aparte de su desagradable manía de hablar con la boca llena, lo que permitía ver la masa que se movía de un lugar a otro dentro de su enorme boca, era muy simpático.

Tere Ródenas y Begoña Lozano eran íntimas amigas. A las dos les gustaba el tenis y a Begoña, además, Alberto Benavent. Pero hablemos de este individuo. Si Iván Borrás era el gamberro número uno, Alberto se merecía el título de gamberro número dos. Era revoltoso, hablador y traía de cabeza a los profes. Por lo demás, era un gran compañero.

A Patricia Valero era casi imposible descubrirla con la nariz fuera de un libro. No era empollona, sino lectora de primera línea. Sus libros favoritos eran los de misterio y terror, y los devoraba como si sólo viviera de eso.

A César Noguera le llamábamos «el revolucionario». Era todo lo contrario a David Sáez. Él no quería parlamentar, organizaba sublevaciones con sólo mover un dedo. Tenía el poder de soliviantar a las masas de una manera increíble. Todos le hacíamos caso.

Ésta era la clase de 8<sup>o</sup>C en septiembre, cuando comenzó el colegio. Y nos aguardaba un pelotón de profesores, dispuestos a mantenernos a raya.

Uno de estos guardianes para la paz y el orden era don Andrés, nuestro tutor, profesor de mates y ciencias naturales, amable pero inflexible. Era nuestro tutor desde que teníamos nueve años, porque era el único capaz de dominarnos.

Las letras tenían su representante en don Javier, profesor de lengua, un plomo de hombre, que tenía la virtud de conseguir, que sus clases resultasen aún más aburridas que las de matemáticas, que ya es difícil.

La señorita Noelia nos daría ciencias sociales. Nunca nos había dado clase y no sabíamos cómo sería, pero los de 8<sup>o</sup>B ya lo habían probado y aseguraban que era simpática, aunque bastante hortera.

Don Alfredo era el profesor de plástica, hombre inaguantable que no soportaba una broma, y tenía muy poco sentido del humor. Alex ya sabía que más le valía no hacer ninguna de sus gracias en una clase suya.

Como profesora de inglés tendríamos a una tal señorita Julia, que era nueva en el colegio. No sabíamos cómo sería. Nadie lo sabía.

Álvaro era el profesor de educación física y deporte. Nos caía fantásticamente bien. Joven, simpático, atlético, lanzado, un verdadero amigo. A todos los chavales les caía bien. Además, él nos permitía tutearle, y eso nos hacía tener más confianza con él.

Y por último tenemos a don José, el director del colegio. Era un hombre serio y tranquilo, justo y amable. Era difícil sacarlo de sus casillas. Resolvía enseguida todos los problemas, y por eso a nadie le importaba ir a su despacho a exponerle sus ideas o a solicitarle ayuda. Realmente, don José se preocupaba por los problemas de los alumnos. Era como un volcán. Tranquilo menos cuando entra en erupción. Entonces, ¡sálvese quien pueda!

Supongo que a estas alturas ya os habréis hecho un lío con tanto nombre y tanto personaje, y eso que no éramos una clase excesivamente numerosa. Pero no importa, con

el tiempo los iréis conociendo a cada uno, según vayáis leyendo.

El primer día de colegio fue un auténtico follón. Todo eran saludos y no parábamos de hablar unos con otros. Como llevábamos todo el verano sin vernos... Entonces llegó don Andrés y puso orden, como de costumbre. Éste era un ritual que se repetía todos los años. Sin embargo, el discurso de bienvenida varió un poco aquella vez.

-Bueno, ya estáis todos aquí reunidos de nuevo -empezó don Andrés.

Víctor, que se sentaba a mi lado, me dio un codazo y me guiñó un ojo. Asentí. Todos los años comenzaba así.

-...pero, supongo que ya os habréis dado cuenta... -Eso ya no nos sonaba tanto-, va a ser vuestro último curso en este colegio porque, como ya sabéis, sólo disponemos de E.G.B., y no hay B.U.P.

Calló un momento. Nos había abierto los ojos a todos. Era verdad. Ya lo sabíamos, pero no le habíamos concedido la menor importancia. Ahora, sin embargo, nos percatábamos de que, realmente, aquél sería el último año que estudiaríamos juntos en una misma clase. Luego, cada cual se iría a seguir sus estudios a otro colegio o instituto.

-Espero que aprovechéis al máximo vuestro último curso en este colegio.

Y con esto dio por finalizado su discurso inaugural, que fue mucho más corto que otros años.

Cuando más tarde sonó la campana del recreo, Fernando nos reunió a todos a su alrededor. Le costó lo suyo, porque estábamos en estado revolucionario, pero por fin lo consiguió. Y entonces soltó:

-¿Habéis oído lo que ha dicho don Andrés? Yo no había caído. Es el último curso que pasaremos juntos.

-Bah, no hay para tanto -protestó Iván Borrás-. Todavía falta mucho para junio.

-No tanto -dijo Silvia Palacio-. Luego se pasa volando.

-A no ser que repitas curso, Borrás -intervino Ester Alonso, burlona-. Por amor al colegio, para retrasar lo más posible el día en que lo dejes. Total, tú en eso eres experto.

Iván se limitó a lanzarle una mirada fulminante. No quería empezar mal el curso, porque seguramente de haber sido más adelante habríamos tenido pelea.

-¡Eh, haya paz! -protestó el sensato Fernando-. Lo que yo quería decir es que en junio tenemos que hacer algo especial para despedirnos.

-Falta mucho para eso -protestó Alberto Benavent.

-Deja que termine, Benavent -dije yo-. No lo interrumpáis más, o no acabaremos nunca.

-Hemos pensado hacer un viaje de fin de curso -intervino Almudena-. Creemos que todos los años los de 8º deberían hacerlo, además de la tradicional fiesta de despedida.

-Es que sería lo normal -dijo Rafa Ortega-. Siempre tendría que hacerse un viaje de fin de curso. En todos los colegios se hace, menos aquí.

-Necesitamos el permiso del mandamás -apuntó Fernando-. Dentro de varias semanas le presentaremos un proyecto: dónde queremos ir, cuántos días, qué pensamos hacer para recaudar dinero para el viaje, cosas así. Y luego sólo queda que lo apruebe.

Recuerdo que se nos pasó el tiempo volando. Todos sugeríamos sitios para ir, y Almudena lo iba apuntando todo. Decidimos exponerle nuestra idea a don Andrés, para que nos ayudara con el proyecto. Aún faltaba todo el curso, pero sabíamos que, cuanto antes lo tuviéramos todo planeado, mejor.

Como ya he dicho, se nos pasó el tiempo. Alguien dio la voz de alarma, quizá demasiado tarde:

-¡Eh, que ya es la hora pasada!

Subimos volando las escaleras, armando un jaleo increíble, y entramos en clase parlotando todos a la vez. Nos quedamos en la puerta. Allí había una profesora alta, seca, con cara de vinagre y muy mala uva.

-¿¡Dónde estaban ustedes!?! -chilló más que preguntó-. ¡Hace diez minutos que deberían estar aquí! ¡Siéntense inmediatamente!

Ningún profesor nos trataba de usted. Se oyeron algunas risitas, mientras todos nos sentábamos.

-¿Y esa bruja es la nueva profesora de inglés? -se oyó la voz de Benavent, que quizá no pretendía hablar tan alto.

Lo malo es que la bruja lo oyó.

-¿Quién ha hecho ese comentario? -preguntó, mirándonos a todos como si se nos fuera a comer.

Alberto nunca se había distinguido precisamente por su sinceridad. Nadie levantó la mano.

-¿Quién? -insistió la señorita Julia.

No íbamos a acusarlo. Incluso nos abstuvimos de mirarlo, para no delatarlo. El dedo acusador de la bruja se detuvo sobre mi compañero de fatigas Alex.

-¿Sabe usted quién ha sido?

-Sí -respondió Alex-, pero no debería tomárselo tan en serio.

-Eso es asunto mío. Bueno, pues si sabe usted quién ha sido, dígame su nombre.

-¿Eh?

-¡Su nombre! -repitió la señorita Julia-. ¿O es que está usted sordo?

-¡Ah! Alejandro Hidalgo.

-¿Quien de ustedes es Alejandro Hidalgo?

Alex puso cara de bobo.

-Yo, señorita -tartamudeó-. Creí que me preguntaba por mi nombre.

Víctor tuvo sus problemas para reprimir una carcajada. Comprendí entonces que Alex le estaba tomando el pelo adrede. La profesora lo comprendió también, y se puso roja como un tomate.

-¡Siéntese! -aulló.

-Sí, señorita -respondió Alex, cortés, pero con un acento burlón en su voz.

Se sentó. Se oyó una carcajada al fondo. Sandra Santolaya, «Huracán», se retorció de risa en su asiento.

-¿Y usted de qué se ríe? -bramó la señorita Julia.

-De un chiste que me acaban de contar -respondió «Huracán», secándose las lágrimas, y señaló a Inma Segarra, que se sentaba a su lado-. Verá iba una bruja montada en su escoba...

-¡Silencio! -chilló la señorita Julia-. Usted, levántese.

Inma se levantó, con una mueca que delataba sus desesperados intentos por contener la risa.

-Su nombre -pidió la bruja, abriendo su librito de notas-. Y el de su compañera, ésa que le encuentra tanta gracia a su chiste.

-Inmaculada Segarra -respondió Inma.

-¿Y el de su compañera?

-Creo, señorita, que ella sabe hablar, y creo que tampoco ha olvidado su nombre.

¿Por qué no se lo pregunta a ella?

La profesora de inglés abrió la boca como si fuera a decir algo, pero, en lugar de eso, desistió y se volvió hacia «Huracán».

-¿Cómo se llama usted? -le preguntó.

-«Huracán»-fue la respuesta.

Carcajada general.

-¡Ay, no! Verá, es que me llaman «Huracán», pero me llamo Sandra Santolaya.

Usted y su compañera se han ganado un negativo en conducta -sentenció la bruja.

-¡Pero no puede hacer eso! ¡Si a Inma se le da fenomenal el inglés!

-Eso no tiene nada que ver con la disciplina.

-Dis-ci-pli-na -repitió Iván. Más bien escupió la palabra.

-¿Es que aquí es desconocida esta palabra? -preguntó la bruja, con ironía.

-No, la repiten todos los profesores hasta la saciedad -informó Iván-. No ha descubierto el mundo, señorita.

Borrás sabía ser impertinente, y esa observación no le hizo ninguna gracia a la profesora de inglés. Por si fuera poco, tuvo la virtud de encender el buen humor general, que ya bastante caliente estaba antes. Se oyeron risas y todo tipo de comentarios por toda el aula, y la señorita Julia se puso a plantar malas notas a diestro y siniestro. El ambiente de recochineo general la había irritado bastante.

-Venga, callaos o nos transformará a todos en ranas -rió Esteban Reyna. La señorita Julia no soportó aquella impertinencia.

-Salga de clase -ordenó-. Y dígame su nombre.

-My name is Steven Queen, teacher -soltó Esteban en inglés, con guasa.

-Menos cachondeo y dígamelo en español.

-Esteban Reyna.

-Salga de clase inmediatamente.

-No me da la gana.

Esteban, fiel a su costumbre, estaba exagerando.

-¡¡Salga inmediatamente de clase!!

-Todo español de trece años tiene derecho a recibir educación -intervino Ester Alonso, sacudiendo sus rizos pelirrojos-. Y no puede negarle ese derecho. Lo dice el Ministerio de Cultura, ¿no lo sabía?

-¡Desvergonzada!

-No, señorita -corrigió Ester, amable-. Me llamo Ester. Ester Alonso, para más datos. La primera chica de la lista.

-¡Embustera! -saltó Víctor-. El primero soy yo, tú eres la segunda.

-He dicho la primera chica de la lista, Víctor, que no te enteras.

-¡Silencio! -berreó la bruja-. ¡Son ustedes un hatajo de brutos! ¡Nunca en mi vida de profesora...!

-...que debe de haber sido muy larga... -intercaló Iván.

-¡...nunca me había encontrado con una clase así! ¡Son ustedes la vergüenza del colegio! ¡La deshonra de...!

-¿De la sociedad estudiantil? -preguntó Tere, burlona.



-¡¡Gamberros!! ¡¡Sinvergüenzas!! ¡Un hatajo de brutos, eso es lo que son ustedes!

-No debería enseñarnos esas palabrotas, señorita -dijo César Noguera-. Nos está dando un mal ejemplo.

La bruja cerró de golpe su libreta de notas y salió a toda mecha del aula. Reinó entonces un silencio de ultratumba, que Fernando osó romper pasados unos minutos.

-¿En qué lío me habéis metido ahora? -nos increpó-. Como de costumbre me va a tocar a mí hablar con el director. ¡Y el primer día de colegio!

-Esa señorita tiquismiquis nos va a declarar la guerra, ya veréis -pronosticó Sandra.

Víctor y yo nos miramos. Ambos sabíamos que tenía razón.

## Capítulo II: «Señorita Tiquismiquis»

Contra lo que cabía esperar, la señorita Julia volvió sola. No la acompañaba el director, ni el subdirector, ni el jefe de estudios ni ningún otro profesor. Todos supusimos que habían considerado que no merecía la pena enfadarse el primer día de colegio.

-¡Viva el dire! -soltó Ester, al ver aparecer a la bruja sola por la puerta. Varios más corearon su alabanza.

-Vamos a dar clase de inglés -informó la profesora con gesto agrio-. Y no quiero tonterías. El primero que haga un comentario, se marchará directo al despacho del jefe de estudios.

Víctor me pasó un papel por debajo de la mesa. Ponía, textualmente: «Portaos como angelitos o tendremos problemas el primer día de clase». Y firmaba Fernando Miralles.

-Pásalo -me indicó Víctor en un susurro apenas audible.

Pronto el papel con el mensaje había recorrido toda el aula. Miramos a Fernando, que ponía cara de súplica desesperada. Y decidimos enterrar el hacha de guerra, con lo cual las clases de inglés transcurrieron con normalidad durante las dos semanas siguientes.

Pero pasado ese tiempo, ya no aguantamos más y se declaró la guerra entre la clase de 8º (o sea, nosotros) y la profesora de inglés (es decir, la señorita Julia). La cosa fue así.

Una mañana que se me pegaron las sábanas corría yo por los pasillos, con la típica desesperación del que llega tarde. Eran las nueve y cinco, y mi cerebro trabajaba a toda velocidad pensando una excusa verosímil para endosarle a don Andrés. Me decía a mí mismo que la culpa era de Paula, porque me había entretenido, que menuda bronca me iba a ganar, que por qué me tenía que pasar eso a mí, y otras memeces por el estilo. Estaba tan obsesionado con el asunto que no me di cuenta de que alguien doblaba la esquina y... ¡entré en colisión como un meteoro con la profesora de inglés!

Caímos los dos al suelo, y los libros se nos desparramaron por alrededor. Las gafas de la señorita Julia habían volado por los aires, y me apresuré a recuperarlas.

-Lo-lo siento -murmuré al tiempo que se las daba-. No la vi doblar la esquina.

-Muy típico de usted, Zaragoza -gruñó la bruja, frunciendo el ceño-. ¿Qué hacía usted corriendo tan deprisa? ¿Iba a apagar un incendio?

-Sí... digo, no. Es que llegaba tarde.

La señorita Julia miró su reloj. Puse cara de culpable y la ayudé a levantarse. Comencé a recogerle los libros. No había duda de que yo ya estaba apuntado en la lista negra de sus enemigos número uno.

-Esto le costará una visita al despacho del director -dijo la bruja.

Mis sospechas se confirmaron.

-Espero que le imponga un duro castigo -prosiguió la señorita Julia-, se lo merece.

Aquello ya era pasarse. Ningún profesor se enfadaría tanto por una tontería así.

-Pero, ¿qué he hecho? -protesté.

La profesora de inglés se puso echa una furia. Se puso roja, los ojos casi se le salieron de las órbitas y pegó tal alarido que por poco me deja sordo:

-¡¡Encima tiene la impertinencia de preguntarlo!!

Lo que chilló después no pude entenderlo. Haciendo grandes aspavientos y parlotando furiosa me arrastró hasta el despacho del director. Lo que le dijo me dejó patidifuso:

-¡No se puede tolerar tal gamberrismo, tal vandalismo en este colegio, don José!

Primero me atropella deliberadamente, encima llegaba tarde y tiene la cara dura de preguntar con impertinencia qué ha hecho.

Don José miró a la señorita Julia, me miró a mí (adopté la expresión más inocente que pude), miró de nuevo a la señorita Julia, volvió a mirarme a mí y preguntó:

-¿Es eso verdad, Óscar?

-No... bueno, sí, pero no. ¿Puedo exponerle mi versión de los hechos? -Adelante.

-Verá, yo llegaba tarde y por eso corría por el pasillo. Entonces, con las prisas, no vi a la señorita Julia y tropecé con ella. Fue un accidente.

-¡Embustero! -chilló la señorita Julia-. ¡Lo hizo a propósito!

-¿Por qué está tan segura? -quiso saber el mandamás.

-Los alumnos de 8°C me la tienen jurada, don José. No cabe duda de que harán cualquier cosa para librarse de mí.

Dios mío, cuánta exageración. Creo que se me notó mucho que intentaba contener la risa, porque el director carraspeó, me miró y dijo:

-Me parece que no será tanto, señorita Julia. de todos modos, creo que será mejor que lo olvide, porque, si no me equivoco, hace ya media hora que Óscar debería estar en clase. Óscar, vete ya. Y dile a tu profesor de mi parte que te disculpe.

-Gracias, señor -mascullé, y salí disparado.

Cuando entré en clase no las tenía todas conmigo. ¿Cómo iba yo a explicarle a

don Andrés que había llegado tarde porque profesora-enfurecida-había-arrastrado-chico-inocente-de-toda-culpa-hasta-despacho-director? Pero lo hice tartamudeando:

-Verá, don Andrés, es que cuando venía tropecé con la señorita Julia en el pasillo, y ella pensó que lo había hecho a propósito. Entonces me llevó al despacho de don José. Por eso llego tarde.

El profe de mates me inspeccionó con cierto aire de sospecha. Toda la clase se moría de ganas de saber el motivo de mi tardanza, ya que le había hablado a don Andrés en voz baja y no lo habían oído.

-No digas bobadas, Oscar -soltó por fin mi tutor-. Ningún profesor lleva a un alumno al despacho del director por un choque accidental.

-¿Verdad que no? ¡Pues ella lo hizo! -acusé-. Y si no se lo cree, hable usted mismo con el director. Pero no me ponga falta de puntualidad, porque no es culpa mía el llegar tarde.

-No, sólo te pondré un negativo en conducta por ir corriendo por los pasillos sin mirar.

Me rendí. Realmente, aquel tipo se sacaba los negativos de la manga. Era imposible razonar con él, así que me senté. Víctor me miró con cara de cuéntamelo-todo-o-reviento, pero bastante mosqueado estaba ya el profe de mates como para que encima me pusiera yo a hablar en clase.

-No está el horno para bollos -susurré-. Luego te lo cuento.

Por fin acabó la interminable clase de matracas, y don Andrés se fue. Conté lo ocurrido a un grupito que se había reunido a mi alrededor.

-Pero qué bestia es esa señora -comentó Alex cuando concluí-. Cree que vivimos para amargarle la vida, y tampoco hay para tanto.

-Pues deberíamos hacerlo -barbotó Iván-, porque ella sólo vive para amargarnos a nosotros.

-Eh, chicos, tranquilidad -cortó Fernando-. Ya sabéis que a la mínima nos quedamos sin viaje de fin de curso, así que habrá que aguantar a la bruja por mucho que nos cueste.

-Me va a ser muy difícil -suspiró «Huracán».

-Eh, viene don Javier -avisó alguien.

Ocupamos posiciones con cara de asco. Una clase de lengua era lo que menos nos apetecía en esos momentos. Pero hubo que aguantarla. Al menos teníamos el consuelo de que después del recreo había educación física. Cuando la clase de lengua acabó, miré el

horario con horror. Deporte y después inglés.

-¡Ajo y agua! -comentó Alex alegremente cuando le enseñé lo que nos esperaba a última hora.

La clase de 8º era especialmente peligrosa después de tener educación física. Debería de haberlo sabido el zopenco que confeccionó nuestro horario. ¡A quién se le ocurre poner inglés después de deporte! Afortunadamente, esto sólo ocurría los miércoles pero, mirándolo por el lado malo, era el primer miércoles que sucedía.

Álvaro, el profesor de deporte, había estado enfermo desde principio de curso, y aquella era la primera clase que teníamos con él... razón de más para que la bruja no estuviera acostumbrada a que su «hatajo de brutos» fuera más bruto todavía.

Tras la clase de educación física, que tenía la virtud de soliviantar los ánimos, subimos en tropel las escaleras, armando un follón de mil diablos. Sólo yo subía silencioso: el silencio del caballero medieval antes de entrar en la guarida del dragón. Después de lo que había sucedido aquella mañana, seguro que la profesora de inglés me había cogido manía. No era normal en los profesores, pero de aquella bruja tan excéntrica podía esperarse cualquier cosa.

Entramos a lo bestia en clase, metiendo bulla a más no poder. La señorita Julia se quedó igual de tiesa que estaba cuando entramos, sin mover un músculo, hasta que estuvimos todos sentados y más o menos en silencio.

-Tema tres -dijo entonces.

Todos abrimos el libro de inglés por el tema tres. Descubrimos que era el tema del que había que estudiar el vocabulario.

-No sé si recordarán -dijo la profesora-, que iba a hacer un examen oral del léxico de este tema.

Se me había olvidado.

-Yo sí lo recuerdo -prosiguió la señorita Julia-, así que voy a preguntar a dos o tres sólo para comprobar que lo han estudiado.

Estaba claro que la inmensa mayoría no lo había hecho. Yo por lo general sí estudiaba, pero, como nunca me preguntaban el día anterior me había dedicado a preparar el examen de sociales y a hacer los ejercicios de matemáticas, y no había tocado el libro de inglés, por lo que adopté la típica actitud de disimulo, y me escondí detrás del libro, haciendo como que escribía en mi cuaderno. Pero de nada me sirvió. Los ojos de la bruja habían estado posados en mí desde el principio. Ya me tenía fichado.

-Zaragoza -dijo-, levántese.

-Demonios -mascullé, y me incorporé.

Lo había hecho adrede, seguro. Aún estaba resentida por lo del pasillo. Los ojos de la señorita Julia brillaron malévolamente.

-Veamos si se ha dignado a leer la lección, Zaragoza.

Por suerte, siempre he tenido buena memoria, y confiaba en que recordaría alguna que otra palabra. Y las recordé. Dos de cuatro, lo que no está nada mal para no haber estudiado. Pero la bruja no se conformaba.

-Está a caballo entre el insuficiente y el aprobado por los pelos, Zaragoza -dijo-. Si no sabe la siguiente palabra le suspenderé. Lo considero justo, ¿usted no? Rebuscó en el libro. Luego dijo:

-¿Qué significa en español el verbo inglés «To choose»?

-¿Cómo? -pregunté, pasmado. Esa palabra no me sonaba de nada-. ¿Me lo puede deletrear?

-C-H-O-O-S-E -deletreó la profesora.

Me quedé de piedra. La palabra «Choose» no la había oído en mi vida. Ni siquiera me sonaba.

Vi que Lorena Jiménez, la más tímida de la clase, alzaba la mano. La señorita Julia no le hizo caso, por lo que Lorena dijo:

-Señorita Julia, la palabra «Choose» no está en el libro.

Me sorprendió que Lorena saliese en mi defensa de aquella manera, sobre todo conociendo lo calladita que era.

-Nadie le ha preguntado nada, Jiménez -replicó la profesora-. Le pondré un negativo en conducta por interrumpir la clase.

¿Lorena Jiménez un negativo en conducta? Aquello era lo más ridículo que había oído en mi vida. A pesar de ser la mejor amiga de Incoa Segarra, Lorena era la única que no merecía todos los calificativos que solían dedicarnos los profesores. Sin ser empollona, sacaba buenas notas, y su conducta en clase era ejemplar. Por eso todos consideramos que ponerle aquel negativo a Lorena era una injusticia como una casa.

Pero la bruja ya había vuelto a fijar su atención en mí.

-Qué, Óscar, ¿sabe ya lo que significa?

Sostuve su mirada sin pestañear.

-No, señorita -dije pausadamente-. La palabra «Choose» no está en el tema tres.

La bruja montó en cólera... o al menos eso me pareció a mí, porque luego me di cuenta de que lo que dijo lo dijo con un alarido de triunfo:

-Ahí se equivoca, Zaragoza. Eso demuestra lo poco que ha estudiado. Se quedará a mediodía una hora después de las clases, estudiando el tema. Siéntese.

Aquello ya era demasiado. Ningún profesor castiga a un alumno a quedarse después de las clases sólo por no saberse la lección.

Cuando la clase acabó, la señorita Julia se ausentó un momento. Las clases de la mañana habían terminado para todos... ¡menos para mí! La bruja volvería en diez minutos.

-No se vaya, óscar -había dicho-. Recuerde que hoy hasta las dos no sale usted de aquí.

Pensando en esto estaba cuando me devolvió a la realidad una exclamación de Víctor:

-¡Eureka!

Me acerqué.

-¿Qué pasa?

-He encontrado «Choose» en el tema tres.

-¿Dónde?

Miré su libro con curiosidad, mientras se aproximaban varios más. Víctor señaló el libro de actividades

-El enunciado del ejercicio ocho--dijo.

A todo esto, yo ya sabía que «To choose» significa «elegir». Después de recibir el cate, lo primero que había hecho era mirarlo en el diccionario.

-Qué tontería, nadie se estudia el vocabulario de las actividades -declaró Luis Ibáñez.

-Es que tampoco los profesores preguntan cosas tan rebuscadas -me quejé.

-Ha sido una canallada -dijo Inma-. Lo tuyo y lo de Lorena. La pobre está triste porque nunca le había caído un negativo en conducta.

-Hala, marchaos ya -resoplé-, o vendrá la bruja y os pillaré aquí.

Sandra, «Huracán», dijo:

-Ya os dije que la señorita Tiquismiquis la iba a tomar con nosotros.

-Que te sea leve, compañero -me deseó Fernando.

Uno tras otro, fueron saliendo de la clase. Le pedía Alex que informara de lo sucedido a mi hermana Paula, para que no se preocuparan en casa, y salió disparado.

-Jesús -murmuré-. Tendría que darle más excusas para hablar con ella.

Enseguida volvió la señorita Julia. La hora que pasé con ella estudiando inglés se me hizo eterna. Por si fuera poco, mis tripas ya protestaban reclamando la comida.

Llegaron las dos y la bruja no me dejó salir. Dieron las dos y cinco y yo ya no me podía concentrar. Las dos y diez y ya me comía las uñas. Las dos y cuarto y estaba desesperado. A las dos y veinte me dijo que podía largarme y salí pitando. Para mi sorpresa, me encontré con Lorena esperándome en el pasillo.

-¿No te has ido ya a casa?

Pregunta estúpida. Ella me contestó:

-A nadie le hace gracia volver a las dos y media a su casa solo. Una vez me castigaron a mí. Pensé que me esperaría algún amigo, pero nadie lo hizo. Me sentó muy mal, sobre todo porque a los demás sí les esperaban. Desde entonces, siempre espero a la gente a la que castigan después de las clases

-Vaya, vaya. Eso sí que no me lo podía creer. Mientras caminábamos hacia la salida del edificio, dije:

-No recuerdo que te hayan castigado nunca. Además, aquí nadie espera a nadie.

-Fue en mi otro colegio. -Lorena había llegado nueva tres años atrás-. Fue una equivocación. Alguien dijo un chiste tonto y el profesor, que era nuevo y no me conocía, creyó que había sido yo.

-¿No se autoacusó el culpable?

-¡Qué va!

-¿Y qué pasó?

-Hablé con mi tutor y se solucionó todo. El profesor me pidió perdón.

-No te ofendas, pero creo que los de tu anterior colegio eran unos cerdos.

-Cierto. La verdad es que nunca tuve amigos tan buenos como los que tengo aquí. Porque es que soy demasiado tímida como para hacer amigos.

Lorena vivía cerca de mi casa. Fuimos juntos casi hasta mi calle, donde Lorena tenía que irse por otro lado para llegar a su casa. Nos despedimos hasta la tarde y nos separamos.

Paula notó enseguida que yo estaba de mala leche.

-Ya me ha contado Alex que la Julia os tiene manía -comentó mientras yo comía en la cocina (los demás ya habían comido hacía horas)-. ¿Le vais a declarar la guerra?

-En un caso corriente lo haríamos -respondí con la boca llena-, pero esta vez nos jugamos el viaje de fin de curso.

-No creo que el dire os deje sin él -replicó Paula-. Sería una canallada, y él no es un canalla.

-¿A vosotros no os ha dado la lata esa bruja?



-No nos cae bien, pero tampoco nos incordia mucho. ¡Zaragoza, deje de hacer el tonto con el bolígrafo! -dijo con voz chillona.

-La imitas muy bien -reí-. Bueno, la verdad es que es una vieja solterona amargada. No descansará hasta que todos y cada uno de nosotros suspenda inglés para septiembre. Incluso Inma Segarra, la mejor en inglés, ya ha cosechado tres negativos y un cero... ¡Y todos en conducta!

-Yo de ti me vengaría. No ha estado bien que creyera que te habías estampado contra ella a propósito.

-Yo no soy tan vengativo como Paula, pero sus palabras me dieron mucho en qué pensar.

Aquella tarde convocamos una reunión después de las clases. Fernando y Almudena habían hablado con don Andrés, para protestar por las injusticias de la bruja, pero éste se había encogido de hombros y había dicho:

-Algo malo le habréis hecho para que se comporte así.

Nuestros sensatos secretario y subsecretaria ya habían perdido la paciencia. Ahora estábamos deliberando todos sobre qué hacer con la temida y odiada profesora de inglés. Como era costumbre en estos casos, César Noguera llevaba la voz cantante:

-¡Tenemos que acabar con esta tiranía! -proclamaba-. ¡Hemos de demostrar que nosotros también tenemos nuestros derechos y...!

...Y a mí me parece que deberíamos pactar con ella.

Como de costumbre, David Sáez no estaba de acuerdo con él.

-¡Escuchad! -dijo de pronto Rafa Ortega-. ¿No es mañana quince de octubre? ¡Llevamos ya un mes de colegio!

-¿Y? -preguntó Santi Martorell, que no comprendía adónde quería llegar a parar Rafa.

-¡El mes de las bromas! -exclamó Susana Font.

En nuestra clase era costumbre celebrar «el mes de las bromas», que duraba del quince de octubre al quince de noviembre. Consistía en gastarnos bromas unos a otros. Ningún profesor, ni siquiera don Andrés, sabía de este hábito nuestro.

-Podríamos gastarle bromas a la señorita Julia -sugirió Josema.

Como siempre, Inma le apoyó:

-¡Gran idea! Podríamos formar grupos, y cada uno tendría que gastarle una broma, por orden.

A Raúl Fernández también le gustó aquello (otro que siempre estaba de acuerdo

con Josema), y soltó:

-Yo voto sí. ¿Alguien más?

La mayoría estábamos de acuerdo. Sólo algunos escrupulosos, como Víctor, Fernando, Almudena, Ana, David, Patricia, Sara, Santi y Susana no querían arriesgar el viaje de fin de curso.

-Yo creo que sí podríamos hacerlo -le dijo Almudena a Fernando-, siempre que no sean bromas muy pesadas y la señorita Julia no se dé cuenta.

Fernando asintió.

-Está bien, aprobado -dijo en voz alta-, pero nada de bromas pesadas, como ponerle un cubo de agua sobre la puerta, o meterle una rana en la mesa.

Víctor odiaba el inglés, y eso le ayudó a decidirse. Ahora que el asunto estaba aprobado por Fernando y Almudena, el resto terminaron de convencerse y, finalmente, la idea de gastar bromas a la «señorita Tiquismiquis» fue aprobada por unanimidad.

-¡Prepárese, señorita Julia! -dijo Ester, jubilosa-. ¡El mes de las bromas va a empezar!

### Capítulo III: El mes de las bromas

Hicimos seis grupos. Almudena y Fernando decidieron quedar fuera de los mismos y ser los controladores. El Grupo 1 estaba compuesto por Raúl, Josema, Inma, Vicky y Lorena. El Grupo 2 éramos nosotros: Alex, Víctor, Ana y yo. En el grupo 3 estaban Luis, Santi, David, Antonio y Rafa. El Grupo 4 era peligroso: Begoña, Tere, Sandra y Ester. Estando «Huracán» y Ester en un mismo grupo, la cosa prometía ser divertida. En el Grupo 5 estaban Sara, Silvia, Susana y Patricia, y el último grupo era el que más había que vigilar: César, Alberto, Quique, Iván y Esteban. Preocupante. Fernando ya les había advertido, especialmente a Iván y Alberto, que no se pasaran de la raya.

Se fijaron unos días para que cada grupo hiciese su broma. Yo, con Alex en mi grupo, me sentía lleno de fuerzas. Alex siempre había sido un bromista incorregible, y era un experto en el tema.

Llegó el día en que el Grupo 1 tenía que gastar su broma. No dieron ninguna pista acerca de lo que tenían preparado, pero Josema nos advirtió que estuviéramos atentos y siguiéramos el juego.

-Pero no os riáis o se descubrirá el pastel -indicó Vicky.

Comenzó la clase de inglés. Nos costaba atender, y echábamos furtivas miradas a los componentes del Grupo 1, por si pasaba algo.

Y pasó.

Mientras la señorita Julia explicaba algo sobre los verbos irregulares, Raúl se puso a mirar insistentemente al techo.

-Fernández -gruñó la profesora de inglés-. ¿Quiere dejar de contemplar el vuelo de las moscas y atender a la explicación?

-Sí, señorita -respondió Raúl, obediente, y se concentró de nuevo en la pizarra. Poco después sentí que Víctor me daba un codazo. Me señaló a Inma, que parecía muy interesada en observar algo en el techo. Por poco suelto una carcajada.

-¡Segarra! Deje de mirar las musarañas y atienda.

-Sí, señorita.

Cinco minutos después Lorena siguió con el juego. La señorita Julia comenzaba a lanzar nerviosas miradas hacia arriba. Todos luchábamos por contener la risa. La bruja llamó la atención a Lorena y ésta dejó de fijarse en el techo.

Descaradamente, Josema estiró bien el cuello y fijó, bizqueando, su atención en el mismo punto en el techo.

-Vives, ¿tiene usted complejo de jirafa? -gruñó la señorita Julia-. ¿Qué pasa con el techo?

-Hay una mancha -anunció Vicky, mirando hacia arriba-. ¿No la ve, señorita Julia? La interpelada miró al techo. Por supuesto, nada vio, porque nada había.

-No veo nada.

Ya sabíamos todos en qué consistía aquella tomadura de pelo. Alberto se metió también.

-¿Cómo es que no la ve, con lo grande que es? -preguntó, y señaló un punto en el techo-. Mírela, allí.

-No la veo -rezongó la profesora.

-Es roja, señorita -dijo Vicky, con un quejido-. No será sangre, ¿verdad?

-Eso pensé yo también -dijo Raúl.

-No hay mancha -cortó la señorita Julia-. No me vais a tomar el pelo.

Y continuó con la explicación. Y los del Grupo 1 continuaron con su broma. Y todos nos pusimos a mirar el techo.

-¡Hidalgo! -le gritó la señorita Julia a Alex-. Quiere repetir lo que acabo de decir?

-No la he oído, señorita -repuso Alex-. Me estaba preguntando si la mancha roja no será de pintura.

-No, realmente parece sangre -le dije yo-. ¿Es que no ves que es de un color rojo oscuro?

Ambos miramos al techo, y la bruja casi se salió de sus casillas.

-¡A1 próximo que mire al techo o mencione la mancha, lo mando al despacho del director!

Todos enmudecimos. Pero la carga ya estaba puesta. Mientras todos hacíamos los ejercicios, la profe de inglés se puso a mirar al techo.

-¿Dónde dicen que está la mancha? -preguntó de pronto.

-¿De verdad no la ve? -preguntó «Huracán» con la boca abierta.

-Allí, en el techo -indicó Josema-. Encima de su mesa.

-No la veo. ¿No me estarán tomando el pelo?

Pusimos cara de inocentes.

-¡Qué va, qué va! -se apresuró a contestar Iván, y casi me parto de risa.

-A lo mejor la verá si se sube encima de la mesa -sugirió Vicky.

La señorita Julia tenía su dignidad, pero la curiosidad pudo con ella y se subió a la silla, y luego a la mesa. Nosotros le indicábamos dónde estaba la mancha a gritos,

hablando todos a la vez.

Y en esto se abrió la puerta y entró don Alfredo, profesor de plástica, que se quedó boquiabierto al ver a la seria profesora de inglés haciendo equilibrios encima de la mesa, mirando al techo. Nosotros ya no pudimos más y estallamos en carcajadas. La señorita Julia, colorada, bajó de la mesa y se dirigió al joven y desconcertado profesor. Lo llevó fuera del aula para explicarle lo ocurrido y cerraron la puerta tras de sí.

Entonces Inma sacó del cajón un bote de témpera roja, se subió a la mesa del profesor y plantó un pegote en el techo. Nosotros reíamos hasta que nos saltaban las lágrimas.

Entró más tarde la señorita Julia seguida de don Alfredo y don Andrés, que preguntó:

-¿Qué pasa aquí?

Josema se ofreció para explicarlo:

-Es que hay una mancha en el techo, y la señorita Julia no la veía.

-¡No hay ninguna mancha! -protestó la bruja-. Ustedes me han tomado el pelo y...

Se interrumpió en cuanto vio la mancha de témpera, y se puso tan roja como el color de la susodicha mancha. Don Andrés y don Alfredo también la vieron.

-Con todos mis respetos, señorita -dijo nuestro tutor-, creo que deberá ir a graduarse las gafas, ¿no cree?

-Pero... ¡pero yo les aseguro...!

Los tres profesores salieron de la clase, y entonces sí pudimos reírnos a gusto.

-¡Yo le pondría un ocho! -rió Almudena-. Pero dentro de cinco días os toca broma al Grupo 2.

Víctor, Ana y yo miramos a Alex, que sonrió enigmáticamente.

Alejandro Hidalgo era un verdadero maestro en el arte de gastar bromas. Todos lo sabíamos, y yo mejor que nadie. Aquella tarde nos expuso su plan, y la idea nos pareció sencillamente genial. Lo pusimos en práctica cinco días más tarde. La bruja aún no se había recuperado del todo del bochorno sufrido con lo de la mancha del techo, e incluso había ido a revisarse la vista, pero para ella aquello ya era cosa del pasado.

Fue una suerte que 7ºA, la clase de mi hermana, estuviera situada justo debajo de nuestra aula. Cuando Alex le pidió a Paula su colaboración, ésta aceptó encantada. Yo estaba empezando a temer que Víctor había perdido la guerra psicológica contra Alex por Paula.

Aquel día los de 7ºA tenían clase de inglés mientras a nosotros nos tocaba deporte.

Alex y yo nos quejamos de estar lesionados, y nos quedamos en clase. Estábamos completamente solos en la clase vacía.

Cuando lo tuvimos todo preparado, Alex dio tres golpes en el suelo con el pie. Era la señal convenida para que Paula, en la clase de abajo, entrara en acción. Pude imaginar la escena: Paula levantaba la mano para salir a la pizarra a corregir un ejercicio. Cogía el borrador y...

-¡¡Aaaaaah!! -se oyó un grito abajo.

-Ya, Oscar -me dijo Alex.

Miramos por la ventana. El borrador salió volando por la del piso de abajo. Oímos la voz de Paula:

-¡Era un bicho horrible, señorita! ¡Enorme! Siento haber arrojado el borrador por la ventana, pero es que me dio un susto...

Alex y yo casi soltamos una carcajada. Como habíamos previsto, la señorita Julia se asomó a la ventana para ver dónde había caído el borrador. Entonces Alex dejó caer sobre su cabeza unas gotas de un líquido pestilente que tenía en un frasco. La profesora no notó nada, porque le cayó en su enorme moño.

La primera parte de la broma había salido bien.

Poco después llegaron los demás de la clase de deporte. Antes de que llegara la señorita Julia, bajé a toda velocidad las escaleras para encontrarme con mi hermana en el descansillo.

-¡Se puso a husmear por todas partes!-me contó Paula-. Hizo abrir todas las ventanas, y el olor no desaparecía. Está enfadada, así que tened cuidado.

-¿Dónde está ahora?

-Ha entrado en su despacho un momento.

-¿Dijisteis lo que os indicó Alex?

-¡Claro! Insistimos en que no olíamos nada raro.

-Víctor y Ana les han dicho a los de la clase que hagan lo mismo. ¡La bruja se va a volver loca!

Paula soltó una carcajada alegre. Le agradecí su ayuda y subí disparado a clase. Ana había cerrado todas las ventanas. Llegó la señorita Julia, algo irritada, y se puso a dictar las preguntas de un examen. Mientras lo hacíamos, un olor nauseabundo inundó el aula. La señorita Julia arrugó la nariz, levantó la cabeza de los ejercicios que estaba corrigiendo mientras hacíamos el examen y dijo:

-¿También aquí tienen ese olor tan pestilente?

Todos olisqueamos en el aire.

-¿Qué olor? -dijo Víctor inocentemente-. Yo no huelo nada.

Todos coreamos lo mismo.

Podéis imaginaros lo ofuscada que salió la bruja de nuestra clase. Durante todo el día la persiguió ese apestoso aroma. Pero nadie olía nada. Ya nos habíamos encargado nosotros de difundir la noticia por todo el colegio. Y como la señorita Julia no era santo de la devoción de nadie, nadie olía nada.

-Esa broma se ha ganado un nueve -dijo Fernando riendo, al día siguiente.

-¿Sólo un nueve? -protestó Alex, haciendo como que se sentía muy ofendido.

-Rectifico. Le pongo un nueve coma uno.

Todos nos echamos a reír, y pude observar la admiración con que Paula miraba a Alex. «Víctor, amigo, has perdido», pensé.

El Grupo 3 puso en práctica su broma tres días más tarde. La cosa fue así.

Los componentes del Grupo 3 hicieron el gamberro durante varios días, a fin de que, a fuerza de tanto gritar, la señorita Julia estuviera afónica perdida el día de la broma. Ese día la bruja casi no podía hablar. Y durante la clase de inglés, Rafa le ofreció un paquete de pastillas para la garganta. Ella, sin sospechar nada, engulló un par.

Minutos después salía disparada de la clase.

Me volví hacia Luis, el componente del Grupo 3 que más cerca estaba de mí.

-¿Qué diablos era eso? -pregunté.

-Pregúntale a Alex -dijo Luis con la boca llena (siempre estaba comiendo algo)-.

Él nos suministró el material.

Antonio soltó una carcajada. Miré a Alex, que sonreía.

-Creo que se pasará todo el día bebiendo agua -explicó mi amigo.

Pronto volvió la profesora de inglés, con una mano sobre su garganta y la otra sujetando un vaso de agua. Señaló a Rafa.

-¿De dónde sacó usted eso? -preguntó.

-Me lo dio un hombre en la panadería -dijo Rafa, poniendo cara de desconcierto-, hace un mes. Yo estaba un poco afónico, y el hombre, cuando me oyó hablar con la panadera, me dio el paquete. Me lo metí en el bolsillo y lo olvidé. Cuando lo volví a encontrar, ya estaba curado y no lo necesitaba. Ayer me acordé de usted y se lo traje. No pensé que...

-Está bien, ya basta.

Si había algo que Rafa Ortega sabía hacer muy bien era mentir. Alex casi se

tronchaba de risa.

Pero para mí había algo raro, y era que la señorita Julia no nos hubiera echado aún la culpa de todas sus desgracias, conociendo lo exagerada y melodramática que era. Aquello no era normal...

La broma del Grupo 4 fue más original. La señorita Julia tenía la costumbre de dejar su chaqueta colocada en el respaldo de la silla. Y fue «Huracán» quien perpetró la gamberrada.

Cuando salió a la pizarra a corregir un ejercicio, se le cayó la tiza. Todos observábamos con interés sus tejemanejes, porque sabíamos que la broma tenía que caer en aquella clase, y cualquier acción de Tere, Begoña, Ester o «Huracán» era seguida por todo el mundo.

La tiza se le cayó detrás de la silla de la profesora. Sandra se agachó para recogerla, pero tardó una eternidad en incorporarse. La señorita Julia, sentada en su silla, se volvió hacia ella.

-¿Qué pasa, Santolaya? -gruñó-. Es para hoy.

-Es que no encuentro la tiza, señorita -jadeó «Huracán».

Por fin se levantó y terminó de corregir el ejercicio.

La clase acabó y nada había pasado. Desencantados, miramos a los componentes del Grupo 4. Sonreían, luego algo tenía que haber sucedido.

Miré sin mucho interés a la señorita Julia mientras se ponía la chaqueta y di un respingo. Conteniéndome para no soltar una carcajada, le di un codazo a Víctor y le señalé lo que me había hecho tanta gracia: en la parte de detrás de la chaqueta de la bruja ponía, en grandes letras pintadas con tiza:

«¡HOLA, MUNDO! SOY JULIA»

Se oyó una risa en el fondo del aula. La gente ya empezaba a darse cuenta de en qué consistía la broma del Grupo 4. A Alex le brillaban los ojos.

-La idea es muy buena -dijo-. ¡Se preguntará todo el día por qué la gente la saluda tanto! Pero tiene un par de fallos. El primero, que es muy arriesgado. El segundo, que en cuanto un profesor cualquiera la vea, le dirá lo que lleva en la espalda y se acabará la broma.

Tenía razón. Pero a las tres, antes de que llegara don Javier, entró Álvaro en clase.

-¡Eh, chavales! -gritó-. ¿Ha sido vuestra la idea de convertir a la señorita Julia en



mujer-anuncio?

Callamos, por si acaso.

-Ha sido buena idea -prosiguió Álvaro-. Creo que todavía lo lleva.

-¿No se lo dijiste? -preguntó Ester.

-¿Yo? ¡Qué va! Si estaba muy graciosa andando toda tiesa con aquel saludo en la espalda. Nadie se lo dijo. Me parece que no se tropezó con ningún profesor a mediodía, cuando salía del colegio. Sólo conmigo y con la señorita Luisa, que ya sabéis la manía que le tiene. La ha dejado que hiciera el ridículo por la calle.

-¡Álvaro, eres estupendo! -exclamó Tere-. ¡Gracias por no chafarnos la broma!

Pero en aquel momento llegó «Huracán» con noticias frescas.

-He oído a la bruja hablar con la señorita Noelia. ¡Le contaba que esta mañana la ha saludado un tipo que no conocía de nada por la calle, y la ha llamado por su nombre!

-¿Y qué pasó? -quiso saber Esteban.

Entonces «Huracán» se dio cuenta de que Álvaro estaba delante, y se interrumpió, confusa.

-No te preocupes, lo sabe todo -la animó Ester-. Ha visto a la Julia con el anuncio detrás y no le ha dicho nada.

-¡Qué bien! Bueno, como iba diciendo, la señorita Noelia le dijo lo que llevaba en la espalda, y la bruja se puso roja, muy roja, y se limpió la chaqueta.

-Me parece que no fue muy prudente lo que hicisteis -dijo Fernando, preocupado-. La que le va a caer a «Huracán» va a ser buena, porque seguro que la señorita Julia ya sabe que ha sido ella.

Sin embargo, no pasó nada. La señorita Julia ni siquiera mencionó el tema.

-¿No te parece que está rara? -me susurró Víctor en una clase de inglés.

Asentí. La bruja se mostraba más distante, más extraña. Apenas nos prestaba atención. Como si tuviera problemas más importantes en la cabeza que preocuparse por cuatro bromas tontas.

El día que le tocaba la broma al Grupo 5 se armó la revolución. Porque la broma consistía, nada más y nada menos que en soltar los cinco hamsters de Silvia Palacio en la clase. La señorita Julia se subió a la silla chillando como una histérica:

-¡¡Aaaahh, ratas!! ¡¡Socorro, aquí hay ratas!!

-Mira que confundir un hámster con una rata... -oí murmurar a Silvia.

Cuando volvió a meter los hamsters en su jaula, y todo volvió a la normalidad, para asombro nuestro, la señorita Julia ni siquiera se enfadó. Indiferente, se sentó de

nuevo y continuó con la clase.

-Está claro que ya sabe que le estamos haciendo la vida imposible -me susurró Víctor-. Entonces, ¿por qué se comporta así?

-Parece preocupada por algo -le contesté en el mismo tono.

Fernando y Almudena tenían razón al temer la clase de broma que harían los del Grupo 6. Porque aquello fue una canallada.

Cuando la señorita Julia entró en clase aquel día, César, Iván, Alberto, Quique y Esteban estaban escribiendo algo en la pizarra. Todos nos quedamos pasmados. Ponía:

ROGAD A DIOS POR EL ALMA DE:  
DOÑA JULIA BALLESTER MARTÍNEZ  
Que falleció ayer a los 184 años de edad.

Sus apenados alumnos de 8º C ruegan una oración  
para salvar su alma pecadora.

Descanse en paz. R.I.P.

-Pero qué bestias -musitó Alex.

La señorita Julia se limitó a borrar lo de la pizarra y a dar su clase con normalidad. Con aquella broma de mal gusto gastada por el Grupo 6, el día quince de noviembre, se acabó el mes de las bromas.

«Huracán» llegó al día siguiente a clase a toda velocidad. Entró en el aula arrollando a todo el mundo y chilló.

-¡La señorita Julia se ha ido al Pakistán!

-Anda, no nos tomes el pelo ruñó Esteban.

-Lo digo en serio. Parece ser que una tía que tiene allí se ha puesto muy enferma y...

-Te equivocas -cortó Fernando, que llegaba en aquel momento-. Es su madre la que está enferma. Lleva ya mucho tiempo enferma, y la señorita Julia recibió hace cerca de dos meses la noticia de que había empeorado. Hace una semana recibió otra carta de Pakistán: su madre se encontraba <sup>1</sup>entre la vida y la muerte. Pero no quiso marcharse con ella hasta que el colegio no encontrara una sustituta. Ayer contrataron a una nueva profesora de inglés, una británica, creo, y la señorita Julia se marchó a toda mecha a Pakistán.

Reinó un silencio de muerte, que Tere se atrevió a romper, tímidamente:

-Espero que se ponga bien.

-Creo que nos pasamos ayer con lo de la pizarra -dijo César-. No tendríamos que haberlo hecho.

-Le pediremos perdón por todo cuando vuelva -decidió Almudena.

-Todos estuvimos de acuerdo.

-Ahora comprendo por qué era tan cascarrabias -comentó Iván-. Estando su madre enferma en Pakistán, y ella sin poder ir a verla... Bueno, en una situación así, ¿quién no se enfada con todo y con todos?

Ahora nos arrepentíamos de todo, y esperábamos que algún día la señorita Julia volvería y podríamos pedirle perdón. Pero no volvió. Más adelante los alumnos de 8ºC recibimos una carta suya. Decía que su madre ya estaba mejor, y que se iba a quedar a vivir en Pakistán. Le había sorprendido la pobreza que había allí, y había decidido dedicarse a hacer obras de caridad. Aparte, si se instalaba allí podría estar cerca de su madre y cuidar de ella.

Lo que más nos gustó de su carta fue un renglón donde decía: «Os perdono todas las bromas que me habéis gastado. La del olor pestilente fue muy ingeniosa, ¿cómo lo hicisteis?».

Sustituyó a la señorita Julia una tal miss Samantha, una inglesa que no conocía muy bien el español, pero que era muy simpática. A todos nos caía bien, y entre nosotros la llamábamos Sam.

A la señorita Julia no la volvimos a ver... aunque cada vez que miraba la mancha del techo, que nunca se fue del todo por más que la limpiaron, me acordaba de ella, encaramada a la mesa con la nariz pegada al techo.

Y me decía a mí mismo que, a pesar de todo, la señorita Julia no era mala persona.

#### **Capítulo IV: 8°C contra 8ºA**

Sólo había dos canchas de fútbol en el colegio. Por lo general, en los recreos jugábamos nosotros con los de 7ºA, con los que teníamos una gran amistad, en una cancha, y los de 8ºA jugaban en la otra con 8ºB. Pero parece ser que los de 7ºB y 7ºC comenzaron a aficionarse al fútbol más que antes, y los de 8ºA empezaron a tener problemas con ellos, porque habían tomado la costumbre de entrenar en «su» cancha.

Hubo un día en que don Andrés se enfadó y bajamos al recreo más tarde de lo normal. Nos encontramos con 7ºA discutiendo con 8ºA. Acudió Paula a mi encuentro. Parecía muy asustada.

-Óscar, ese bruto de Hurtado quiere echarnos de la cancha.

Estaba a punto de llorar. Pude ver que tenía unas marcas rojas en la cara.

-¿¡Te ha pegado!?! -salté-. ¡Eso sí que es de cobardes!

-Eso le dije yo -sollozó mi hermana-. Pero se rió de mí. ¡Óscar, son más mayores que nosotros!

Acudimos inmediatamente al lugar de los hechos. Javier Hurtado, de 8ºA, ya nos había causado problemas en más de una ocasión. Había repetido curso dos veces, y por eso sólo Iván Borrás le plantaba cara, aunque era un año más pequeño que él. Hurtado y Borrás se llevaban fatal, y cualquier excusa les servía para enzarzarse en una pelea. Por eso Iván se metió en el fregado con Alex, Víctor y conmigo, para defender a Paula.

-Gallina, más que gallina -le soltó Iván a Javier Hurtado-. Mira que pegarle a una chica y, encima, más pequeña que tú...

-¡Me ha mordido! -se defendió Javier, mostrando las marcas de unos dientes en su mano derecha.

-Algo le harías tú para que te mordiera -le azuzó Alex.

-Solamente le dije que se apartara. No lo hizo, intenté echarla a un lado yo y me mordió.

-¿Que se apartara? -repetí yo.

-¡Quería pegar a Eduardo! -dijo Paula, señalando a un chaval canijo y con gafas.

-O sea, que te dedicas a zurrar a las chicas y a los chicos que llevan gafas -concluyó Víctor, con los ojos centelleantes de furia-. Eres un cobarde, Hurtado.

Si había algo que Víctor Abella no soportaba eran las injusticias. Alex y yo nos miramos, y nos preparamos para agarrarle por si se le ocurría saltar sobre Javier Hurtado. Estaba tan enfadado que era muy capaz. Nuestra precaución sirvió para algo, porque

Javier replicó:

-Tampoco me importaría zurrarte a ti, mocoso. No me sería muy difícil.

Y Víctor casi se lanzó sobre él. Y digo «casi» porque nosotros se lo impedimos.

-Quieto, Víctor -jadeó Alex.

-¡Soltadme! -aulló Víctor-. ¡Que me lo como!

Entonces Ana se plantó delante de Víctor y le soltó:

-No merece la pena, Víctor. Es un gusano baboso. No te rebajes a utilizar la violencia, como hace él.

Víctor se relajó, y pudimos soltarle. Era asombrosa la influencia que Ana Fuentes tenía sobre él.

A todo esto, los chicos y chicas de nuestra clase ya estaban apiñados a nuestro alrededor. También los de 8ºB habían venido, y se habían puesto a favor de 8ºA, mientras que los de 7ºA eran incondicionales nuestros.

Y entonces se nos acercó Álvaro, el profesor de educación física y deporte.

-A ver, ¿qué es lo que pasa aquí?

Me adelanté.

-Javier Hurtado le ha pegado una bofetada a mi hermana -expliqué.

-¡Y ella me ha mordido! -se defendió el acusado.

Álvaro vio al sensato Fernando y le preguntó:

-¿Qué ha pasado?

-No lo sé, Álvaro -contestó él-. Acabo de llegar, y ya había follón.

-Yo te lo explicaré -se ofreció Ana-. Verás, nosotros siempre jugamos aquí en los recreos con 7ºA... bueno, son los chicos los que juegan al fútbol. pero ya me entiendes. 8ºA y 8ºB están teniendo algunos problemas con 7ºB y 7ºC, que se ponen a jugar en la otra cancha. Hoy han ocupado la cancha antes que los de 8º, que han tenido que venir aquí a jugar. Nosotros hemos llegado más tarde de lo acostumbrado y nos hemos encontrado a 8ºA discutiendo con 7ºA. Querían ocupar esta cancha.

Pues si llegó antes 8ºA, 8ºC, a aguantarse tocan.

-No señor -protestó Paula, sacudiendo su melena color rubio oscuro-. Estábamos nosotros aquí esperando a 8ºC, llegamos antes que ellos y querían echarnos. Eduardo se puso a discutir con Javier Hurtado, y éste quiso darle un par de tortas. ¡Pero lleva gafas! Entonces me puse yo por medio, Hurtado intentó apartarme, le mordí, me pegó, llegaron los de 8ºC, empezamos a discutir y aquí estamos.

-Qué paciencia hay que tener -suspiró Álvaro-. Escuchad, ¿por qué no disputáis

la cancha en un partido de fútbol?

Le miramos estupefactos.

-Os diré lo que vamos a hacer -prosiguió Alvaro-. El sábado jugaremos un partido, y según quien gane, los derechos sobre la cancha serán de uno u otro equipo. ¿De acuerdo?

¡Era la solución perfecta! Bueno, tal vez no lo fuera, pero a todos nos apetecía jugar un partido más o menos serio contra nuestros enemigos número uno, así que aceptamos.

-El sábado que viene, todos aquí, a las diez, ¿entendido? -dijo Álvaro-. Los de 8ºA, traed todos una camiseta blanca. No importa que tenga algún dibujo o alguna otra cosa, lo principal es que el fondo sea blanco. Y los de 8ºC, traed puesta una camiseta azul, da igual que tenga algún dibujo, y da igual el tono. Que el fondo sea azul, da lo mismo si es azul celeste, azul marino, azul cian, lo que sea. Azul, ¿de acuerdo?

-¿Nosotras podremos venir a animar? -preguntó Vicky, seguramente deseosa de ver a Raúl en acción.

-Claro que sí, venid todas las chicas -respondió Álvaro.

-¿Y nosotros? -preguntó uno de 7ºA.

-También.

Vi que Paula daba un saltito de alegría.

Nos dedicamos a organizar el equipo durante todo el recreo. ¡La cancha quedó vacía! Los de 8ºB estaban con 8ºA, y 7ºA se había venido con nosotros. Éramos quince chicos en la clase, pero Luis no quería jugar.

-Estoy demasiado gordo -dijo, palpándose su enorme barriga.

-Entonces podríamos ponerte de portero -bromeó Alex-. Como ocupas toda la portería, seguro que lo parabas todo.

-No, mejor que seas tú el portero -replicó Luis, mordiendo su también enorme bocata-. A ti no se te da bien el fútbol, ¿no?

-¿A míí? ¡Qué va!

-Pues por eso. Como no tienes mucha habilidad con la pelota, te ponemos de portero y ya está

-¡Pero si lo mío es el tenis!

-Por eso. Eres deportista y estás en forma, y, además, estás acostumbrado a ir tras la pelota de tenis. Te será más fácil aún capturar la de fútbol, que es más grande.

Alex aún dudaba.

-No seas burro -le susurré al oído-. Hay «alguien» que vendrá el sábado sólo para

verte a ti. No hagas el cafre.

Alex miró a Paula, que estaba haciendo dibujos en la arena con una rama, con aire ausente, y se decidió.

-De acuerdo, me pondré de portero -accedió-, pero tendré que entrenar, porque no sé cómo saldrá la cosa.

Santi y David se negaron a jugar. No tenían ganas, ninguno de los dos era muy deportista. Con lo cual, éramos doce para formar el equipo. Nuestra cancha era bastante más grande que una de fútbol sala, así que se había decidido que jugáramos cada equipo con once jugadores. Los mejores de nuestro equipo eran Víctor, Iván. Fernando, Raúl, Antonio, Alberto y, modestia aparte, yo. A Josema se le daba bien el tenis, aunque tampoco era mal futbolista. Esteban, en un alarde de humildad muy impropio de él, reconoció que lo suyo no era el fútbol, y dijo que prefería quedarse en el banquillo, de reserva. Así, si alguno se lesionaba, cosa muy probable jugando contra 8ºA, podríamos sustituirle. David se ofreció a hacer de entrenador. Cuando César protestó que para qué necesitábamos entrenador, David explicó:

-Pues para discutir con el árbitro, para hacer los cambios y para echaros la bronca cuando juguéis mal.

-¡De eso nada, monada! -saltó César-. A nosotros nadie nos echa la bronca. ¿No tenemos bastante con los profesores?

Pero al final se aceptó que David Sáez hiciera de entrenador. Inma le dijo:

-Recuerda que, si el equipo gana, el mérito es de los jugadores; si pierde, la culpa es del entrenador.

Pero el aguerrido David Sáez estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Pasamos toda la semana entrenando. 7ºB y 7ºC cedieron la cancha a 8ºA para que se entrenara hasta el gran partido, que había levantado una expectación increíble. El viernes anterior al partido estaba yo apoltronado en mi cuarto encima de la cama leyendo un tebeo cuando entró Paula. Parecía preocupada.

-Óscar, ¿crees que podéis ganar?

Levanté la vista del tebeo.

-Tenemos que ganar -respondí-. Ya va siendo hora de que alguien humille a ese bestia de Hurtado y a toda su panda... pero estás pensando en Alex, ¿no? Se puso colorada.

-Ah... -dijo-. Conque ya lo sabes...

-Te conozco, Paula, y no me chupo el dedo. Creo que él lo sabe también.

-No lo dije por Víctor -murmuró Paula-. Lo siento por él.

-Creo que a Ana Fuentes le gusta Víctor -aventuré-. A lo mejor que tú te hayas decidido por Alex es lo mejor que podía haber pasado. Víctor y Ana harían buena pareja.

-Tendré que decírselo, lo de Alex. Será difícil.

-¡Ay, Señor! -suspiré-. Yo no tengo esos problemas, Paula, estoy soltero y sin compromiso.

Paula rió de buena gana. Me miró pícaramente y, no sé por qué, tuve la sensación de que me ocultaba algo.

Al día siguiente pasé a recoger a Alex para ir al partido. Paula, como de costumbre, se había retrasado. Dijo que ya nos alcanzaría.

-¿Sabes que le haces «tilín» a mi hermana? -le comenté a mi amigo.

-Ya, ya lo sabía -respondió Alex.

-¿Cuándo os pusisteis de acuerdo? -inquirí.

-No creo que sea de tu incumbencia, colega -rió Alex-. Eres un poco cotilla, ¿no?

Cuando llegamos al colegio nos alcanzó Paula. Y Víctor vino a nuestro encuentro.

-¡Se te ha olvidado la camiseta azul! -le reprochó a Alex-. Y el partido va a empezar enseguida.

-¡Ostras! ¡Y no me da tiempo a volver a mi casa!

-Dame tu camiseta -dijo Paula.

-¿Qué? ¿Para qué?

-Tú dámela.

Alex le entregó su camiseta (se había despistado y se la había traído verde) y Paula se marchó en dirección a los cuartos de baño. Cuando volvió, llevaba una camiseta azul en la mano.

-¿Cómo lo has hecho? -preguntó Víctor, pasmado.

Paula se bajó la cremallera de la chaqueta de chándal que llevaba, y nos guiñó un ojo. ¡Se había puesto la camiseta de Alex!

-Da la casualidad de que yo llevaba puesta una azul debajo de la chaqueta -dijo.

La miramos sin comprenderlo muy bien.

-Esa camiseta azul que te acabo de dar -explicó Paula-, es la que yo llevaba puesta.

Y te la presto, don Despistes.

-¡Ah! Gracias, pero no sé si me va a caber.

-Más te vale, porque no tengo otra. Y no me la sudas demasiado, que tengo que volver con ella a casa.

Nos colocamos sobre el campo. Alex se puso en la portería. Raúl, César e Iván



estaban como delanteros; Fernando, Josema, Víctor y Alberto eran los defensas, y Antonio, Quique y yo éramos los centrocampistas, pero habíamos decidido subir a atacar en cuanto se nos presentara la oportunidad.

La cosa estaba muy reñida. Nosotros atacábamos, o al menos lo intentábamos, pero no lográbamos pasar sus defensas... claro que ellos tampoco acertaban a quitarnos el balón. Estábamos todos muy adelantados. Antonio, Quique y yo habíamos subido a ayudar a los delanteros, y los defensas estaban ocupando nuestros puestos en el centro del campo.

-¡Tuya! -Raúl me pasó la pelota.

Yo estaba solo en el borde del área. Ocasión de oro. Iba a chutar cuando, de pronto, vi las estrellas. Álvaro, que era el árbitro, señaló la falta. El muy bestia de Julio Soler me había dado una patada. Me puse a brincar a la pata coja.

Cuando me recuperé lanzamos la falta. Parecía que César iba a tirar a puerta, pero, en el último momento, le pasó a Raúl, que centró a Iván. Iván lanzó un auténtico cañonazo... ¡y marcó!

Nos adelantábamos en el marcador, por fin. El juego se reanudó. Sin embargo, 8ºA no hacía más que cometer faltas. Y Julio Soler la había tomado conmigo. Me puso la zancadilla y caí cuan largo era al suelo. Álvaro le enseñó la tarjeta amarilla a Soler y nuestros hinchas le abuchearon.

-¡Roja, roja! -oí chillar a «Huracán».

David Sáez pidió cambio. Habíamos quedado ambos equipos antes del partido en que se podrían hacer todos los cambios que se quisieran.

-Te sale sangre -observó Víctor, mientras me ayudaba a llegar hasta el banquillo-. Deja que Esteban salga en tu lugar hasta que te hayan curado esa rodilla.

Me senté en el banquillo. Inmediatamente apareció por allí Paula.

-¿Qué tal estás, Óscar? -preguntó.

-Bien, pero...

-Lorena Jiménez ha ido por agua oxigenada y algodón -me cortó mi hermana-. Ella te curará.

Cuando llegó Lorena, esperé pacientemente a que me desinfectara la herida. En cuanto terminó, me levanté de un salto, pero ella me hizo sentarme otra vez.

-Espera, Óscar -me dijo-. Soler va por ti, no cabe duda. Te está marcando muy de cerca.

-¿Y qué quieres que haga? -gruñí, exasperado.

-Ahora hace de delantero. Márcale tú y...

-...Y me lesiono más de lo que estoy -corté,. No, muchas gracias.

-¡Escucha! Si le marcas mucho terminará por cansarse de ti y te dejará en paz. ¡Huirá de ti el resto del partido! Además, así le impedirás que colabore en el ataque.

-¿Cómo se te ha ocurrido eso?

-Mi hermano mayor juega en un equipo de tercera división -dijo ella, encogiéndose de hombros-. Entiendo un poco de fútbol.

-Eso no lo sabía. ¿Por qué no le das consejos a David?

-No me hace caso.

-Ya sé, lo que pasa es que es muy machista. ¿Qué opinas del partido?

-No sé. Me preocupan las faltas de los de 8ºA. No van por el balón. Además, vuestra defensa es muy abierta. Deberíais cerraros más, y marcar a Hurtado y a Estrada. Son peligrosos.

No había terminado de decirlo cuando Juan Antonio Estrada lanzó a puerta... ¡el balón le dio a Alex en plena cara! El rebote fue para Javier Hurtado, que chutó y empató el partido.

-¡Le ha tirado a la cara adrede, Óscar! -me dijo Paula, muy enfadada-. ¿Lo has visto?

-Ya, son unos brutos -concedió Lorena, y ahogó una risita-. Óscar, estabas muy gracioso dando saltitos a la pata coja -comentó.

-Iba a replicar, cuando Álvaro dio por finalizado el primer tiempo.

-¿Cómo estás, Alex? -fue lo primero que le dijo Paula al desgraciado guardameta, que estaba medio mareado.

-Tengo complejo de tortilla -murmuró mi amigo.

-Me han dado una patada en la espinilla -se quejó Fernando.

-¿Sólo una? -replicó Alberto-. Yo he recibido seis o siete.

-Voy a pasarme todo el segundo tiempo dando codazos y puntapiés -siseó César-. Quien a hierro mata, a hierro muere.

-¡Codazos en el estómago y puntapiés en la espinilla! -puntualizó Iván.

-Sería rebajarnos a su nivel -dijo Víctor-. Vamos a jugar limpio. Así no tendrán nada que reprocharnos, ¿no os parece?

-No sé -dijo Raúl-. Estoy tan lleno de cardenales que no podré moverme en tres semanas.

-Pues muévete, súper-delantero-centro -le urgió Ester-. Tienes que marcar el gol

de la victoria.

-¿Por qué siempre me toca a mí?

-Eh, pelirroja, no tan deprisa -intervino Iván-. El primer gol lo marqué yo.

-El primero y el último -se burló Ester-. Eso fue en un momento de lucidez. Solo frente a la portería, el guardameta en la quinta porra y alguien te pone el balón entre los pies. Hasta un burro hubiera hecho lo que tú.

-No exageres, Ester -protestó Susana-. Ahora estaríamos con un gol en contra si Iván no hubiera marcado ese.

-Dejaos de bobadas -corté-. Tenemos que ganar. Primero, esa defensa más cerrada. Segundo, a ver si marcáis mejor a Estrada y a Hurtado. Estamos atravesando unos momentos críticos. A ver si salimos del bache.

-¡Oye, que el entrenador soy yo! -protestó David.

Nadie le hizo caso.

-Óscar, Soler se metió entre los delanteros en los últimos minutos -me comunicó Iván-. La tiene tomada contigo.

-Pues voy a salir otra vez -decidí-. Y le marcaré yo mismo.

-Eh, que yo soy el entrenad... -se oyó débilmente la voz de David.

-¿Crees que es prudente? -dijo Iván.

-¡No! -soltó David-. No creo que...

-A mí me parece buena idea -cortó Quique-. Bueno, chicos, volvemos ya. ¡A ganar! Salimos al campo, mientras se oía a David diciendo con voz débil:

-¡Soy un incomprendido! ¡Nadie me hace caso!

Recibí una de empujones y patadas impresionante durante todo el segundo tiempo, pero Soler no tocó la pelota más que dos veces. Y pronto empezó a huir de mí, como había pronosticado Lorena, porque siempre me tenía encima y no le dejaba hacer nada.

Raúl hizo caso a Ester y marcó el segundo tanto, pero después Juan Antonio Estrada se escapó del marcaje de César y empató el partido.

Faltaban cinco minutos, y más emoción no podía haber.

Atacaba 8ºA. Alex rechazaba todos los balones que le mandaban, y hubo un momento en que se formó un lío frente a la portería. Sólo se veía una nube de polvo, y seis o siete jugadores de cada equipo estaban allí peleando por la pelota. Había un follón increíble. Y, de pronto, sin que nadie se diera cuenta, el balón salió de ese círculo y se coló dando saltitos dentro de la puerta que defendía Alex, que ni siquiera se había percatado de que la pelota ya no estaba dentro de aquel caos de piernas y brazos que

emergía de la nube de polvo.

Fue un gol de chiripa, pero le valió a 8ºA para alzarse con la victoria en aquel partido. Lo celebraron ruidosamente. Nosotros estábamos como si nos hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza.

-¡La cancha es nuestra! -gritó Javier Hurtado.

-No, te equivocas -intervino Álvaro-. La cancha es para 8ºC.

No dábamos crédito a nuestros oídos. Miramos a nuestro profesor de deporte como si le faltara un tornillo.

-¿¡Cooooómo!?! -soltó Hurtado-. ¡Pero si nosotros hemos ganado el partido!

-Por eso. Habéis demostrado estar en mejor forma que los de 8ºC, y por eso considero justo que sean ellos quienes utilicen la cancha. Yo no recuerdo haber dicho que el ganador del partido sería el que obtuviera los derechos sobre la cancha.

Por más que protestaron los de 8ºA, no consiguieron nada. En cuanto a nosotros, aquello no nos convencía del todo. Teníamos la cancha, pero habíamos perdido contra 8ºA. Aquella victoria nos sabía a hiel. Decidimos retarles más adelante a un partido de revancha.

El lunes siguiente, Almudena y Fernando trajeron una noticia sensacional.

-¡El viernes nos vamos de excursión! -dijo Fernando-. Iremos a visitar el Pantano del Generalísimo.

-¿Eso dónde está? -preguntó Rafa.

-En la provincia de Valencia -respondió Almudena.

-¡Buff, qué lejos! -resopló Santi.

-¡Lejos! -se escandalizó Inma-. ¡Pero si estamos en Teruel!

-Está a unos 130 kilómetros de aquí -informó Fernando.

-¿Qué hay que ver allí? -indagó Alberto.

Fernando se encogió de hombros.

-Pinos, el pantano, el río... -dijo.

-Y un maravilloso día campestre, sin clases -completó Almudena.

-Esa parte me gusta, sobre todo lo de las clases -opinó César.

La verdad es que en el fondo no nos parecía mala idea. Todo el colegio se iría de excursión ese día. Y 7ºA también vendría con nosotros. Cada clase se iría a un sitio distinto, pero la clase de mi hermana había elegido el mismo lugar que nosotros. Alguno protestó que siempre los teníamos detrás. pero no nos importó demasiado, porque sólo tenían un año menos que nosotros.

Aquello podía considerarse casi como un adelanto del viaje de fin de curso (que ya sabíamos que sería a Granada), sólo que de un día, y al final del primer trimestre, antes de las vacaciones. Nuestra atención se centraba ahora en la proximidad de la excursión al Pantano del Generalísimo, también llamado Pantano de Benagéber, sin perder de vista el partido que pensábamos jugar más adelante contra 8ºA, nuestros eternos rivales.

## Capítulo V: Occidentales accidentados

El lunes teníamos colegio, y maldita la gracia que nos hizo levantarnos por la mañana, todos llenos de moratones y magulladuras por todas partes. Los muy brutos de 8ºA nos habían dejado «pa'l arrastre». Podíamos utilizar la cancha, pero estábamos tan cansados que en los recreos nos dedicábamos a lanzar penaltis, nada más. Si por nosotros hubiera sido, no habríamos hecho ni eso, pero, después del follón que habíamos organizado para poder ocupar la cancha lo menos que podíamos hacer era eso.

Pero pronto nos olvidamos del traumático partido y recuperamos las energías perdidas. Y así el viernes estábamos todos dispuestos a realizar la susodicha excursión al Pantano del Generalísimo.

Había dos autobuses, uno para 7ºA y otro para 8ºC. En dos horas nos plantamos allí.

-Aquí sólo hay pinos -murmuró Esteban nada más bajar del autobús-. Jo, qué aburrimiento.

-Míralo por el lado bueno -replicó Alberto-. Yo prefiero pinos antes que clases.

-Pues aún hemos tenido suerte de venir en invierno -comentó Silvia-. Yo estuve aquí una vez, en verano, y no eran sólo los pinos lo que abundaba por aquí... ¡también estaba plagado de moscas y avispas!

La miramos con un cierto aire de sospecha.

-Seguro que fuiste tú quien sugirió venir aquí -acusó Iván.

-Sí, fui yo -replicó Silvia, muy digna-. Si tenías una idea mejor, haberla expuesto a don Andrés.

Por supuesto, y por mucho que protestara, Iván Borrás no tenía una idea mejor. Es más, no tenía ninguna idea, ni mejor ni peor.

Don Andrés nos dio permiso para explorar los alrededores hasta la hora de comer, puesto que no nos convencía el sitio donde estábamos. Era una zona recreativa llamada «La Pardala». Había una piscina, evidentemente vacía, bastante sucia y roñosa. El fondo estaba cubierto de un musgo verde que resbalaba, característica que descubrió Antonio. Caminó por el suelo de la piscina imprudentemente, resbaló, cayó de nalgas y se deslizó dando vueltas sentado por la cuesta que tenía la piscina.

-¡Parece un tobogán! -comentó Ester.

-Sí, pero la torta que me he dado ha sido de impresión -se quejó Antonio, frotándose la parte magullada.

Sus pantalones habían quedado manchados de verde por la retaguardia, y, por más que se bajara el jersey, seguía viéndose la mancha delatora.

Aparte de la piscina, había por allí mesas y bancos de madera, y unas casitas también de madera, donde estaban los servicios. Nos quedamos pasmados cuando entramos, porque el excusado resultó ser un agujero en el suelo.

Cuando volvimos de visitar los servicios, Paula se nos acercó, excitadísima.

-¡Hay un río que desemboca en el pantano, cerca de aquí! -exclamó-. ¿Por qué no remontamos su curso?

Alex la hubiera seguido hasta el fin del mundo, pero yo no tenía ganas.

-No me apetece ahora, Paula -dije-. Además, vamos a comer. Después de comer iremos, si quieres.

Y por suerte ella se conformó.

Comimos de bocadillo allí. Resultó que no había agua potable y, para beber, tuvimos que subir hasta una fuente que había a veinte minutos monte arriba. Después de beber sí nos entraron ganas de ir a explorar el río. Vic y Alex vinieron con Paula y conmigo, y Quique, Lorena, Ana, Ester e Iván se apuntaron también.

-A las cinco y media tenéis que estar todos aquí -nos dijo don Andrés-. El autobús se va a las seis y no esperará a nadie.

Después de prometerle que seríamos puntuales. emprendimos la expedición. Remontamos el curso del río durante media hora. Había tramos en los que teníamos que cruzar de una orilla a otra, y hubo un momento en que había que quitarse zapatillas y calcetines y vadear el arroyo durante unos metros. El agua estaba tan helada que cuando salimos casi no sentíamos los pies.

Por fin nos cansamos de caminar, y nos sentamos en una roca que emergía de la orilla y se adentraba en el agua. Allí el río formaba un pequeño embalse de considerable profundidad.

Estuvimos allí un rato, hasta que Ester sugirió que fuéramos a explorar el bosque.

-Habrá que tener cuidado -objetó Víctor-. Si nos alejamos del río nos va a costar mucho volver.

-Procuraremos que eso no suceda -replicó la impulsiva Ester-. El sonido del río se escucha desde muy lejos.

Accedimos, y nos adentramos en el bosque.

-Qué monótono -suspiró Paula al cabo de un rato-. Todo pinos. Estábamos mejor en el río.

-No protestes, Paula -cortó Ana-. El río también era monótono.

-¡Mirad, una ardilla! -dijo Lorena señalando a la copa de un árbol. -Bien, ¿y qué? -respondió Quique-. Será que no hay ardillas aquí.

-Pues hasta ahora es la primera que veo yo -observé.

Algo se cruzó en el camino. Algo rápido y ágil, que arrastraba una tupida cola detrás.

-¡Un zorro! -dijo Alex-. ¿Y si lo siguiéramos hasta su madriguera? -¿Para qué? -protestó Iván.

Pero Alex el Aventurero ya iba en pos del animal.

-¡Vaya, lo he perdido! -se le oyó refunfuñar algo más lejos.

Y nosotros lo habíamos perdido a él. Corrimos hacia el lugar de donde salía la voz, y lo encontramos.

-¡Esperad! ¡Esperad. por favor!

Nos volvimos. Era Paula, que se apoyaba en un árbol con un pie en el suelo y otro en el aire. Sollozaba, y estaba muy pálida. Alex acudió a nuestro encuentro.

-¡Me he torcido un pie! -se quejó Paula.

Lorena, que era experta en esas cosas, examinó el pie de mi hermana. Los demás aprovechamos para sentarnos y descansar.

-Tiene el pie muy hinchado -dijo Lorena al cabo de un rato-. No me extrañaría que fuera un esguince.

-¿Qué puedes hacer? -inquirí.

-Nada -respondió ella-. Necesitaría ver a un médico. Si es muy grave, le pondrán una escayola.

-A mí me la pusieron -dijo Iván-, y sólo tenía un esguince.

-Va me acuerdo -sonrió Ester-. Te firmamos todos en la escayola, y quedó tan bonita que no querías que te la quitaran.

-No creo que pueda caminar así -comentó Iván, mirando preocupado a Paula-. Mejor será que volvamos ya con los demás.

-¿Qué hora es? -preguntó de pronto Víctor, dando un respingo.

Levantó la vista al cielo. Ya estaba anocheciendo. Estábamos a primeros de diciembre y atardecía enseguida.

-Son las cinco -informó Ana-. Más vale que nos pongamos en marcha ya.

-Vamos a llegar tarde -auguró Quique-. Si hemos tardado tres cuartos de hora en llegar hasta aquí, ahora que Paula está coja, imaginaos...



-Escuchad -dijo Ester.

Lo hicimos.

-No se oye nada -dije yo.

-Justamente -respondió Ester-. Nos hemos alejado tanto del río que ya no lo oímos.

Nos pusimos en marcha para intentar llegar de nuevo hasta él. Entre Alex y yo llevábamos a Paula casi a rastras. Ella se apoyaba en nosotros dos, e iba a la pata coja tan rápido como podía.

Pronto Quique, que iba delante, se detuvo.

-Todo el bosque parece igual -suspiró-. Así me parece que poco vamos a conseguir. Chicos, hay que aceptar la verdad: nos hemos perdido.

Nos miramos preocupados. Eran ya las cinco y veinte.

-¿No será más sensato que nos quedemos en un sitio concreto? -dijo Iván-. Se ha hecho ya casi de noche, y si seguimos andando a lo peor nos alejamos más aún del río. Además, ella no puede más.

Obviamente, se refería a Paula.

-No se irán sin nosotros, ¿verdad? -murmuró Lorena.

Nosotros estábamos gritando por si alguien nos oía, pero no recibíamos respuesta alguna. Cuando Lorena hizo aquella pregunta eran ya las seis menos cuarto, y a todos nos dolía ya la garganta. Ella era la única que estaba histérica. Ana conservaba la calma, Ester era demasiado optimista y a Paula poco le importaba si Alex estaba cerca. Dejé de gritar, me acerqué a ella y le rodeé con mi brazo los hombros, en un intento de tranquilizarla.

-Claro que no -respondí-. Vendrán a buscarnos. Por eso dice Iván que lo mejor es quedarnos quietos.

Ambos miramos a Iván, que seguía dando voces, incansablemente. A mí me parecía que se había vuelto más sensato en los últimos minutos. «Eso es la responsabilidad de ser el mayor», pensé. «Nunca imaginé que Iván Borrás se comportara así en las situaciones comprometidas. De cualquier manera, ahora es él el que manda; estamos en sus manos».

Casi sin darnos cuenta nos habíamos sentado en el suelo, y permanecíamos en silencio. Eran ya las seis, y en nuestras mentes resonaba la voz de don Andrés: «El autobús no esperará a nadie». Nos arrimamos unos a otros. Ya era de noche, y hacía mucho frío. Las chicas tenían miedo, y nosotros nos sentíamos inquietos. No nos sentíamos capaces de seguir gritando, porque en aquel gran bosque de pinos nos sentíamos muy pequeños, estábamos acobardados y teníamos la impresión de que sólo los zorros y las demás

criaturas nocturnas nos escucharían.

-¿Y si encendiéramos un fuego? -sugirió Ana-. Hace mucho frío.

-Podríamos provocar un incendio -objetó Iván.

Alex se levantó.

-Iré a buscar un claro donde podamos encender una hoguera sin peligro -dijo.

-No te vayas -susurró Paula.

-¿Y si te pierdes? -dijo Iván-. Sería peor. No llevas linterna ni nada por el estilo.

-Daré dos silbidos cuando encuentre un sitio. Contéstame con la misma señal.

Entonces me pondré a silbar todo el rato para que podáis localizarme. No me alejaré mucho. Si me pierdo o veo que la cosa no marcha bien, silbaré tres veces. Entonces contéstame tú para que pueda llegar hasta vosotros. Me guiaré por el sonido.

-No te vayas muy lejos -indicó Iván-. Y si encuentras el río, mejor aún.

Alex asintió, y se dispuso a marcharse.

-Alex, ten cuidado -murmuró Paula con voz débil.

Se perdió en la oscuridad.

Nos quedamos allí, temblando, silenciosos, rogando a Dios en nuestro interior que Alex regresara sano y salvo. Tras veinte angustiosos minutos oímos nítidamente dos silbidos.

Iván se levantó de un salto y contestó la señal. Oímos después otro silbido.

-Seguidme -indicó Iván.

Nos levantamos todos y fuimos tras él. Paula, Víctor y yo íbamos más rezagados porque ella no podía andar muy bien.

Cada vez oíamos más cerca la señal de Alex. Guiados por los silbidos, llegamos hasta el pie de una montaña rocosa. Allí no había pinos, y descubrimos que Alex había limpiado el lugar de agujas de pino y otras hierbas.

-Esto está resguardado -dijo mi amigo-. El viento no esparcirá las chispas.

Entre Víctor y yo recogimos ramas suficientes para encender la hoguera. Como allí no había árboles, la luz de la luna y las estrellas llegaba hasta nosotros y nos permitía ver algo con su claridad.

Dispusimos un círculo de piedras más o menos grandes en torno al montón de leña que habíamos apilado y con un encendedor Iván prendió fuego a las ramas, que chisporrotearon un poco para terminar convirtiéndose en una hoguera. La pared rocosa impedía que el viento incendiase los árboles que estaban un poco más lejos.

-¿De dónde sacaste el mechero? -le preguntó Ester a Iván.

-Se lo compré esta mañana a un chaval que vendía cosas para conseguir dinero para el viaje de fin de curso.

Nos enseñó el encendedor, donde decía: «Viaje de fin de curso».

-Al menos éste funciona -comentó Alex-. Porque los que vendimos nosotros el mes pasado eran una birria.

Quedamos callados. Yo no podía hacer otra cosa que mirar las llamas, hechizado. Cuando pude apartar por fin mis ojos del fuego, di una mirada circular. Paula se había dormido, con la cabeza apoyada en el hombro de Alex. Víctor trataba de consolar a Ana. Iván miraba las estrellas pensativo, Ester dibujaba algo en la arena del suelo con una aguja de pino y Lorena estaba tumbada de lado, con la cabeza apoyada en su chaqueta, que hacía de almohada, contemplando las llamas.

-¿Dónde está Quique? -pregunté.

Todos parecieron despertar de un sueño (todos menos Paula, que estaba dormida de verdad), y miraron alrededor. Iván se puso en pie de un salto.

-¡¡Quiiiiiiiiiiiiqueeeeeeee!! -llamó.

-¡Aaaaaaqui!!!! -se oyó una voz desde la oscuridad.

Alzamos la vista. «Hitler» había trepado por la pared rocosa, y estaba a una altura considerable.

-¿¡Qué haces allá arriba!? -gritó Iván.

-¡Espera, ya bajo!

Minutos después estaba de nuevo con nosotros.

-¿Has visto el río? -preguntó Ana, esperanzada.

-No, estaba muy oscuro. Pero he visto una luz. No está lejos de aquí.

-Podríamos... -empezó Alex, pero Iván le cortó.

-Ni hablar -dijo-. Si te pierdes, la llevamos clara. Mejor será quedarnos aquí hasta que amanezca y, a la luz del día, intentar llegar hasta un sitio civilizado.

Alex se resignó, y reinó el silencio de nuevo. Pero todos teníamos en la mente lo que Quique había dicho.

Cuando ya estábamos casi dormidos, pasó algo. Oímos un ruido. Algo o alguien se acercaba por entre los árboles. Nos acurrucamos más unos contra otros.

-¿Y si es un oso? -musitó Ana.

Iván se levantó, cogió una rama de la hoguera que estaba medio quemándose y blandió amenazadoramente la improvisada antorcha.

-Deja eso, chico -dijo una voz con acento extranjero-. Puedes provocar un

incendio.

Iván se relajó, y arrojó la rama a la hoguera.

-Por favor, ayúdenos -dijo a la oscuridad-. Nos hemos perdido.

El hombre salió de la espesura. Cuando el resplandor del fuego lo iluminó vimos que se trataba de un japonés.

La luz que había visto Quique pertenecía a su campamento. Eran científicos o algo por el estilo, y eran cuatro, todos ellos japoneses.

Esto nos lo explicó el hombre aquél, que, según nos dijo, se llamaba Matsuo, mientras nos acompañaba hasta su cuartel general. Nosotros le contamos lo que nos había pasado, y él dijo que podrían ayudarnos.

Mientras, Quique ponía mala cara. Estaba claro que no le había hecho gracia que su salvador fuera un japonés. Sin embargo pronto decidió dejarlo estar... ¡porque prefería los japoneses al bosque oscuro!

Cuando llegamos al campamento, Matsuo nos presentó a sus compañeros de trabajo: Yasunari, Takehara y Namiko, que era una mujer y, además, médico. Ésta, tras examinar el pie de Paula, declaró (en japonés, pues Matsuo era el único que hablaba español) que necesitaba una escayola. Como medida de emergencia, Namiko le puso una venda elástica. Mientras, Yasunari y Takehara se fueron al puesto de guardabosques más cercano. Mientras volvían, Namiko nos preparó café caliente a todos, y Matsuo se puso a hablar con nosotros para quitarnos el miedo.

Una hora más tarde Yasunari y Takehara volvieron con dos hombres uniformados que debían de ser guardabosques y... ¡con don Andrés!

Casi gritamos de la alegría. Nuestro tutor parecía a la vez enfadado por el lío que habíamos organizado, contento por habernos encontrado y preocupado por nuestro estado.

-¿Se ha ido ya el autobús? -preguntó Ana.

-Claro que se ha ido -replicó don Andrés-. ¿Vosotros sabéis la hora que es?

-Entonces, ¿cómo volveremos a casa?

Don Andrés le dijo algo sobre un Landrover, el caso es que no lo oí bien. Estaba medio dormido. Lo que pasó luego lo recuerdo como unos instantes muy confusos. Me acuerdo de que nos despedimos de Matsuo, Takehara, Yasunari y Namiko y volvimos a Teruel con don Andrés en un Landrover destartalado que daba tumbos y más tumbos por carreteras mal asfaltadas. Todos estábamos medio dormidos en la parte trasera del coche... No sé de dónde lo sacaría don Andrés. Entonces no me preocupó lo más mínimo, y ahora

tampoco me importa demasiado. Paula dice que se lo prestaron los japoneses, pero no está muy segura, ni yo tampoco. Recuerdo un momento del viaje en el que di una mirada circular y vi, antes de dormirme, a mis agotados compañeros.

Iván estaba sentado delante, con don Andrés. De eso sí me acuerdo bien, y también de que me pareció más adulto, más maduro de lo que realmente era, mirando la oscura carretera con gesto serio y aire pensativo...

Y Alex y Paula cogidos de la mano, Víctor y Ana muy cerquita uno del otro, Ester luchando contra el cansancio, Quique durmiendo a pierna suelta, Lorena dando cabezadas...

Yo estaba a punto de dormirme también cuando me despertó el roce de algo muy suave contra mi mejilla. Cuando abrí los ojos vi que se trataba del pelo de Lorena, que se había dormido con la cabeza apoyada en mi hombro.

Me pareció muy guapa entonces. Casi como un ángel. Creo que fue ese el último pensamiento que tuve antes de dormirme, cuando las mortecina luces de Teruel ya se veían en la lejanía.

Y no recuerdo más. Sólo la bronca de impresión que me gané de mi padre, mientras mi madre no hacía más que revolotear nerviosa alrededor de Paula y de mí, repitiendo machaconamente si nos encontrábamos muy mal.

Aquella noche no fuimos capaces de contar a nadie lo sucedido, pues estábamos muertos de cansancio y sólo queríamos dormir. Pero al día siguiente tuvimos que dar muchísimas explicaciones, y el lunes, cuando volvimos al colegio, nos tocó repetir la historia lo menos doscientas veces. Y al gracioso de turno se le ocurrió un mote que, según él, nos venía que ni pintado: «Occidentales accidentados», puesto que nos habían socorrido unos japoneses. Y tuvimos que aguantar el apelativo durante el resto del curso.

Nuestra aventura también tuvo su lado bueno. Una de las cosas positivas que tuvo fue que sirvió para que Quique cambiara de ideas. Le habían caído muy bien Matsuo y los demás, y ahora comprendía que el racismo no tenía sentido, que todos somos humanos y no hay razón para despreciar a los negros, orientales, árabes, indios, judíos y demás razas... porque en realidad, todos somos hermanos, personas que vivimos en un mismo mundo: la madre Tierra.

## Capítulo VI: Huelga de piernas cruzadas

Después de Navidades ya casi no nos acordábamos del susto. Paula incluso tenía ciertos problemas para recordar los complicados nombres de los japoneses. Le habían escayolado la pierna, y el médico decía que, como había forzado mucho el pie después de su lesión, tenía para largo.

Las clases seguían con normalidad, hasta que un día sucedió algo.

Don Alfredo, profesor de plástica, vino un día a clase de mala leche. Si se habría levantado con el pie izquierdo, eso no lo sé, pero el caso es que la tomó con nosotros... bueno, más bien con Alex. Por lo visto don Alfredo tenía dolor de cabeza aquel día. Y todo fue un desgraciado accidente.

-¿Qué es eso? -le preguntó Víctor a Alex poco antes de la clase, al ver que introducía algo en la cajonera.

-Un despertador -respondió Alex-. Está estropeado. Después de clase lo voy a llevar al relojero. Lo he traído para que no se me olvide.

-¿Qué le pasa?

-Que suena cuando le da la gana.

-Ya. ¿Y si suena en mitad de la clase?

-Bah, no creo que pase nada. Pues lo pararé y le explicaré al profesor que esté lo que sucede. Tampoco hay para tanto.

Pero el dichoso despertador quiso sonar en mitad de una clase de plástica, con un profesor que tenía dolor de cabeza y muy malas pulgas y no soportaba las bromas. Y, para remate, el dueño del despertador era nada más y nada menos que el archifamoso bromista Alejandro Hidalgo.

El caso es que el endiablado armatoste metía un follón de mil diablos. Cuando se puso a sonar en mitad de una clase de plástica todos dimos un salto en nuestros asientos. Alex, cogido por sorpresa, tardó un rato en apagar el despertador.

Don Alfredo lo miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada.

Lo malo fue que diez minutos más tarde, y precisamente cuando más silencio había (nunca nos callábamos del todo en una clase de plástica, pero aquella vez el murmullo de fondo no se oía mucho), el maldito despertador volvió a armar jaleo. Hubo algunas risas de fondo, porque había quien creía que aquello era una tomadura de pelo de Alex a don Alfredo. Pero no era así, y Alex, Víctor y yo lo sabíamos. La lástima fue que don Alfredo no lo supiera también.

-Ay, madre -oí murmurar a Alex mientras intentaba parar aquello.

Don Alfredo se levantó de su sitio. Comenzó a pasear entre las mesas hasta detenerse junto a Alex, que aún tenía el cachivache entre las manos.

-Levántate, Alejandro -ordenó.

Cosa insólita, de pronto reinaba un silencio sepulcral en la clase, que intuía que algo no marchaba del todo bien, y que aquello no era ni mucho menos una broma. Alex obedeció. Don Alfredo le quitó el despertador de las manos y, seguidamente, le cruzó la cara de una bofetada. Luego le dio otra, y otra más, y así hasta cinco o seis. Todos nos habíamos quedado mudos.

-Siéntate, Alejandro -dijo don Alfredo.

Alex se sentó. Tenía la cara roja, pero no dijo nada. Vi que en sus ojos había lágrimas de rabia e impotencia. Y entonces reaccioné. Me puse en pie y le eché en cara a don Alfredo:

-¿Sabe que están prohibidos los castigos corporales en los colegios? ¿Quiere hacer el favor de explicarme a qué se ha debido esto?

-Se lo explicaré al director, Óscar, no a ti -respondió fríamente el profesor de plástica-. Y además ahora mismo.

Salió de clase y nos dejó a todos con la boca abierta.

No lo volvimos a ver en todo el día.

-Para mí que no ha tenido valor para hacer lo que decía -comentó Iván más tarde-. ¿Cómo iba a explicar a don José que le había pegado cuatro tortas a un alumno?

-No, claro que no -murmuró Víctor-. Lo más seguro es que le haya contado la historia a su manera. Debemos ir a visitar al director y explicarle lo que ha pasado.

Lo dijimos pero no lo hicimos. Parecía que la cosa no iba a más, así que pronto lo olvidamos. Pero Alex no. El día siguiente al incidente lo vi salir del despacho de don Alfredo... y no me gustó nada la cara que ponía. No quiso darme explicaciones. Se comportaba de una manera extraña, y fue Paula la primera en darse cuenta.

-Óscar, ¿qué le pasa a Alex? -me preguntó un día.

-¿Pasarle...? -repetí. No le había comentado nada de lo que pasó con el despertador, pero estaba claro que Alex tampoco lo había hecho, y eso era lo que me extrañaba.

-Está raro -me aclaró mi hermana-. Parece triste, muy triste. Como si le hubieran hecho una faena y no pudiera hacer nada para evitarlo.

Así que se lo conté todo. Como había previsto, se enfadó muchísimo en cuanto

supo que don Alfredo le había pegado. En parte, por el hecho en sí; en parte, porque yo no se lo había contado antes.

-Pero no creo que haya para tanto -concluí-. Creo que don Alfredo tenía un mal día y ya está, lo pasado, pasado, y no hay por qué buscarle tres pies al gato. No comprendo por qué Alex se comporta así.

-Hablaré con él -prometió Paula-. Y se lo sacaré todo. Seguro que hay algo detrás de esto.

Así que lo dejé en manos de mi hermana. Sabía que si alguien podía ayudar a Alex era ella.

Pocos días después Paula me trajo la noticia.

-Alex fue a hablar con don Alfredo después del incidente -me contó-. Le explicó lo que había pasado, y el burro ese no le creyó. Encima, le dijo a don José lo del despertador... omitiendo el detalle de las tortas, y convenciéndole de que aquello era una broma de Alex. Este intentó explicarle lo que pasó de verdad, pero el mandamás no quiso escucharle.

-Debió de ser muy convincente -murmuré yo-. ¿Hay algo más?

-Sí. Don Alfredo le dijo a Alex que considerase suspendida la última evaluación.

-¿Eh?

-Como lo oyes. Y el padre de Alex le dijo a su hijo antes de que comenzara el curso que como tuviera un solo suspenso este año, se quedaría en Teruel todo el verano.

-Pero... ¡pero si se iba a venir con nosotros a Cádiz!

-¡Justamente! Por eso está tan triste. Tenía muchas ganas de ir. Estaba deseando que llegara el verano. Pero ahora no podrá venir, porque ya sabe que le van a catear plástica para septiembre.

-No puede ser. Tenemos que ayudarle, Paula. Alex está atravesando una depresión. Paula movió la cabeza.

-Sólo una persona puede ayudarle, Oscar: don José. Sólo el director puede convencer a ese cascarrabias para que no suspenda a Alex al final de curso. Porque lo que es don Andrés, no tiene suficiente autoridad como para decirle a don Alfredo lo que debe de hacer, por muy tutor vuestro que sea.

-Pero si don José no quiere escucharnos, ¿qué vamos a hacer?

-Creo que para eso necesitas la ayuda de toda tu clase.

-Alex no ha dicho nada a nadie. Si lo pregono a los cuatro vientos, aunque sólo sea para ayudarle, le sentará como un tiro.



-Yo le convenceré para que os lo cuente a todos. Seguro que a alguien se le ocurrirá alguna idea para llamar la atención del mandamás, y que se digne a escucharos.

Y lo hizo. Desde luego, mi hermana nunca dejará de asombrarme. Al día siguiente se convocó una reunión urgente y Alex nos contó su problema -problema que yo ya conocía- y nos solicitó ayuda.

-La verdad es que aquello fue una bestialidad -opinó Alberto-. Creo que está prohibido pegar a los alumnos. Además, no lo hiciste a propósito.

-El problema ahora no es ése -cortó Inma, exasperada-. El problema es que a Alex le va a caer plástica para septiembre, y eso sería una cerdada. Además, lo único que tenemos que hacer es llamar la atención de don José, para que nos preste atención. Pero... ¿cómo?

-¡Vamos a organizar una huelga! -propuso César.

-Cállate, Noguera -le atajó David-. No empecemos con tus brillantes ideas.

-No, escuchad -protestó César-. Podemos hacer una huelga de brazos cruzados en protesta y...

-...Y nos la cargamos -completó Vicky-. No, gracias. ¿Cómo te imaginas tú que reaccionarían los profesores si nos cruzáramos de brazos y nos negáramos a trabajar? Tenemos que pensar en algo que llame la atención pero por lo cual no tengan por qué reñirnos.

-¿Y por qué no hacemos una huelga de piernas cruzadas? -sugirió Inma-. Mi hermano mayor lo hizo una vez en su clase. Sencillamente, pasar las clases con las piernas cruzadas una sobre la otra. Así todos los días, en completo silencio, hasta que alguien se mosquee y nos pregunte qué pasa. Es una protesta Pacífica. Es una manera de llamar la atención sin hacer algo malo. Los profesores terminarán por preguntarse qué diablos está pasando, y el director, por pura curiosidad, nos escuchará. Pero no debemos decir a nadie cuáles son los motivos de nuestra huelga. Así nadie lo sabrá, y el director, que, como todos sabemos, es muy cotilla, querrá saber de qué se trata en cuanto se dé cuenta de que pasa algo raro.

La idea fue aprobada por unanimidad, aunque yo tenía mis dudas. ¿Seríamos capaces de aguantar mucho tiempo en silencio durante las clases y en esa absurda posición de las piernas cruzadas?

Pero lo hicimos. Es increíble lo que se puede hacer por un amigo en un grupo en el que reina la camaradería y la amistad. ¡Quién hubiera dicho que la revoltosa clase de 8º se comportaría tan bien en las clases, con lo que nos costaba! Al día siguiente de la

reunión los profesores casi se volvieron locos. Desde las nueve hasta la una (haciendo un paréntesis a la hora del recreo) todos los alumnos de la clase de 8ºC tuvieron las piernas cruzadas una sobre la otra. Los profesores no tenían por qué ordenarnos que descruzáramos las piernas; al fin y al cabo, no hacíamos nada malo. Esta posición no nos impedía trabajar en clase, ni hacer exámenes ni ejercicios. Más de uno había preguntado a qué se debía aquello, pero Fernando, el portavoz de la clase se limitaba a decir:

-Es una huelga de piernas cruzadas. Una forma de protestar pacíficamente.

-¿Y sobre qué queréis protestar? -indagaba el profesor de turno.

-Eso lo diremos a quien corresponda, cuando se digne a escucharnos. No se preocupe, que la cosa no tiene más consecuencias.

Y el profesor se quedaba con las ganas de enterarse.

El único que no preguntó nada fue don Alfredo -la clase estaba especialmente hostil con él-, que en principio debió pensar que se trataba de otra broma de Alex, porque no hacía más que mirarle con mala cara durante la primera clase de plástica en la que hicimos huelga. Más tarde, al ver que no pasaba nada más que nuestra absurda posición y el inusual silencio (todos los profesores estaban de acuerdo en que era algo que había que aprovechar), lo dejó correr.

Con el tiempo, todos los profesores se acostumbraron a vernos con las piernas cruzadas, y dejaron de hacer comentarios. Aunque por todo el colegio corrió la voz de que “los de 8ºC están haciendo una huelga de piernas cruzadas”, nadie sabía para qué la hacíamos, quién pretendíamos que nos hiciera caso ni cuánto duraría aquello. Por más que lo intentaron, no consiguieron sonsacárnoslo.

Pasamos una semana de huelga. Empezábamos a temer que el director aún no se había enterado de lo que se cocía en nuestra clase, cuando un día apareció por allí, y se quedó pasmado.

En primer lugar por lo silenciosos que estábamos.

En segundo lugar porque todos, sin excepción, teníamos las piernas cruzadas una sobre la otra.

Don José habló un momento con don Andrés, que era el profesor que estaba con nosotros en aquel momento, nos echó una mirada curiosa y salió de la clase. En el recreo comentamos lo sucedido.

El director se quedó alucinando cuando entró en clase dijo Alberto-. Y si entra más veces y nos vuelve a ver así, ya habremos dominado la situación.

-¿Creéis que será prudente? -inquirió Almudena, titubeante.

-¡Pero si no hacemos nada malo, Dena! -Fernando se había acostumbrado a llamarla así porque decía que Almudena era muy largo-. Ningún profesor se ha quejado hasta ahora.

Era evidente que nuestro delegado se había entusiasmado con la idea.

-La verdad es que es una huelga muy original -comentó Víctor.

Alex sonrió débilmente.

-Gracias a todos -dijo-, pero no creo que dé resultado. Don Alfredo y yo somos enemigos antiquísimos. Ese hombre tiene muy mal humor, y no me parece que vaya a ceder tan fácilmente, sólo porque se lo pida el director... en caso de que se lo pida.

-Mira que eres gafe -protestó Paula, que últimamente venía con nosotros más que con los de su curso-. Todos aquí haciendo huelga y tú repitiendo machaconamente que no sirve para nada. Si no fuera por eso del silencio respecto al fin de la huelga, en 7ºA también la haríamos.

No es mala idea -comentó Sara-. Si nos apoya también 7ºA...

-¡No, no! -se apresuró a contestar Paula-. Se lo dirían a todo el mundo. Además, me daría rabia ser la única que no podría seguir la huelga, por lo de la pierna.

-¡Ah, conque era por eso! -dije yo suspicazmente.

-Vaya, patatiesa, gracias per tu solidaridad -comentó Alex, divertido.

Paula le amenazó con una muleta, y Alex se echó a reír. Yo me alegraba por él. En ocasiones como ésta parecía que volvía a ser el de siempre, pero sólo por un momento. Luego volvía a mostrarse triste y taciturno. Sólo Paula lograba hacerle sonreír de vez en cuando.

-Eh, se me olvidó comentaros una cosa -dijo Antonio-. Yo estoy en primera fila, y oí lo que le decía el director a don Andrés.

Nos inclinamos hacia él, interesados.

-Cuenta, que me muero de curiosidad -pidió «Huracán».

Antonio pareció titubear por un momento, pero luego dijo:

-Le dijo algo sobre una reunión a las seis, y luego le preguntó si aquello era la famosa huelga de piernas cruzadas de la que tanto se estaba hablando. Don Andrés le contestó que sí, y el mandamás le preguntó que qué mosca nos había picado. Don Andrés respondió que no lo sabía, y que no habíamos querido decírselo, y que ya llevábamos una semana así. El director le preguntó si eso lo hacíamos en todas las clases o sólo en las tuyas.

-¿Y qué contestó don Andrés? -preguntó Rafa, interesado.

-Le dijo que no lo sabía; que pensaba que en todas. Entonces el mandamás puso cara de muerto-de-curiosidad y se largó.

-Ya lo tenemos en el bote -dijo Patricia-. Alex, amigo, te veo en Cádiz este verano.

-Ojalá tengas razón -suspiré-, porque me voy a aburrir mucho si no está este granuja cerca haciendo de las suyas.

-Eh, Óscar, que yo también iré -protestó Víctor-. ¿Es que yo no soy nadie?

Miré a Alex. Apenas se había dado cuenta de que estábamos hablando de él. Por lo visto, le había afectado mucho lo de las bofetadas, aunque quizá no tanto como que don Alfredo pensara que se trataba de una broma suya y yo le hubiera creído cuando él explicó lo sucedido. Y, como las desgracias nunca vienen solas, para remate estaba lo del suspenso para septiembre. Pero me dije a mí mismo que Paula conseguiría animarlo con el tiempo.

Me equivoqué.

Sucedió al revés. Alex continuaba triste, y fue contagiando poco a poco a mi hermana, a la que la perspectiva de pasar el verano sin él cuando ya estaba todo programado no le hacía ninguna gracia. Mi madre ya sospechaba algo raro. No le habíamos dicho nada porque era muy amiga de la madre de Alex, y a éste no le interesaba que se supiera lo del cate en plástica en su casa hasta que fuera seguro. Paula comía poco, y estaba deprimida. A menudo se quedaba pensativa y no oía lo que le decían, y también le gustaba estar sola, «para pensar», como decía ella. También estaba triste, como Alex, y su sonrisa me parecía falsa.

-Oye -le dije un día-, te encargué que consiguieras que Alex saliera de su depresión, y me basta con mirarte a la cara para deprimirme yo. ¿Qué diablos pasa? No me contestó.

Continuamos con la huelga de piernas cruzadas. Vimos que, a partir del día en que el director nos viera por primera vez en plena actividad huelguista, pasaba a menudo por nuestra aula, para dar recados.

-El director dando recados -observó Iván-. Se ve que es sólo una excusa para ver si seguimos con lo mismo. Le pica la curiosidad.

-Lo tenemos en el bote -repitió por enésima vez Patricia. Llevaba días diciendo lo mismo.

-Si el director pregunta qué pasa, ¿quién se ofrece voluntario para explicarlo? -preguntó Fernando-. Yo ya estoy harto de ser el relaciones públicas.

-Que sea David -sugirió Susana-. El razonar con los profes se le da fenomenal. Es

un maestro del peloteo.

Y así quedó decidido. Pero surgió otra incógnita.

-¿Y si es don Alfredo quien lo pregunta? -dijo Dena.

Y ahí David se negó en redondo. Lo echamos a suertes y, como de costumbre, me tocó a mí.

-¿Por qué me tiene que pasar todo a mí? -me desesperé.

No era para menos. La guerra contra la señorita Julia había comenzado por mi culpa, en el conflicto contra 8ºA había estado metida mi hermana, yo formé parte de los «occidentales accidentados», fue mi mejor amigo quien inició la huelga de piernas cruzadas y ahora me tocaba a mí enfrentarme con don Alfredo si llegaba el caso. No ganaba para sustos. Aquél estaba resultando para mí el curso más movido de todos.

Y no sólo eso. Ahora también tenía que preocuparme de resolver el problema de Alex y Paula, antes de que me contagiaran a mí. Parecía increíble, aquello era como una bola de nieve rodando cuesta abajo por la ladera de una montaña. Cada vez se hacía más grande. Lo malo era que detrás de una bola venía otra. La clase de 8ºC tenía una peculiar habilidad para meterse en líos.

Y yo el primero de todos.

En esto estaba pensando después de que me tocara la china. Me devolvió a la realidad un suave codazo de Lorena.

-Animo, Óscar -me dijo-. Todos confiamos en tu elocuencia y tu habilidad para amansar a las fieras:

Lo dijo en broma, pero me pareció como si lo hubiera dicho de verdad. Aquella tarde, a las cinco. mientras volvíamos a casa, Víctor me comentó:

-¿No te parece que Lorena ha cambiado?

-¿Cambiado? -repetí-. No veo en qué puede haber cambiado.

-Pues estás ciego, colega. Antes era más tímida. Ahora se apunta a todo.

-Bueno, ¿y qué? Mejor para ella.

-Pero qué burro eres, Oscar. ¿Es que no te das cuenta de que va siempre detrás de ti?

Me estaba tomando el pelo. No había otra explicación.

-Pues Ana Fuentes no te deja en paz, compañero -contraataqué.

-Ya lo sé -fue la sorprendente respuesta.

-¿Y lo de Alex y Paula?

-Me afectó en su día. Ahora ya lo he superado.

-¿Por Ana?

-¿Tú qué crees? En realidad, Paula nunca me gustó del todo. Es mejor así.

-Vaya. ¿no crees que somos demasiado jovencitos para empezar a enamorarnos? Al menos, eso diría mi madre.

Víctor rió.

-Se nota que aún no te gusta ninguna chica, Óscar. A mí me gustó Ana desde el día en que nos perdimos en el bosque. Pero, volviendo a lo de Lorena...

-¡No quiero oír un comentario más acerca de ese tema! -corté-. O, como diría el Alex de los viejos tiempos, «¡Tonterías!».

-Me parece que los Tres Mosqueteros se van a ver reducidos a dos-comentó Víctor, pensativo-. Alex está muy raro, y me preocupa. Ahora no viene con nosotros, ni siquiera con Paula. Y, hablando de tu hermana, ella también está rara.

-¡Cuernos! Me Gustaría arreglar de una vez este asunto tan peliagudo. ¿Crees que nuestra huelga dará resultado?

-Dale tiempo al tiempo, Oscar. Faltan cinco meses para que acabe el curso. Hasta entonces hay tiempo para persuadir al viejo don Alfredo para que no le agüe las vacaciones a Alex. Si la huelga falla, pensaremos otra cosa.

-Claro. Ideas nos sobran -murmuré.

Y mientras, seguíamos con la huelga de piernas cruzadas, Alex y Paula seguían con su mutismo. El profesor de plástica continuaba enfadado y las notas de Alex preveían un cate en plástica en la última evaluación. Pero lo mejor de todo era que el director empezaba a mosquearse, y eso podía arreglarlo absolutamente todo. Era lo único que necesitábamos.

## **Capítulo VII: El director, mosqueado**

Nosotros continuamos haciendo huelga... hasta que un día pasó algo.

Era una mañana de febrero especialmente fría. Llovía y hacía un día de perros. Hubo seis o siete que faltaron a clase ese día, lo recuerdo bien. Y también una porción de profesores se vio atacada por la epidemia de gripe, entre ellos la señorita Noelia.

Teníamos clase de sociales a segunda hora y, como ella no había venido y el profesor suplente tampoco, cuando se fue de clase el profesor que nos daba clase a primera hora nos quedamos solos.

En otras circunstancias habríamos hecho el salvaje hasta que llegara algún profesor, pero aquella vez no lo hicimos. Es más, nos quedamos todos sentados (con las piernas cruzadas, por supuesto) en silencio.

Y pasados diez minutos el director apareció por la puerta, tan deprisa como si fuera a apagar un incendio (seguro que le habrían informado de que estábamos sin profesor, cosa que para él era de máxima alarma) y se quedó de piedra. Cuando se repuso de la sorpresa, consiguió articular:

Bueno, como la señorita Noelia no ha venido y no hay profesor suplente que esté disponible, tenéis estudio. Yo me quedaré con vosotros para vigilaros.

No hicimos ningún comentario. Sacamos los libros y, aún con las piernas cruzadas, nos pusimos a estudiar, cosa insólita en nosotros. Al cabo de un rato, Víctor me pasó un papel, en el que ponía: “Pobre hombre, la de sustos que le damos”. Asentí, y miré a don José. Parecía muy nervioso. Era evidente que no se esperaba aquello de nosotros.

Así pasamos toda la hora. Nosotros, callados como muertos, con las piernas cruzadas. El mandamás, lanzándonos miradas inquietas, intuyendo que ahí pasaba algo raro. Y mientras, la lluvia golpeando en los cristales de las ventanas era el único ruido que se oía en el aula. Y eso contribuía a aumentar el creciente nerviosismo de don José. Cuando ya casi era la hora de marcharnos al recreo, juntó las manos, nos miró y soltó:

-Está bien, ¿qué pasa aquí?

-Nos miramos unos a otros.

-¿A qué se refiere? -preguntó Alberto.

-Pues... a esa absurda postura vuestra.... y a vuestro extraño comportamiento. No es normal, y lo sabéis.

David Sáez era uno de los atacados por la epidemia de gripe, así que me tocó a mí explicarle el asunto.

-¿Está dispuesto a escucharnos, don José? -pregunté.

-Sabéis que siempre os escucho.

-A él no le escuchó -repliqué yo, señalando a Alex-. Como no quiso oír lo que tenía que decirle, nos hemos visto obligados a estar de huelga.

-Está bien -suspiró el director-. Alejandro, cuéntame lo que pasó.

Pero Alex se limitó a lanzarle una mirada inexpresiva y a volver de nuevo la vista hacia la ventana.

Carraspeé.

-Es que está muy afectado por todo lo sucedido, señor director -le disculpé-. Si no le importa, se lo contaré yo mismo.

Don José dijo que de acuerdo y empecé a narrárselo todo. Le referí lo del despertador, lo de las bofetadas, lo del suspenso y lo de las vacaciones de Alex. Nos dimos cuenta de que había detalles que el director ignoraba. Cuando acabé, el director miró a Alex (que todavía estaba mirando por la ventana), me miró a mí, miró al resto de la clase y dijo, con un suspiro:

-Bueno, parece ser que esta vez os habéis salido con la vuestra. Me habéis convencido de que Alejandro es inocente.

A todos se nos alegró la cara.

-¿De verdad? -preguntó «Huracán», contenta-. ¡Ay, qué bien! ¡Chicos, se acabó la huelga de piernas cruzadas!

El director cortó esta explosión de alegría:

-¿Sólo queríais eso? -preguntó-. ¿Que os escuchara?

-No sólo eso -dije yo-. Nos gustaría que hablara con don Alfredo y le convenciera para que no le suspenda la evaluación final a Alex. Eso le ha sentado muy mal.

-Hummm -murmuró el director-. No puedo prometeros nada, porque cada profesor es libre de poner las notas que quiera a sus alumnos, pero lo intentaré. Hablaré con él ahora en el recreo y a la una os lo diré, ¿de acuerdo?

-Don José, creo que no merezco que me suspendan plástica -dijo de pronto Alex, muy serio-. He sacado notables desde que comenzó el curso, y no he hecho ni una sola gamberrada en clase de plástica. Ya sé que don Alfredo me tiene manía, pero si me suspende en la última evaluación del último curso que voy a pasar aquí será una canallada.

Todos nos volvimos hacia él, sorprendidos. No era normal que un alumno le hablara así a don José de un profesor, y menos delante de todo el mundo. Y Alex, por muy revoltoso que fuera, jamás se habría atrevido a hacerlo.



Víctor y yo intercambiamos una mirada. Esto era otra muestra de lo mucho que había cambiado nuestro amigo.

También el director se había quedado impresionado ante tal alarde de valentía y atrevimiento.

Bueno, también hay que reconocer que a don Alfredo le has hecho la vida imposible desde que lo tienes como profesor...

-¡Hace dos arios que no le gasto ninguna broma! -cortó Alex descaradamente, para pasmo y asombro de todos los presentes-. ¿Por qué tendría que suspenderme la última evaluación del último curso que voy a pasar aquí? ¿Por fastidiar? Además, la señorita Julia en los dos meses que estuvo aquí lo pasó peor que don Alfredo en los siete años que lleva dando clase en este colegio. ¡Y se lo tomó con mejor humor que esa hiena!

Esta audaz declaración nos dejó a todos estupefactos. El director no salía de su asombro, pero conservó la calma para decir, pausadamente:

-Alex, ¿te das cuenta de que acabas de insultar a un profesor?

-Sí, señor, me doy cuenta -respondió Alex.

«Ay, Alex, que lo estás estropeando todo», pensé.

El mandamás y Alex se miraron a los ojos. Alex, muy serio y decidido, sostenía su mirada sin pestañear. El director respiró hondo y dijo:

-Está bien, Alejandro, puedes estar tranquilo. Hablaré con don Alfredo para que reconsidere su decisión que, por lo visto, te ha afectado mucho.

Alex iba a decir algo. Como lo conocía demasiado bien y sabía que podía meter la pata hasta el fondo, le di un codazo y dijo solamente:

-Muchas gracias, don José.

Con esto había evitado males mayores. Don José salió de la clase y todos nos abalanzamos sobre Alex:

-¿Cómo has podido hablarle así al dire? -inquirió Almudena, pasmada-. Yo no habría sido capaz.

-Menos mal que no se enfadó -comentó Luis-. Si no, toda la huelga se habría ido a la porra.

-Pero lo que dijo estaba muy bien dicho -admitió César-. Ni yo mismo lo habría hecho mejor, qué caramba.

-Sí, ya era hora de que alguien le hablara al director con sinceridad de lo que pasa en este colegio -dijo Iván.

-¿Visteis la cara que puso cuando Alex llamó «hiena» a don Alfredo? -rió

«Huracán”-. ¡Fue de cine!

-¿Creéis que conseguirá convencer a la hiena para que apruebe a Alex? -preguntó de pronto Patricia, levantando la vista del libro de Stephen King que estaba leyendo.

-Ojalá -suspiró Begoña-. Se lo merece.

A todo esto, Alex seguía mirando por la ventana mientras los demás hablábamos de él. No parecía escucharnos.

-¿Y si fuéramos a espiar al despacho del dire? -propuso Alberto.

-¿Espiar? -repitió Víctor. Esta era una de las cosas prohibidísimas pro su escrupulosa conciencia.

-Sí, hombre, apoyar la oreja en la puerta y escuchar lo que dicen. Alex se volvió de pronto.

-¡Buena idea! -dijo-. Yo voy contigo, Alberto.

-Pero... pero si no lo decía en serio -tartamudeó Alberto-. Era una broma.

-Pues ha sido una buena idea también. Vamos, ¿quién viene con nosotros?

-Yo -gruñí resignadamente.

Víctor me miró pasmado.

-No voy a dejar que haga ninguna tontería -le aclaré en voz baja-. Alguien tiene que vigilarle. Si le pillan, se la cargará.

-Comprendo -murmuró Víctor.

Para entonces Alex ya había cosechado varios voluntarios más: Iván, Sandra, Inma, Josema, César, Ester y Alberto.

Y todos nosotros nos fuimos hasta el despacho del director. A mí lo único que me gustaba de la idea era que había devuelto por un instante el brillo travieso de antes a los ojos de Alex.

Llegamos al despacho del director. Se oía una voz airada dentro. Apoyamos el oído en la puerta, mientras Ester e Inma vigilaban por si acaso. Habíamos quedado en que si venía alguien nos sentaríamos en el banco que había enfrente del despacho y diríamos que estábamos esperando para hablar con el director.

-¡Ese chico debe ser expulsado!-rugía la voz, que todos reconocimos como la de don Alfredo-. Lleva gastando bromas de mal gusto y burlándose de los profesores sin ningún escrúpulo desde que llegó a este colegio. ¡Y no podemos permitir que continúe dando mal ejemplo y motivo de risa a los demás alumnos mofándose de los profesores!

Vi que Alex se ponía tenso a medida que iba hablando don Alfredo. «Ojalá Paula estuviera aquí”, pensé.

-Creo que usted exagera, don Alfredo -decía el mandamás-. Al fin y al cabo, la señorita Julia, la antigua profesora de inglés, también sufrió muchísimas bromas por parte de los alumnos de 8ºC, y al final supo aceptarlo todo con buen humor. Piense que es el último año que Alejandro pasará aquí en el colegio, y ya estamos en febrero. Haga el favor de intentar soportarlo durante cuatro meses más, que es lo que queda para que finalice el curso. Y después ya no lo volverá a ver más.

-No, señor director, ese gamberro no merece que le apruebe la evaluación final. ¿Y quiere que le diga una cosa? Si en este colegio hay tanto vandalismo se debe a que no tiene usted suficiente mano dura con esos chavales. Es demasiado blando con ellos.

-Mire, no voy a permitir que alguien como usted me diga lo que tengo que hacer. La dirección de este colegio es cosa mía.

-Yo no le digo lo que debe hacer, tan sólo le doy un consejo que, si fuera más inteligente, seguiría.

-Viene alguien -susurró Ester.

Nos apartamos bruscamente de la puerta y nos sentamos en el banco.

-Es Paula -anunció Inma, con un suspiro de alivio-. La hermana de Oscar.

Me levanté inmediatamente para ayudarla, porque con las muletas no podía andar muy bien. Cuando llegó hasta nosotros, jadeó:

-¿Y bien? Víctor me dijo lo que estabais haciendo, y vine a ver qué tal andaba el asunto.

-Don Alfredo no cede -informó Iván-. Don José intenta ablandarlo. Don Alfredo pretende convencerle de que nos tiene que tratar con mano dura y que Alex merece la expulsión.

-No será verdad -dijo Paula.

Miró a Alex, que estaba muy serio. Me acerqué a la puerta y me puse a escuchar otra vez. Los demás, por lo visto, no tenían ganas.

-Además -decía el director-, Alejandro no hizo adrede lo del despertador. Fue un accidente.

-¿Cómo sabe usted eso? ¿Ya le han comido el coco esos gamberros?

-Sí, los chicos me lo dijeron. Me contaron toda la historia de principio a fin.

-Entonces, ¿cómo se explica que Alejandro tuviera un despertador en su pupitre?

-El propio Alejandro se lo explicó, me parece, y usted no quiso creerle.

-Claro, ¿cómo puedo fiarme de un alumno como ése?

Volví con los demás, y les conté lo que pasaba. Alex estaba muy pálido, y también

muy enfadado.

-Hará cualquier cosa con tal de que me expulsen -dijo-. El muy...

-Cállate, Alex, que te pueden oír -advirtió Paula.

La puerta del despacho se abrió y se asomó el director.

-¿Qué hacéis aquí?

-Esto... estamos esperando para ver qué decide don Alfredo -dijo Josema-. Nos lo dirá, ¿verdad?

-Bien, pero estad en silencio, ¿de acuerdo?

Y desapareció en el interior de su despacho. Varios de nosotros nos lanzamos hacia la puerta.

-Era sólo un grupo de chavales que quería hablar conmigo -decía el mandamás- ..Les he dicho que esperen un momento. Pero, volviendo a lo de antes...

Suspiramos aliviados. Por suerte, el director no le había dicho a don Alfredo que éramos nosotros quienes esperábamos fuera.

La deliberación duró todo el recreo. Nosotros ya estábamos cansados, y habíamos dejado de espiar hacia rato. Casi a la hora de ir a clase. César pegó la oreja a la puerta:

-No se oye nada -dijo de pronto.

-¿Cómo que no? -se extrañó «Huracán»-. No puede ser.

Todos nos apretujamos contra la puerta, con la antena puesta. Silencio.

-¿Estarán aún ahí dentro? -murmuró Ester.

-Habrán salido por la otra puerta, la que da a secretaría -adujo César-. Vaya, ahora no sabremos nada.

-Tal vez... -empezó Paula, pero se interrumpió, porque... ¡la puerta se abrió de pronto y don José nos pilló a todos «in fraganti» espiando!

Caímos al suelo en mogollón, a los pies del director. La muleta de Paula me cayó en plena cabeza. El mandamás se inclinó hacia nosotros.

-Me estoy mosqueando con vosotros, ¿sabéis? -dijo-. Esto es sólo un aviso, pero a la próxima os sacaré la tarjeta amarilla. Como sigáis así, os la vais a cargar.

Nos levantamos torpemente. Alex ayudó a Paula con las muletas.

-¿Qué hay de lo de Alex? -preguntó mi hermana, apoyándose en el hombro del interesado.

Ambos se quedaron mirando a don José, expectantes. Se habían olvidado de las muletas.

-Por esta vez te has salvado, Alex -dijo el director-. Pero ten más cuidado a partir

de ahora, ¿de acuerdo?

-¡Bieeeeeeeen! -chilló «Huracán»-. ¿Cómo lo ha hecho?

-Cuando todo parecía perdido, me saqué un arma infalible de la manga -explicó el director-. Le dije que el que merecía ser expulsado era él, porque los castigos corporales están prohibidos en este colegio, y en todos. Abrió mucho la boca y luego se calló. Ya lo tenía en el bote. A partir de ahí, no fue difícil. Pero daos prisa o llegaréis tarde a clase.

Nos apresuramos en bajar hasta nuestra clase. Fuimos todo lo rápido que pudimos, teniendo en cuenta que Paula no podía ir muy deprisa. Pero todos estábamos tan contentos de que nuestra huelga de piernas cruzadas hubiera dado resultado que no nos importó que don Javier nos riñera por llegar tarde a clase de lengua.

A Alex se le veía por fin como antes. Había recuperado la alegría, y Víctor y cuantos se sentaban cerca de él lo notaron. Y cuando acabó la clase de lengua, todos se lanzaron sobre

-¿Qué ha pasado, Alex? ¿Habéis oído toda la conversación?

Alex, con los ojos brillantes de excitación, lo contó todo. Al final, Fernando movió la cabeza, preocupado.

-Me parece que realmente es como dice don José -murmuró-: ya se está mosqueando con nosotros.

-Dijo que, a la próxima, nos sacaba la tarjeta amarilla -recordó César-. Habrá que tener cuidado.

-Bueno, al menos ahora no habrá que seguir con la huelga -comentó Raúl-. Hemos conseguido lo que queríamos.

-Gracias a todos por vuestra colaboración -dijo Alex-. Si no llega a ser por vosotros...

-Bah, para eso están los amigos -cortó Dena-. Además, don Alfredo no es santo de la devoción de nadie.

-La verdad es que siempre me meto en líos. Gracias por sacarme siempre de ellos.

-¡Bien dicho, compañero! -dijo Alberto, dándole una palmada tan fuerte en la espalda que por poco lo manda por los aires.

Alex iba a replicar, cuando Patricia dio la voz de alarma:

-¡Eh, que viene Sam!

Todos ocupamos posiciones. Miré el reloj. Ya se pasaba un cuarto de hora de la hora en que debía haber empezado la clase. Miss Samantha, la profesora que sustituía a la señorita Julia, no se distinguía precisamente por su puntualidad.

Sam tardó un tiempo en darse cuenta de que la huelga había terminado. Pero lo notó. Primero, en nuestra posición normal. Segundo, en el murmullo de fondo que había. Pero no nos preguntó nada, tal vez porque no sabría cómo se decía «piernas cruzadas» en español.

A la una, después de que Sam se marchara, y antes de que nos fuéramos nosotros, don José se presentó en la clase, y dijo que quería hablar con nosotros.

-Supongo que ya sabréis -dijo-, que he convencido a don Alfredo para que apruebe a Alex si saca buenas notas en la última evaluación. Pero venía a deciros que ya me tenéis un poco hartos. Primero, con el asunto de la profesora de inglés; segundo, vuestras peleas con 8ºA; tercero, el follón que organizasteis algunos de vosotros durante la excursión que organizamos antes de Navidad; y, por último, vuestra huelga de piernas cruzadas. Ya me estoy empezando a mosquear, os lo advierto. Estáis dando mucho de qué hablar durante este curso. Que sea el último no significa que tengáis por necesidad que hacer el gamberro desde septiembre hasta junio. Así que tened cuidado.

Y salió de clase.

Nos quedamos callados por un momento. Luego hicimos toda clase de comentarios sobre el sermón del director, mientras salíamos de clase para ir a casa a comer.

## **Capítulo VIII: El misterio de los cristales rotos**

Desde la bronca del director no había pasado nada digno de mencionarse... a excepción de algo que para Paula fue todo un gran acontecimiento.

Veréis, estaba yo tan tranquilo haciendo los deberes de matemáticas, solo en casa, cuando el ruido de la puerta de la calle retumbó por toda la casa. Por poco me da un infarto. Se notaba que el resto de siempre tan silenciosa familia acababa de llegar, quién sabe de dónde.

-¡¡Óoooooscaaaaaaar! !

La dulce voz de mi queridíiiiisima hermanita dando un berrido que se oyó hasta en Sebastopol. Su rubia cabeza se asomó por la puerta de mi cuarto.

-¿Qué diablos quieres? -gruñí-. Tengo mucho que hacer, y tú has roto la paz. Lárgate de aquí y no incordies más, mona Chita.

-¿Yo, mona Chita? ¡Y tú Frankenstein! Me parece rarísimo que estuvieras estudiando, grandísimo zoquete.

-¡Yo estudio más que tú, so pánfila! ¡Tú te pasas el día hablando por teléfono, viendo la tele y suspirando por Alex.

-¡No es verdad! Tú eres el que está siempre viendo la tele, no yo.

-¡Embustera! Y ahora vete de mi cuarto, que quiero estudiar.

-¡Ja! Eso no te lo crees ni tú, “homo burrus”. ¡Será un milagro el día en que Óscar Zaragoza se decida a abrir un libro para estudiar!

-¡Pues el milagro se ha producido!

Entonces Paula alzó las manos al cielo y se puso dar vueltas por toda la casa, proclamando:

-¡Milagro! ¡Oh, milagro!

Pero...¡ehem! Me parece que me he desviado del tema. El caso es que fue entonces cuando me di cuenta de que a mi hermana le habían quitado ya la escayola, y que eso era seguramente lo que me quería decir.

-¡Ahora se da cuenta, el muy bobo! -replicó Paula cuando comenté aquello-. Mejor será que te vayas a estudiar, que para una vez que te entran ganas... ¡Eh, mamá! Si ves que sale humo de la habitación de Óscar, no te asustes, no es un incendio. Es que se habrá puesto a estudiar, y le saldrá de la cabeza.

-¡Qué simpática. ¡Eh, qué maravilla! Me acabo de dar cuenta de que ya no podrás atizarme con la muleta cada vez que esté cerca de ti.

-Oh, lástima, no había caído -se lamentó Paula-. Todo pro tiene un contra.

-Mmmmmmm...

Todo esto era a primeros de abril, antes de las vacaciones de Pascua. Paula había aguantado la escayola durante cinco meses, nada menos. Y ahora que se la habían quitado, pensaba volver a sus andanzas.

-¡Ya no soy «Patachula»! -gritó.

Y se pasó días repitiendo lo mismo.

Mientras, en el colegio, las clases transcurrían con normalidad. Alex y don Alfredo se llevaban medianamente bien. Alex se comportaba de una manera ejemplar en clase de plástica, pero su gesto serio y las miradas que cruzaban él y el profesor demostraban que seguían llevándose muy mal. Pero Alex no le daba motivos para ponerle malas notas.

Así estaban las cosas cuando ocurrió algo que obligó al director a «sacarnos la tarjeta amarilla», como decía él.

Fue en una clase de deporte. Llovía a cántaros, y Álvaro no había venido. Nos dieron permiso para hacer lo que quisiéramos, siempre y cuando no armáramos jaleo.

-Un partido de fútbol -propuso enseguida Raúl.

-Pero si está lloviendo -dijo Antonio-. No se puede jugar.

-Pues jugaremos con lluvia. Recordad que tenemos que entrenarnos para ganar a 8º A. Les debemos una.

-Lo único que vamos a sacar jugando con lluvia es una buena pulmonía -decretó Fernando-. ¿Por qué no vamos al gimnasio y hacemos un poco el burro con el potro y las colchonetas?

-Porque el potro nos lo cargamos el mes pasado y aún no lo han arreglado -concluyó Iván-. Y las colchonetas son tan viejas que ya están tan delgadas como papel de fumar. A mí sí me apetece jugar a fútbol, pero no con lluvia.

-Bien, pues dile a la lluvia que deje de caer, oh todopoderoso hechicero -soltó Ester, con guasa-. A lo mejor te hace caso y todo.

-¿Y tú para qué te metes, pelirroja? -gruñó Iván-. El fútbol no es para chicas.

Ya, pero es que preferiría veros jugar antes que aburrirme con las demás chicas.

-¿Qué hacen?

-¿Qué hacen siempre? ¡Hablar! Se reúnen en corritos y hablan sobre lo que harán el sábado por la tarde, o qué les pasó con Fulanita, o si les gusta Menganito... Ya sabéis, lo de siempre. Yo soy más movida.

-Podrías ir con ellas -sugerí-. Y luego nos informas de lo que dicen. Seguro que



son cosas interesantes, no aptas para ser sabidas por los chicos.

Carcajada general. Ester arrugó la nariz.

-Bah, no me apetece -dijo-. He venido para ver qué hacéis vosotros. Si jugáis a fútbol, prefiero veros antes que estar ahí sentada escuchando cotilleos. -Muy sensato, pelirroja -aprobó Iván-, pero no vamos a jugar. Está lloviendo.

-Fijaos en Patricia -dijo de pronto César-. No está con las demás.

-¿Qué hace? -preguntó Alex.

-¿Qué hace siempre? Está leyendo.

-Y tú, ¿qué haces siempre? -rió Esteban-. Pues fijarte en Patricia.

César murmuró algo que sonó como «no es verdad», y todos nos echamos a reír.

-¿Por qué no jugamos en el porche? -dijo Alberto de repente.

Lo miramos como si estuviera loco.

-¿Estás mal de la chaveta? -inquirió Víctor-. Está no sólo prohibido, sino prohibidísimo, jugar con pelotas en el porche. Está lleno de ventanas con cristales que no son precisamente irrompibles.

-A mí me gusta la idea -declaró Iván-. Si andamos con cuidado, no romperemos nada.

-No, me niego en redondo--dijo Fernando-. En el porche no se puede jugar, y todos lo sabéis. ¿Por qué tenéis tantas ganas de saltaros las normas a la torera? ¡No me entra en la cabeza!

-¿Quieres que te dé la razón? -replicó Esteban-. ¡Aburrimiento! Sí, hijo mío, aburrimiento puro.

-Bah, tendremos cuidado -dijo Iván-. Bueno, ¿quién viene con Alberto y conmigo?

-Escuchad, ¡que nos jugamos el viaje de fin de curso, y el director ya no está para bromas! -gritó Fernando, en un intento desesperado de salvar la situación.

Las chicas, atraídas por el jaleo, se acercaron. Almudena le dio un codazo a Fernando.

-¿Qué pasa? -le preguntó en voz baja.

-Hay follón, Dena -explicó el interpelado-. Quieren ir a jugar a fútbol en el porche.

-¡Pero si eso es una zona vetada! -se escandalizó «Huracán”-. ¡No podéis hacer eso!

-Chicas, no os metáis en esto -dijo Alberto-. Nadie os ha llamado. Bueno, chicos, ¿quién se apunta?

Fue desastroso. Aparte de Iván y Alberto, César, Esteban y Quique querían correr

el riesgo. Y César convenció a Raúl, a Josema, a Rafa y a Antonio, a los que les gustaba tanto el fútbol que no les importaba demasiado dónde se jugara. Alex, tras una breve vacilación, fue con ellos, y consiguió convencerme a mí también. Víctor, Fernando, Luis, Santi y David fueron los únicos que se quedaron allí parados, con las chicas. Inma reaccionó.

-¡Esperad! -dijo-. Voy con vosotros. Si pasa algo, que no os la carguéis todos.

Con este argumento al final vino con nosotros toda la clase.

-Eh, que Patricia no se entera de nada -hizo notar Dena-. Si levanta la cabeza del libro y ve que no estamos...

En resumen, que nos dirigimos todos en tropel hacia donde Patricia, que estaba como en otra onda, tenía su nariz metida en un libro.

-Oye, Patri, que estos locos quieren jugar a fútbol en el porche -le explicó Begoña-. Y no los vamos a dejar solos. ¿Te vienes?

-Bueno -dijo ella, y cerró el libro

Ester le echó una ojeada por casualidad y se puso a reír a carcajadas.

-Mirad el título del libro -rió-. ¡Vaya ánimos!

Lo hicimos. Era un libro de la colección «Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores», y se titulaba nada menos que «El misterio de los cristales rotos». Sandra y Ester se mondaban de risa, y contagiaron también a Inma.

-No le veo la gracia, pelirroja -protestó Iván.

Ester se retorció de risa.

Total, que al final nos fuimos todos en mogollón al susodicho porche. Yo me rajé y me senté con los escrupulosos. Mientras, los demás improvisaron un par de porterías...

-Si rompen algo, nos la cargamos todos juntos, ¿de acuerdo? -dijo Fernando-. Que para algo estamos aquí.

-Y lo pagaremos entre todos -añadió Dena, que siempre había sido la economista de la clase.

-Parecéis muy convencidos de que van a romper algo -comentó Vicky-. Quién sabe, a lo mejor la cosa sale bien.

Al cabo de un rato, como jugaban con precaución y no pasaba nada que hubiera que lamentar, Víctor no aguantó más y se puso a jugar. Y luego Santi. Y después David. Y «Huracán» se puso a canturrear:

-Un elefante se balanceaba

sobre la tela de una araaaaaña;

como veía  
que no se caía  
fue a llamar a otro elefaaaaante.  
Dos elefantes se balanceaban  
sobre la tela de una araaaaaña;  
como veían  
que no se caían  
fueron a llamar a otro elefaaaaante.  
Tres elefantes....

-Cállate ya -exigió Iván desde su puesto como delantero-. Desafinas.  
-¿Qué pasó con la telaraña y el elefante? -preguntó Tere, interesada.  
-¿No lo adivinas? ¡Que llegó un momento en que, con tanto elefante, la telaraña se rompió! -gritó Sandra tan fuerte como pudo, para que Iván la oyera-. ¡Y yo conozco unos elefantes que se columpian peligrosamente en una tela de araña tan frágil como un cristal!

No pude más. Me levanté y me puse a jugar con los demás.

-¡Ahí va el elefante número catorce! -oí la voz de «Huracán» a mis espaldas. No le hice caso.

Pasó el rato y seguíamos jugando. No sucedía nada. Teníamos cuidado al chutar a puerta, y lanzábamos raso por el suelo. Y sólo una vez el balón fue alto y hacia los cristales, pero, por suerte, sólo dio en la pared, entre dos ventanas.

-Eso es un aviso -advirtió Ester-. La próxima dará en la ventana.

-Cierra la boca, pelirroja -refunfuñó Iván.

-Catorce elefantes se balanceaban  
sobre la tela de una araaaaaña;  
como veían  
que no se caían  
fueron a llamar a otro elefaaaaante.

Como para burlarse de ella, Fernando, el único que quedaba, se levantó y se puso a jugar con nosotros.

-Quiiiiiince elefaaaaantes se balanceaaaaaban  
sobre la tela de una araaaaaña;

como veían  
que no se caían...

-¡Chutaron más fuerte y la ventana se rompió! -completó Inma.

Iván se acercó amenazadoramente a ellas.

-Escuchad vosotras tres, me tenéis frito -advirtió-. A la próxima estupidez os acordaréis de mí.

No era el único a quien Ester, Inma y «Huracán» estaban poniendo nervioso. Los constantes comentarios sobre la posible rotura de un cristal nos tenían a todos hartos. Y Patricia, que seguía leyendo incansablemente «El misterio de los cristales rotos», contribuía a acrecentar ese nerviosismo colectivo.

-¡Esas ventanas son muy sólidas! -dijo Alberto, como para convencerse a sí mismo.

Y como Sandra, Inma y Ester ya se habían callado, comenzamos a recobrar la confianza en nosotros mismos. Además, la clase de deporte ya estaba terminando.

-¡Venga, chicos, más fuerza en esos disparos! -dijo Raúl-. Total, en cinco minutos no se rompe un cristal. El destino no puede ser tan cruel.

-Si somos mejores que 8ºA -comenté yo-. No comprendo cómo pudieron ganarnos.

-Pronto nos tomaremos la revancha -dijo César-. Y ganaremos.

-¡Alex! -grité yo.

Alex hizo una magnífica parada a un remate de Iván.

-Vas mejorando, compañero -alabó Fernando.

Por el rabillo del ojo vi que las chicas ya se levantaban para ir a clase.

-¡Ya es la hora! -anunciaron.

-Bah, tenemos inglés y Sammy siempre llega tarde -dijo Alex, despreocupadamente.

Miré hacia el patio. Ya había dejado de llover, pero seguía nublado. El suelo estaba encharcado y lleno de barro. Las nubes estaban tan negras que resultaba evidente que la lluvia no tardaría en caer de nuevo.

-¡Espabilad, chicos! -chilló Ester-. ¡O llegaréis tarde a inglés!

-¡Sam siempre llega tarde! -replicó Iván-. Id vosotras, que ya os alcanzaremos.

-Venga, Borrás, a ver ese lanzamiento.-lo animó Alex.

-¡Lo que le faltaba al chaval, como si necesitara más alas! -comentó Ester.

Iván no le hizo caso.

-¿Quieres que tire fuerte, Hidalgo?

-¡Todo lo fuerte que puedas!

-¡Pues allá va! ¡Toma cañonazo!

Iván lanzó con todas sus fuerzas, pero se le desvió el trallazo... y fue a dar en el cristal de una ventana, que se rompió con un sonoro ¡crash!

Todas las chicas, que se alejaban ya hacia las escaleras, se quedaron quietas sin volverse, como si no quisieran ver lo que se temían que había pasado.

-Y la telaraña se rompió -murmuró «Huracán».

Todos nos miramos unos a otros, confusos y avergonzados.

-En el último minuto -comentó Dena-. Vaya, qué oportunos.

-¿Y sabéis que ventana es ésta? -preguntó Silvia-. ¡La del despacho de don José!

-¡Vaya, qué mala suerte! -se lamentó David.

-Eh, oíd -dijo Alberto, y nos arremolinamos en torno a él-. Todos los profesores están ahora en una reunión. Vámonos a clase como si nada hubiera pasado. Nadie sabe aún que hemos roto el cristal.

-¿Hemos? -repitió Iván.

Víctor asintió.

-Sí, si lo descubren -dijo-, diremos que hemos sido todos. Que todos tenemos algo que ver. No vamos a dejar que te la cargues tú solo, Iván, porque todos hemos jugado

-Cierto -asintió Fernando-. Igual que te ha pasado a ti, pudo haberle pasado a cualquiera de nosotros.

Las chicas habían formado un corrito. Luego se separaron y Almudena dijo:

-Hemos decidido apoyaros. Estamos con vosotros, y si hay bronca, diremos que nosotras también estábamos de por medio.

-No creo que haya para tanto -comentó Josema-. Habrá bronca, pero pagaremos el cristal entre todos y ya está. Veamos, somos veintinueve, ¿a cuánto tocará cada uno?

-Vámonos a clase -urgió Susana-, y actuemos como si nada hubiera pasado. Cuando pregunten quién ha sido, diremos que nosotros, que pagaremos el cristal, y ya está.

-No es ése el problema, Susie -dijo Rafa-. El problema es que la ventana que nos hemos cargado era la del despacho del dire. Y, como ya dijo, estaba mosqueado con nosotros. A ver qué pasa ahora.

Todos quedamos silenciosos. Tenía razón.

Subimos a clase. Sam notaba que había algo raro. Y era que nos preocupaba lo que iba a pasar cuando el director descubriera la rotura del cristal.

A la salida a mediodía yo fui uno de los últimos en salir. Víctor y Alex tenían prisa y no me esperaron, y yo me entretuve buscando las llaves de mi casa, que se me habían caído del pupitre. Cuando las encontré ya se habían ido todos, menos Lorena y Patricia, que salía en aquellos momentos del aula. Lorena estaba hurgando en los armarios.

-¿Qué buscas? -le pregunté-. Date prisa, que van a cerrar la clase.

-El libro de sociales -respondió ella-. Quiero repasar en casa. Eh, mira.

-¿Qué?

Me enseñó un libro. Era «El misterio de los cristales rotos».

-Estaba en mi sitio del armario -dijo Lorena.

-Es de Patricia -dije-. Lo habrá perdido. Si nos damos prisa, aún podremos alcanzarla y devolvérselo. Acaba de salir.

Nos apresuramos y la pillamos ya en la puerta del colegio.

-¡Patri! -llamó Lorena-. Te olvidabas el libro. Lo he encontrado en el armario, en mi sitio.

-No lo quiero -dijo ella-. Me recuerda lo que ha pasado esta mañana. Quédatelo tú, Lorena.

-Pero si no hay para tanto...

-¿No lo has pensado? ¡Cuando don José sepa que hemos sido nosotros, nos dejará sin viaje de fin de curso!

Y dio media vuelta y se marchó. Lorena se quedó con la boca abierta y el libro en la mano.

-Qué chica tan rara -comentó.

-¿Qué vas a hacer con el libro?

-Se lo dejaré esta tarde en su cajón. Pero... Óscar... Tú... ¿Crees que el director nos castigará sin viaje de fin de curso?

Parecía a punto de llorar.

-No te lo tomes tan a pecho -le dije-. No creo que lo haga pero, si lo hiciera, no habría para tanto.

-Es que me hacía mucha ilusión. No había pensado que la gamberrada de esta mañana podría costarnos...

-No te preocupes, Lorena -corté-. Todo saldrá bien. El director no es un hombre que se salga de sus casillas fácilmente. Además, si le pagamos el cristal no pasará nada.

Pero yo mismo no estaba tan seguro.

## Capítulo IX: El director, enfadado

Durante la comida, Paula no dejaba de mirarme. Me molestó.

-¿Es que tengo monos en la cara? -pregunté, de mal humor-. ¿o se te ha olvidado la pinta que tengo después de doce años de insufrible convivencia?

-Óscar, a ver cómo le hablas a tu hermana -me cortó mi madre.

-Claro, pobrecita -repliqué-. A lo mejor se muere porque no me puede mirar a gusto.

-¡Óscar!

Más valía callarse.

Después de comer me encerré en mi cuarto, a esperar que fuera la hora de irse al colegio. Paula no tardó en aparecer por allí. Tras cerrar la puerta tras de sí, me soltó:

-¿Qué has hecho esta vez?

Levanté la vista del tebeo que estaba leyendo.

-¿Y a ti qué mosca te ha picado? -inquirí-. ¿A qué viene eso?

Paula hizo un gesto de indiferencia.

-Bah, si no me lo dices tú me lo dirá Alex, así que es lo mismo -dijo-. Pero algo habéis hecho tú y los de tu clase, que ya nos conocemos, compañero. Primero, la cara que ponías en la comida...

-¿Qué cara ponía?

-La del culpable que teme que le descubran. Venga, confiesa, bandido -me intimidó-. ¿En qué lío te has metido esta vez?

-Qué tontería, ¿qué puede haber pasado?

-No falla. Algo has hecho. Eso de que lo paguen los demás cuando tú estás de mala uva es muy típico de ti.

-Me rendí. Así era imposible ocultarle nada, me conocía demasiado bien.

-Está bien -suspiré-, allá va: hemos roto a pelotazo limpio el cristal de la ventana del despacho de don José.

Paula se quedó de piedra.

-¿La que da al porche? -pudo preguntar al fin.

Asentí.

-¿Cómo ha sido? ¿Quién lo ha hecho? ¿Lo sabe ya el dire? ¿Cómo es que jugabais a fútbol allí?

Si no la llego a interrumpir hubiera seguido con su interrogatorio hasta el día del



Juicio Final, sin dejarme abrir la boca siquiera.

-Eh, para -protesté-.Haces preguntas con una rapidez pasmosa, y no sé por dónde empezar a responder, así que te lo contaré todo desde el principio si no das el chivatazo a nadie.

-Mummm, eso habrá que verlo. ¿Qué me vas a dar a cambio de mi silencio?

-Conque un chantaje, ¿eh? Pues esta vez no te vale. Te haré yo otro: si dices algo se la cargará Alex, porque estuvo metido hasta el cuello en el asunto.

-Está bien, no me dejas elección -suspiró Paula-. Habla, que no diré nada.

Se lo conté todo y, cuando acabé, Paula concluyó:

-Me parece que os habéis metido en un buen lío. Y no es la primera vez, ni la segunda, ni siquiera la tercera. Parece como si tuvierais una habilidad especial para eso. ¿Cómo os las vais a apañar ahora?

Me encogí de hombros.

-Ya se verá -respondí-. Pero de momento me preocupa más la hora; vamos a llegar tarde a clase, así que espabila.

Nos marchamos juntos hacia el colegio. Por lo general no lo hacíamos (cada uno se iba con sus propios amigos), pero aquella vez tenía ganas de comentar con ella el asunto de la dichosa ventana.

-Espero que el mandamás no se lo tome muy en serio -dijo Paula-. Sería una pena que os dejara sin viaje de fin de curso.

-No creo que llegue a tanto -protesté.

-¿Que no? Veamos: la guerra contra la profesora de inglés, las peleas contra 8º A por la cancha de fútbol, el follón que montasteis al perderos en la excursión.

-Tú también venías con nosotros.

-Sí, pero eso no viene al caso. Sigamos: Vuestra huelga de piernas cruzadas, la guerra de Alex y don Alfredo, lo de hoy y un largo etcétera de pequeños incidentes a lo largo del curso. La verdad es que si yo fuera el director, ya estaría de vosotros hasta las mismísimas narices.

-Haz el favor de no echarme en cara que don José ya esté harto de nosotros. Tampoco 7º A le tiene mucho cariño.

-Date prisa, Oscar, que llegamos tarde.

-Para variar -refunfuñé yo.

Clase de lengua. Señor, qué tortura. Nos gustaba hasta que fue don Javier el encargado de enseñárnosla. Con él era más interesante observar las evoluciones de una

mosca que atender a la explicación. Rafa casi siempre se dormía en sus clases (se dormía en clase muy a menudo, pero sobre todo en lengua), y a veces no era el único. Don Javier, con su voz pausada, monótona y tremendamente lenta, conseguía que a todos nos entrara el sueño.

Pero aquel día nadie se durmió, ni siquiera Rafa. Sencillamente no pudimos. No porque fuera muy interesante la clase (en toda mi larga vida de estudiante nunca he tenido el placer de contemplar tal prodigio en una clase de don Javier), sino porque estábamos todos pendientes de la puerta, esperando que se abriera y que apareciera el director, preguntando quién de nosotros había sido el responsable de lo que ya sabéis. Los chicos estábamos más nerviosos que las chicas, por ser los que habíamos jugado en un lugar vetado. Especialmente Alex e Iván. Alex, a quien tenía a mi derecha, estaba temblando como un flan. Le di un codazo.

-Eh, tranquilo, compañero -le dije-. Todo saldrá bien.

-Me preocupa que el mandamás no se conforme con que le pagemos el cristal - replicó mi amigo.

-¿Por qué no se iba a conformar?

-Tú también lo has pensado, ¿verdad, Óscar? Esta puede ser la gota de agua que haga rebosar el vaso. Si se cabrea más de la cuenta... adiós viaje de fin de curso.

-No creo que haya para tanto, Alex. Sois todos unos exagerados. Hacéis una montaña de un granito de arena.

-¿A que no soy el único que lo ha pensado?

Iba a replicar, pero la voz de don Javier me hizo callar:

-Óscar, haz el favor de repetir lo que acabo de decir.

-Eh... era algo sobre Gustavo Adolfo Bécquer, ¿no? -dije, no muy convencido-.

Carcajada general. Seguro que había metido la pata.

-Y tú, Alex -dijo el profesor de lengua-, ¿Qué tienes que decir?

-Estábamos hablando de las características del romanticismo literario español - afirmó Alex con aplomo.

Más carcajadas.

-Hace diez minutos que he dejado de hablar de literatura, del romanticismo y de Bécquer -aclaró don Javier-. Ahora estaba explicando sintaxis.

Me puse rojo como un tomate, al ver la evidencia de una frase escrita en la pizarra, a medio analizar. Alex soltó un suspiro de resignación cuando don Javier sacó su cuaderno de notas y nos plantó un negativo a cada uno.

Luego había religión. Don Andrés era el que nos daba esta asignatura. En la mayoría de los colegios públicos se puede elegir entre ética y religión pero, quién sabe por qué, tal vez por llevar la contraria, el caso es que en el nuestro se tenían ambas cosas.

Al cabo de tres cuartos de hora (sólo quedaban quince minutos para la salida y aún no había pasado nada), don Andrés nos miró y dijo:

-Y bien, ¿qué habéis hecho ahora?

Todos dimos un salto en nuestros asientos. ¿Tanto se nos notaba? Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, pusimos cara de extrañeza en lugar de culpabilidad, y nos miramos unos a otros, con pinta de quien no ha roto un plato en su vida. Me pregunté si podríamos engañar así a aquel viejo zorro que, por lo visto, nos conocía demasiado bien.

-A ver, Fernando, ¿qué ha pasado?

Pobre Fernando, lo que le tocaba hacer.

-Nada, don Andrés. ¿Por qué lo pregunta?

Nuestro tutor le miró fijamente. Fernando era tan honrado que por un momento temimos que nos descubriera. Pero no lo hizo. Ni siquiera desvió la mirada.

-Bien -dijo al fin don Andrés-. Creía que habíais hecho algo porque me había parecido, que se os podía leer en la cara. Pero veo que me estoy haciendo viejo. Aunque, por otra parte, parecéis rabos de lagartija hoy. No hacéis más que mirar a la puerta, ¿a quién esperáis?

-A nadie -dijo rotundamente «Huracán»-. Es que tenemos ganas de marcharnos a casa ya. Como es la última clase del día...

-Ya.

La clase siguió sin más incidentes hasta la hora de la salida.

-Pues no ha venido el director -comentó Víctor mientras salíamos del colegio.

-Aquí hay gato encerrado -declaró Alex-. Seguro que don José ya sabe que hemos sido nosotros.

Guardé silencio. No sabía qué decir.

-A lo mejor ha decidido dejarlo pasar -aventuró Víctor.

Negué con la cabeza.

-Lo dudo -dije-. Puede pasar que rompamos un cristal, porque eso le puede suceder a cualquiera. Pero nosotros no tenemos excusa, Víctor. Estaba prohibidísimo jugar a fútbol allí, y lo sabíamos de sobra. Hemos pasado olímpicamente de esa prohibición. Hemos jugado con fuego y, como suele pasar, nos hemos quemado. No sería

extraño que el director se enfadara con nosotros.

-Ya -se limitó a contestar Víctor.

Alex no dijo nada.

Al día siguiente, a primera hora, antes de que llegara don Andrés para dar clase de ciencias naturales, Rafa entró en clase arrollando a todo el que cometía la imprudencia de ponerse en su camino.

-¡Escuchad! -voceó-. ¡Están cambiando el cristal que ya sabéis!

Nos quedamos de piedra, pero no por la inesperada noticia, sino porque detrás de Rafa acababa de aparecer, como surgido de la nada, don Andrés, en la puerta.

Pero no dijo nada. Sólo movió un poco el bigote, se sentó tras la mesa y se puso a dar clase.

A la hora del recreo el cristal ya estaba cambiado. y parecía como si el director hubiera decidido correr un tupido velo sobre el asunto. Así que bajamos la guardia.

Una semana más tarde tuvimos una sorpresa más bien desagradable. Una tarde, cuando terminó la clase de sociales y teníamos que ir ya a casa, el director don José se presentó en nuestra clase.

-Un momento, por favor -dijo nada más asomarse por la puerta-. No os vayáis aún. Sentaos.

Lo hicimos, mirándonos unos a otros. El mandamás se sentó en la mesa del profesor y anunció:

-Vengo a cobrar la factura del cristal.

Todos dimos un respingo, y tratamos de poner cara de inocencia.

-Sí, no os hagáis los despistados -prosiguió don José-. Sé de sobra que habéis sido vosotros. Vamos a ver, ¿quién es el delegado?

Fernando alzó la mano.

-¿Quién rompió el cristal? -inquirió el director.

Alex e Iván se pusieron tensos.

-Todos, señor -respondió Fernando.

-¿Todos? -repitió don José-. ¿las chicas también?

Almudena levantó la mano, y el director le dio permiso para hablar.

-Es que toda la clase estaba allí -explicó la subdelegada-. Incluidas las chicas.

-Así que, de algún modo, todos somos responsables. Y le pagaremos el cristal entre todos.

-Buena voluntad no os falta -reconoció el director-. Pero, decidme, ¿con qué

rompisteis esa ventana?

Silencio.

-Vamos, decidlo.

Fernando carraspeó.

-Verá, fue... fue con...

-Con una pelota de fútbol -completó el director-. Sí, ya me lo imaginaba. Sabíais que en el porche está prohibido jugar con balones de fútbol.

-Es que llovía y... -trató de defenderse Fernando.

-...Y, como no teníais otra cosa mejor que hacer...

Nosotros observábamos con interés el diálogo sostenido por Fernando y el director, que se iba irritando por momentos.

-Se está picando -me dijo Alex en voz baja-. Malo, malo.

Efectivamente. Todos nos estábamos dando cuenta. Vi que Santi le daba un empujón a David, y oí claramente (se sentaban delante de mí) que le decía:

-¡Haz algo, burro!

-Señor director -se apresuró a llamar David.

-¿Qué pasa?

-Verá, nosotros reconocemos que hemos obrado mal. No lo volveremos a hacer.

-El caso es que habéis roto un cristal, David.

-Pero nos comprometemos a pagarlo entre todos. Además -añadió, adulón-, esta experiencia nos servirá de escarmiento. Así en el futuro tendremos siempre presente que la sociedad en que vivimos se rige por unas normas que hay que cumplir, y esto es un claro ejemplo de ello.

Esta admirable parrafada nos había dejado a todos pasmados.

-¡Toma! -oí decir a Luis-. ¡Vaya con el chaval!

Parecía que el director iba a dejarse convencer por los argumentos que esgrimía David, pero al final no picó.

-La cuestión es que habéis desobedecido las normas, y no veo cómo puede servir de escarmiento sin no se os aplica un castigo justo.

-Bueno, pero las normas están para romperse -razonó «Huracán»-. Si no fuera así, este colegio parecería el penal de Alcatraz.

-Tienes razón, Sandra. Las normas están para romperse y si no fuera así esto parecería una cárcel. Pero has pasado por alto un detalle muy importante, y es que la clase de 8°C (condenada clase de 8°C) ya se ha saltado demasiadas normas a la torera. Y ahora

esto parece un colegio, y no Alcatraz. Pero de seguir así parecerá un manicomio, y yo no quiero llegar a esos extremos, porque soy un director de colegio y no de manicomio, ¿entendido?

Había ido poco a poco alzando el tono de voz, y ya no se dirigía sólo a Sandra, sino a toda la clase. Aguantamos el chaparrón en silencio.

-Sabíais que os jugabais el viaje de fin de curso -proseguía don José-. ¿O es que creíais que no hablaba en serio cuando lo dije? Porque, en ese caso, estabais muy equivocados. Estoy muy enfadado con vosotros. Y, como director que soy, sé que esto, o se corta de raíz, o puede traer malas consecuencias. Aún quedan tres meses para que me vea libre de vosotros. Tengamos la fiesta en paz, ¿eh?

Parecía haberse tranquilizado un poco. Menos mal. Respiró profundamente y dijo:

-Yo no quiero una prisión, pero tampoco un manicomio, ¿de acuerdo? Yo lo que quiero dirigir es un colegio, y concretamente este colegio. Sé de sobra que este es el último año que vais a pasar aquí, pero eso no os da derecho a hacer el burro más que otros años. Los de 8ºA y 8ºB también están en esa situación y no se comportan como vosotros. Desde luego, 8ºC en cuestión de disciplina es un desastre. Y eso que don Andrés hace lo que puede, pero es que con vosotros, que sois una pandilla de gamberros, es imposible ir por las buenas. Tendré que tomar medidas más radicales.

Nos miramos unos a otros, preocupados. ¿Nos dejaría sin viaje de fin de curso?

-En un partido de fútbol -dijo don José-, cuando un jugador hace una falta, el árbitro le advierte seriamente. A la segunda, le saca la tarjeta amarilla, y a la tercera, tarjeta roja y expulsión. Vosotros ya estáis advertidos, y ahora va la tarjeta amarilla. Y ya sabéis, como hagáis otra de las vuestras, seréis la única clase de 8º que no irá al viaje de fin de curso. Y no me gustaría que esto llegara a suceder. O sea que ya lo sabéis. Por favor, entrad en razón.

Estaba realmente enfadado cuando comenzó su sermón, pero ahora parecía cansado y ojeroso, casi como un anciano.

-Olvidaos de pagar el cristal -terminó-. Me conformaré con que pongáis fin a vuestras gamberradas.

Se levantó y salió de la clase. Nosotros nos quedamos helados en el sitio hasta que se cerró la puerta detrás de él. Entonces recuperamos el habla.

-Es la segunda vez que viene a clase a echarnos la bronca -advirtió Fernando-. A la tercera, adiós viaje de fin de curso. Quedan tres meses; no vayamos a bajar la guardia. ¿O es que hay alguien que no quiera venir a Granada? -añadió, dando una mirada circular.

-Yo -dijo Iván solemnemente.

-Calla, payaso. -Ester le dio un empujón-. No estamos para bromas.

-Oye, Iván -dijo Víctor, muy serio-. No lo dirías en serio, ¿verdad?

-No, hombre. No me lo perdería por nada del mundo.

-Bueno, el caso es que estamos al borde del abismo -concluyó Begoña-. Un solo empujón y caeremos abajo.

-Bueno, chicos, yo me voy ya -anunció César, echándose la cartera al hombro-. Ya son las cinco y media.

-¿Sólo las cinco y media? -se extrañó Alex-. El sermón del director se me he hecho eterno. Creí que eran las seis.

-Son las seis -dijo Inma, y echó un vistazo al reloj de César-. Se te ha parado el reloj.

-¡Las seis! -casi gritó Silvia-. ¡Sara, Susana, que llegamos tarde a inglés!

Las tres salieron disparadas de la clase. Santi señaló la puerta.

-¿Desde cuándo dan clases particulares de inglés?

-Desde que el año pasado cargaron inglés para septiembre -informó Dena.

-Bueno, y respecto a lo del mandamás. ¿qué hacemos? -inquirió David, impaciente.

-¿Por qué no lo sobornas? -gruñó Alberto de mal humor-. Eso se te da muy bien.

-Sólo hay algo que podamos hacer -dijo Fernando-, y es portarnos como angelitos lo que queda de curso.

-Entonces lo de 8ºA se burlarán de nosotros -comentó Iván.

-Pasa de ellos -dije yo-. Ya les daremos su merecido en el partido de revancha.

-Bueno, chavales, sugiero que nos vayamos ya -dijo Josema al ver que las señoras de la limpieza empezaban a entrar en el aula.

Con caras de funeral, uno por uno fuimos saliendo.

-¿Lorena se ha ido ya? -pregunté a Alex, mirando a todas partes.

-Estoy detrás de ti -me informó una voz.

Alex me dio un codazo.

-Vaya interés repentino, ¿eh? -me susurró.

-Pues mira quién te ha estado esperando en el pasillo -le azucé. Paula se lanzó sobre nosotros.

-¿Qué ha pasado con el dire?

-Nos ha sacado la tarjeta amarilla -dijo Lorena-. Y dice que a la próxima va la roja.

-¿Cómo es que aún estás aquí -quise saber yo.

-¿Cómo iba a perdérmelo? Me dijeron que habían visto a don José entrar en vuestra clase, y no fui capaz de irme a casa sin saber antes qué había pasado.

-Ya, ya...

-Humm, ¡vete a la porra!

-Pues tú hace un momento preguntabas por Lorena, Óscar -comentó Alex, suspicaz.

-¡Venga ya!

Pero Lorena se había puesto colorada. «Estás jugando con fuego. Óscar», me dije a mí mismo.

-Vamos a casa, Paula -concluí-. Mañana hay examen de mates y quiero estudiar.



## Capítulo X: La batalla de las tizas

Nos portamos de manera ejemplar durante los siguientes dos meses. Eso sí, tuvimos que soportar las pullas de los de 8ºA, que se burlaban de nosotros porque no nos metíamos en líos, ni hacíamos enfadar a los profesores, y huíamos de cualquier ocasión de pelea que se presentaba.

-Si serán cobardes -nos soltó un día Julio Soler a Víctor y a mí en el recreo-. Parecéis niñas de un colegio privado, de esas que van con uniforme y tienen siempre mucho cuidado de no manchárselo.

A Víctor no le hizo ninguna gracia esta observación.

-No le hagas ni puñetero caso -le susurré-. ¿Te acuerdas de mi prima Amparo? Me miró pasmado.

-Sí, pero, ¿qué tiene que ver eso?

-¿Te pareció una chica normal?

-Sí, muy normal. ¿Por qué?

-Porque a mí no me parece muy acertado lo que ha dicho Soler. Amparo va a un colegio privado, de chicas sólo y con uniforme, y no es una pava.

-A mí tus razones no me convencen -rechazó Víctor-. Me cabrea la actitud de Soler, y no me importa si tiene razón o no.

-Pufff...

-Me sorprende que no estés enfadado. Yo estoy sencillamente harto, y cualquier día de estos ya no aguantaré más.

Que el pacífico Víctor Abella dijera eso era como para preocuparse, porque si él se sentía así, cómo debían de sentirse gamberros natos como Iván Borrás, Alberto Benavent o César Noguera. Yo mismo ya estaba de los de 8ºA hasta las mismísimas narices, y más de una vez me había costado reprimirme para no arrearle a Soler un directo de izquierda en la mandíbula. Y eso que no soy muy peleón.

Peor lo llevaba Iván. Javier Hurtado, el enemigo público número uno del colegio, y el suyo de toda la vida, era el que más se metía con él. A veces yo le veía apretar los dientes y crispas los puños, con gesto de rabia e impotencia.

-Tiene ganas de partirle la cara -comentó un día Alex-. Y no es para menos. Le está incordiando todo el santo día.

-Para una persona tan camorrista como Iván debe ser difícil soportarlo -le contesté yo-. Si por él fuera, ya le habría dado su merecido. Hurtado es un chulo con más grasa

que fuerza.

-Lo que pasa es que no quiere meternos en líos -dijo Lorena-. No quiere que por su culpa nos quedemos sin viaje de fin de curso.

-Me parece que todos estamos en esa situación -gruñó Víctor-. Y si no hacemos algo pronto, nos volveremos locos.

-Lo único que podéis hacer es ir a quejaros al director -dijo Paula.

-No nos puede ni ver -objetó Alex-. A mí no me parece muy buena idea.

-Pues sólo os queda aguantaros hasta junio.

-Yo no sé si podré -masculló Iván, acercándose a nosotros-. Hurtado me tiene frito.

-Inténtalo, Iván -le pidió Ester-. Por lo menos inténtalo.

-Lo intentaré, Ester -prometió Iván-. Pero dudo que pueda contenerme por mucho más tiempo.

Ester recuperó su expresión burlona.

-¿He oído bien? ¡Iván Borrás me ha llamado Ester y no «pelirroja»! ¡Chicos, un aplauso para Iván!

-¡Cierra el pico, pelirroja!

Carcajada general. No había día en que Ester e Iván no se pelearan.

-Si se lo pasan en grande los dos -me comentó una vez Lorena-. Disfrutan como críos pequeños.

A finales de mayo ya no lo aguantamos más. Hasta entonces, como habíamos pasado varios días vendiendo cosas para el viaje de fin de curso (que ya sabíamos que sería a Granada, a visitar la Alhambra y todo lo demás), nos habíamos relajado un poco. Pero cuando se nos acabaron los artículos para vender y las clases se reanudaron, los de 8ºA volvieron a la carga.

Y un día ocurrió una cosa que me obligó a pedirle a Fernando que hiciera algo ante aquella situación.

Vi a Julio Soler metiéndose con Lorena.

Me puso frenético por tres razones:

a) Estaba molestando a una chica de mi clase, que era una chica y, encima, de mi clase.

b) Era Julio Soler. mi archienemigo de toda la vida.

c) Esa chica era Lorena, mi mejor amiga.

Y me planté delante de él.

-A ver, valiente, métete conmigo si te atreves -le desafié-. Que ya se puede ser

cobarde para meterse con una chica.

-Sólo le he pedido salir -replicó Julio Soler.

Miré a Lorena, que negó con vehemencia con la cabeza.

-Pues si no quiere, cosa que no me extraña, déjala en paz y vete a incordiar a las de tu clase. ¿O es que todas te han dado calabazas y ahora vas detrás de las de 8°C?

-Vaya con el gallito -se burló Soler-. Ay, por favor, no me pegues, que me harías daño...

Poco me faltó para pegarle de verdad, pero Lorena me lo impidió, y me di cuenta de que si llegaba a esos extremos todo 8°C podría verse perjudicado. Me limité a advertirle seriamente que la dejara en paz (y él se limitó a mirarme escépticamente) y me largué. Lorena me siguió.

-Gracias por ayudarme - me dijo tímidamente.

-Bah. No tiene importancia.

La verdad es que estaba pensando en otra cosa, y era que Soler era más feo que Frankenstein y que ni Sara Torres saldría con él.

-Lo hizo sólo por fastidiarte a ti.

Me volví.

-¿Qué quieres decir con eso? -pregunté.

-Está claro. Tú y yo somos buenos amigos, y Soler te cae fatal. ¿No te molestaría que yo saliera con él?

Lo pensé. La verdad es que no me hubiera hecho ninguna gracia.

-Conque era sólo por molestarme a mí. Bueno, de mí se va a acordar.

-¿Qué vas a hacer?

-Nada por el momento. Pero ya me vengaré de alguna manera... Más adelante.

No me gustaba aquello de que Lorena tuviera que aguantar a Julio Soler sólo porque éste quisiera darme la lata. Por eso fui a pedirle a Fernando que convocara una reunión urgente, porque además había observado que Lorena y yo, no éramos los únicos que lo estábamos pasando mal. La situación se estaba haciendo insoportable. Y aquella misma tarde vi la prueba de ello, al ver que «Huracán» permanecía impasible ante las burlas de Elena Soria, de 8ºA. Pero yo sabía que de ser por ella le habría sacado los ojos.

Al día siguiente Fernando y Dena convocaron una reunión urgente en el recreo.

-Esto no puede seguir así -declaró Fernando-. O hacemos algo pronto o nos volveremos todos locos, y entonces sí que don José verá convertido su colegio en un manicomio.

En ese punto todos estábamos de acuerdo.

-¡Una broma a don Javier! -apuntó enseguida Alex.

-No, si nos pillan estaremos perdidos -se negó Dena-. A quienes tenemos que molestar no es a los profesores, sino a los de 8ºA.

-Muy cierto -asintió Esteban, solemne-. ¿Y qué hacemos?

-Podríamos organizar ya el partido de revancha -propuso Raúl.

-Y las chicas, ¿qué? -inquirió desdeñosamente «Huracán»-. Yo quiero vengarme de Elena Soria como sea.

-No me parece buena idea lo del partido -opinó Iván-. Lo que podríamos hacer es tomarles un poco el pelo, pero sin pasarnos de la raya y sin que sepan que somos nosotros. Mandarles mensajes anónimos, gastarles bromas, o hacer gamberradas y arreglarlo todo para que ellos parezcan culpables ante los profes. Veréis, ¡nos lo vamos a pasar de lo lindo!

-¡Me gusta! -alabó Alex-. ¿Cuándo nos ponemos en marcha?

-Ya mismo. Cada uno que elija a uno de esos burros de 8º A, como víctima. Eh, a mí dejadme a Javi Hurtado.

-Yo me pido a Soler -dije yo.

-Y yo te ayudo -se ofreció Lorena-. A mí también me está molestando demasiado.

-¡Para mí Elena Soria! -chilló «Huracán».

-Ssshhh, no grites tanto -susurró Inma, y señaló casi imperceptiblemente a Noelia Espinós, de 8ºA (cómo no), que andaba por allí cerca.

-Dejadme a mí a Juan Antonio Estrada -pidió Alberto.

-Incluyamos también a algunos de B en la lista -dijo Fernando-. Hay dos o tres que no se quedan cortos.

-Pero entonces de 8ºA nos sobraré gente -objetó Ester.

-No todos los de 8ºA se lo merecen -dijo Víctor-. Hay algunos que no se meten con nosotros. Apuntemos en la lista sólo a los que más lata nos dan.

Así pronto tuvimos hecha la lista de bromistas y sus víctimas. Por lo visto Enrique Sánchez la iba a llevar clara: ¡Alex iba a ser su verdugo!

Fue algo psicológico. Desde que habíamos decidido aquello las burlas de los de 8ºA nos resbalaban. Eso de que nosotros sabíamos algo que ellos no sabían nos hacía sonreír en lugar de enfadarnos, pensando: «Ya veréis, ya. Quien ríe el último, ríe mejor».

Lorena y yo le hicimos la vida imposible a Julio Soler. Supongo que tardó lo suyo en comprender cómo desapareció su libro de sociales del cajón justo el día antes de un

examen de tres temas, y cómo apareció al día siguiente misteriosamente en su sitio, como por arte de magia. O cómo diablos fue a parar ese sapo a su cartera. O quién dio el soplo a su padre por teléfono de que fumaba por las tardes en el portal de la casa de Javi Hurtado, con éste y otros cuatro gamberros más. Quién le dijo a don Alfredo que él era el responsable del olor que despedía su cabeza (esta última gamberrada la perpetramos con la inestimable ayuda del famoso potingue apestoso de Alex). O cómo había aparecido la libreta donde coleccionaba caricaturas de los profesores en la mesa del despacho de la jefa de estudios, la profesora más severa de todo el colegio...

Los demás de 8ºA y alguno que otro de 8ºB no se libraban tampoco. Una vez, en el recreo, oímos un chillido y vimos a Elisa Obiol (de 8ºA, naturalmente) cruzaba corriendo el patio, sacudiéndose el pelo. Miramos a Silvia.

-¿Qué le has hecho? -preguntó Inma con curiosidad-. ¿Pulgas?

-No, hormigas -respondió Silvia-. Y no me preguntéis cómo han ido a parar a su cabeza, porque es un secreto.

Así transcurrían los días. Nosotros nos las prometíamos muy felices pensando en el viaje de fin de curso cuando sucedió algo que alteró nuestros planes: los de 8ºA se dieron cuenta de que éramos nosotros quienes les hacíamos la vida imposible y que todas sus desgracias no eran casualidades.

Aquel día, en el recreo, ya nos dimos cuenta de que tramaban algo.

-Se les nota en la cara -comentó Patricia, preocupada-. Seguro que se llevan algo entre manos.

Y efectivamente.

Había reunión del consejo de dirección con los tutores y, por lo visto, se estaban extendiendo más de lo previsto. El caso es que pasaban ya diez minutos de la hora y don Andrés no había llegado.

Y entonces llegaron en tromba los de 8ºA. Se pararon en la puerta de nuestra clase y Javier Hurtado gritó:

-¡¡¡A por ellos!!!

Traían munición, y pronto comenzaron a bombardearnos con tizas. No quisimos ser menos. Agarramos las tizas que había en la repisa de la pizarra y empezamos a contraatacar, parapetándonos tras las mesas. ¡Pero qué cuadro! Tizas volando de aquí para allá, impactos certeros, todos pintarrajeados de blanco... y un follón de mil demonios. Los de 8ºB, que también estaban sin tutor, se sumaron a la batalla, pero a favor de nuestros contrarios, y se trajeron munición de su clase. Nosotros nos defendíamos como podíamos.

-¡Nos llevan ventaja! -jadeó Víctor.

Arrojé una tiza que le dio a Soler en plena cabeza (¡Bingo!) y me escondí enseguida tras la mesa que me servía de trinchera.

-Tengo una idea -respondí-. Cúbreme, Víctor, que voy a la ventana. En la clase de mi hermana tampoco tienen profesor ahora.

-Bien, pero date prisa, que me quedan pocas tizas.

Me lancé en una loca carrera hacia la ventana, esquivando proyectiles. Cuando me asomé, grité:

-¡Paula Zaragoza! ¡Eh, Paula!

Mi hermana se asomó a la ventana de abajo.

-¿Qué clase de jaleo tenéis montado ahí arriba? -gritó.

-¡Hay una guerra de tizas! 8ºA y 8ºB nos tienen acorralados, y casi no nos quedan tizas. ¡Subid y atacadlos por detrás! ¡Y traed todas las tizas que podáis!

-¡OK!

Regresé junto a Víctor.

-He conseguido refuerzos -informé-. Le he dicho a Paula que vengan a ayudarnos. Alex dejó de lanzar tizas y me miró dubitativo.

-¿Crees que vendrán?

-Ya los conoces. Se apuntan a todo.

-Sí, pero... ¡ay! ¡Eso es un ataque a traición!

Y Alex volvió a la carga, furioso ante el impacto que acababa de recibir en la cabeza.

Diez minutos después nuestros contrincantes fueron sorprendidos por la retaguardia por 7ºA. Y entonces comenzó la batalla de verdad. Los de 8ºA y 8ºB se atrincheraron en el centro de la clase. Por un lado atacábamos nosotros y, por el otro, donde estaba la puerta, atacaba 7ºA. Más jaleo no podía haber.

De pronto llegó Sam, la profesora de inglés, para ver qué pasaba, y al verse metida de lleno en aquel pandemónium, se puso a dar chillidos histéricos. Hasta que una tiza le atinó en plena nariz, y entonces, enfurecida, comenzó a lanzar proyectiles a diestro y siniestro, a todo el que osaba ponérsele a tiro.

-¡Se nos acaba la munición! -dijo Iván la voz de alarma.

A pesar de que recogíamos del suelo las tizas que nos lanzaban los otros, cada vez eran más pequeños los pedazos, y una considerable cantidad de proyectiles salían disparados por las ventanas. Gateando por debajo de las mesas, me acerqué a Lorena.

-Lorena, ¿crees que podrías ir al despacho del jefe de estudios a coger dos o tres paquetes de tizas? ¡Se nos están acabando!

Lo dije porque ella tenía una especial habilidad para pasar desapercibida.

-Bueno, lo intentaré -contestó Lorena, lanzando una tiza a una cabeza atrevida.

-Yo te cubro -le dije, y me dio toda su munición. Me puse a lanzar tizas a todo aquel que se fijaba en ella. Así, gateando, llegó por fin a la puerta. Al cabo de un rato la perdí de vista en medio del jaleo.

-Óscar, Lorena -me advirtió Susana un par de minutos después.

Miré hacia donde me indicaba. Julio Soler la tenía cogida del brazo y no la dejaba marcharse.

-Cerdo -mascullé, y orienté hacia él todos mis disparos. Cuando le acerté en el cogote le grité:

-¡Eh, Soler! ¿Qué te ha parecido eso? ¡Anda, contraatácame si eres valiente!

Julio se distrajo y así Lorena pudo huir. Nuestros aliados de la clase de abajo le dejaron paso y ella, antes de salir, me hizo con la mano un gesto de victoria. Le respondí y desapareció por el pasillo.

Mientras, la batalla arreciaba. La profesora de inglés, metida de lleno en el fregado, se lo estaba pasando en grande. Todos estábamos pringados de tiza de pies a cabeza, y había dos o tres que tenían un ojo a la funerala, causado por un impacto certero. Pero todos sin excepción participaban en la batalla, lanzando tizas, esquivándolas y dando alaridos de triunfo cuando daban en el blanco, y de dolor cuando los que hacían diana eran los contrarios.

-Alucinante -comentó Víctor entre dientes-. Y los profesores sin enterarse.

-La sala de reuniones está al otro lado del edificio -razonó Alex-. A lo mejor no nos han oído.

-Se nos oirá hasta en Sebastopol -dije yo-. Pero igual piensan que, como está Sam aquí, ya debe de haber orden.

En aquel momento apareció Lorena por la puerta.

-¡Munición! -dijo Alex-. ¡Al fin!

La verdad es que ya casi estábamos derrotados. Después de dar dos paquetes a los de 7ºA, Lorena emprendió una arriesgada travesía por debajo de las mesas. Pasó por la zona 8º A – 8º B sin ser advertida y por fin llegó hasta donde estábamos nosotros. Nos entregó dos paquetes de tizas. ¡Estábamos salvados!

-¡Bien hecho, Lorena! -exclamé.

Repartimos las tizas entre todos los del bando y entonces la escena cambió. Los otros ya no tenían munición, y poco a poco nos fuimos acercando a ellos. Cada vez recibían más impactos, y nosotros cada vez menos. Ante tal aluvión ni siquiera podían reaccionar para coger las tizas que les llovían por todas partes. Por fin los rodeamos. La batalla parecía estar decantada a nuestro favor. Los rodeábamos por todos lados, y ni siquiera nos agachábamos. De pie todos lanzábamos tizas a nuestros enemigos, que se acurrucaban bajo las mesas.

Y entonces se abrió la puerta y entró en el aula el consejo de dirección en pleno, con el director a la cabeza, y todos los tutores detrás. Tardamos bastante en darnos cuenta de aquello, enardecidos como estábamos. Pero, cuando lo hicimos, comprendimos que nos la habíamos cargado con todo el equipo.

Primero por el follón. Segundo porque había sucedido en nuestra clase. Y, tercero, porque con 8ºA y 8ºB recibiendo los impactos parecíamos nosotros los «malos».

Y mientras todos nos quedábamos en el sitio parados con las tizas en la mano, la profesora de inglés escondía un paquete medio vacío tras su espalda, pero no podía disimular la evidencia de las manchas de tiza por toda su ropa.

El director estaba pasmado del susto, y los demás profesores y profesoras no se creían lo que veían.

Nos miramos unos a otros, desesperados, porque sabíamos que nada ni nadie nos libraría de las iras del mandamás después de aquello.

Y que la que nos iba a caer sería buena.



## **Capítulo XI: El director se sale de sus casillas**

-Id todos a los cuartos de baño -ordenó secamente don Andrés-, y lavaos un poco, que estáis hechos un asco. 7ºA y 8ºB, a los cuartos de baño del piso de abajo, y 8ºA y 8ºC, a los del fondo del pasillo.

Obedecimos. Entramos en los cuartos de baño de chicos (las chicas entraron en los de chicas, se comprende), y nos pusimos a lavarnos, tensos y silenciosos. Hasta que tuvo que ser Javi Hurtado quien hiciera la gracia. Iván estaba bebiendo tan tranquilo cuando llegó Hurtado por detrás y le metió la cabeza debajo del grifo. Con el pelo chorreando, el agredido le preguntó de mala uva:

-¿Es que quieres más pelea, Hurtado?

-¡Ja! -le replicó el otro con guasa.

Y no me preguntéis cómo empezó todo, porque el caso es que no lo tengo demasiado claro. Pero la verdad es que cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos todos metidos hasta el cuello en una guerra de agua 8ºA-8ºC.

Al cabo de un rato, «Huracán» asomó la cabeza por la puerta, atraída sin duda por el jaleo, y dos minutos después oímos un chillido procedente de los servicios de al lado: las chicas de nuestra clase estaban dispuestas a seguir nuestro ejemplo y a empapar a las de 8ºA.

Y mientras, en el cuarto de baño de chicos, ya estábamos todos como sopas. El suelo estaba encharcado y sucio de las pisadas de nuestros pies, y la ropa y el pelo nos chorreaban a todos. Aún así, seguíamos arrojándonos agua unos a otros. Alberto se había apropiado de uno de los grifos y, poniendo el dedo debajo, dirigía el chorro a todos los de 8ºA que se ponían a tiro. Toni Cortés, el soplón de 8º A, se dirigía raudo y veloz hacia la puerta. Iba a dar el chivatazo, cosa que había que evitar a toda costa, ya que lo más seguro era que nos echara la culpa a nosotros delante de los profesores. Cuando pasó por detrás de mí, estiré un poquito la pierna hacia atrás, y Cortés cayó cuan largo era en un charco de agua sucia. ¿Cómo fue que cayó? ¡Ah, misterio! Pero todo 8ºC se rió de lo lindo al ver su flamante polo azul todo pringado.

Entonces, en mitad del fregado, llegó el director... y fue terrible. Los ojos casi se le salieron de las órbitas, se puso rojo, luego azul y después verde y chilló:

-¡¡¡SILENCIO!!!

Se detuvo el follón, como por arte de magia.

-¡¡Todos al salón de actos!! ¡¡¡Inmediatamente!!!

Y allá nos fuimos. Cuando estábamos todos sentados allí, el director comenzó su interrogatorio.

-Veamos, Carlos, Juanvi, Fernando y Almudena.

Carlos Parra y Juanvi Peña eran los delegados de 8ºA.

-¿Quién empezó la guerra de tizas? -inquirió el mandamás.

-Fueron los de 8ºA, don José -respondió Fernando-. Vinieron a nuestra clase cargados de tizas y comenzaron a tirárnoslas a todos.

-¡Eso fue porque vosotros nos hacíais la vida imposible! -saltó Juanvi.

-¡Pero empezasteis vosotros! -intervino César, enfadado.

-Noguera, nadie te ha dado permiso para hablar -gruñó el director-. A ver, Almudena, cuéntamelo todo desde el principio. Y sé imparcial, ¿quieres?

-Verá, cuando pasó lo del cristal y usted dijo que sólo nos daría una oportunidad más, nos portamos muy bien por un tiempo, hasta hace unas semanas. Los de 8ºA aprovechaban para meterse con nosotros, porque no podíamos defendernos.

-¿Y eso?

-Es que si nos peleábamos con ellos, podíamos meternos en un lío, y quedarnos sin viaje a Granada. Pero como todos estábamos histéricos perdidos de contarnos y no poder responder a sus provocaciones...

Miró a Fernando. Éste asintió, y Dena se decidió a contarle:

-...decidimos gastarles bromas y jugarles malas pasadas sin que ellos supieran que éramos nosotros.

-¡Lo sabía! -aulló Juan Antonio Estrada-. ¿Qué os dije? ¡Eran ellos! Soler se levantó de un salto y me señaló con un dedo:

-;Seguro que fuiste tú, Zaragoza! ¡Tú le diste el soplo a mi padre! ¡Y tú metiste el sapo aquel en mi cartera! ¡Y me mangaste el libro de sociales! ¡Y lo de la libreta de caricaturas...!

No era Julio Soler el único que chillaba. Varios más de 8ºA acusaban a sus torturadores de ser responsables de sus desgracias.

-¡¡¡Silencio!!!

Poco a poco nos calmamos. El director le dijo a Almudena que continuara, y ella lo hizo:

-Entonces les hicimos toda clase de gamberradas para vengarnos de la lata que nos habían dado.

-¡A mí esa bruja me ha estado insultando desde lo del cristal! -acusó «Huracán»,

señalando a Elena Soria-. Y si por mí hubiera sido, le habría arañado la cara hace tiempo. Pero es que temía que usted se enfadara.

-Espero que comprenda usted la situación que hemos vivido todo este tiempo - siguió Dena-. Ya no podíamos más. Por eso les gastábamos bromas, para desahogarnos.

-¡Bromas de muy mal gusto! -apuntó Elisa Obiol, ceñuda.

-¿Todavía te quedan bichos en la cabeza, Elisa? -preguntó Silvia, con una risita.

-¿Pero serás...? ¡Eras tú!

-¡¡Silencio!!

Y nos callamos. Dena continuó:

-Entonces esta mañana los de 8ºA se dieron cuenta de que éramos nosotros, vinieron a nuestra clase cargados de tizas y comenzaron a bombardearnos. El resto ya lo conoce usted.

-¿Y qué hacían allí 8ºB y 7ºA?

-Verá, es que también había dos o tres de 8ºB que se burlaban de nosotros -explicó Fernando-, y los incluimos en nuestra «lista negra». Como ellos también estaban enfadados, vino toda la clase. Al ser más que nosotros, pedimos ayuda a 7ºA.

-¿Cómo lo hicisteis?

-Nuestra clase queda encima de la suya. Fue cuestión de dar el grito de alarma por la ventana.

-Otra cosa -intervino don Ramón, el jefe de estudios-. ¿Quién se llevó cuatro paquetes de tiza de mi despacho.

-Fui yo, don Ramón -dijo Lorena.

-¡Porque yo se lo pedí! -me apresuré a aclarar.

-¿Y eso?

-No nos quedaban más tizas, y los otros nos estaban dando una paliza.

-¿Y cómo empezó la guerra de agua? -quiso saber el director.

-¡Yo puedo responder a eso! -exclamó Iván, y señaló a Hurtado-. ¡Ese gusano me metió la cabeza bajo el grifo cuando bebía!

¿Y así empezó todo? No me lo puedo creer.

-Verá, es que 8ºA y 8ºC hemos sido enemigos de toda la vida -explicó Carlos Parra-. Si mal no recuerdo, todo empezó en 3º de E.G.B., cuando...

-No, no me lo expliques.

Nos miró largamente.

-No quiero oír una mosca -dijo, cuando el murmullo del salón de actos fue

subiendo de tono.

Enmudecimos (eso es un decir, porque nunca nos callábamos del todo, excepto cuando lo de la huelga de piernas cruzadas), y don José pudo seguir hablando:

-Bien, como iba diciendo, esto ya se está pasando de la raya. Tan culpable es 8ºA como 8ºC. Puede que sea una decisión salomónica, pero me parece que es la más justa. 8ºC se queda sin viaje de fin de curso.

-¡¡¡No, por favor!!! -gritamos todos... los de 8ºC, por supuesto.

-¿Y a eso lo llama «decisión salomónica»? -se oyó la voz de César-. Y 8ºA, ¿qué?

-8ºA recibe hoy su segundo aviso, la tarjeta amarilla, como digo yo. Pero para vosotros ya van tres, y ya os lo avisé. No hay más que hablar: no iréis a Granada. Ya me habéis sacado de mis casillas, y me tenéis harto. Os lo advertí, os lo volví a advertir y creo que ya he aguantado bastante. Mi paciencia tiene un límite, y vosotros lo habéis traspasado. Por tanto, tendréis clase como los demás cursos mientras dure el viaje. ¿He hablado claro?

¡Vaya si había hablado claro! No hizo caso de las débiles protestas.

Nos habíamos perdido la clase de ciencias naturales. Luego tocaba lengua. Aguantar esa clase después de lo que había pasado fue un verdadero tormento. Y encima estábamos todos manchados de tiza y barro, y no del todo secos.

Cuando acabó la clase y pudimos irnos, nadie se marchó, excepto los de comedor, que no podían perder el turno. Porque en nuestro colegio, los que se quedaban a comer allí, o estaban a la hora o no comían. Y el resto convocamos una reunión en el porche (por cierto, además de cambiar el cristal de la ventana, don José había hecho poner barrotes en todas las ventanas, y ya no estaba prohibido jugar con pelotas allí).

-Ya no tiene remedio -dijo Ana, y un par de lágrimas le empañaron las gafas.

-Estoy seguro de que se arreglará -dijo el siempre optimista Rafa.

Fernando y Dena, ¿no podríais ir a pedirle al director que reconsidere su decisión?

-preguntó Esteban.

-No nos hará caso -rechazó Fernando-. Ya viste lo enfadado que estaba en el salón de actos.

-Ya estará tranquilo -dijo Ester-. A lo mejor ya se le ha pasado el enfado.

-No creo que se le haya pasado, Ester -objetó Quique-. Pero seguro que ya se le han bajado un poco los humos.

-No cuesta nada probar -comentó Alex.

-Claro, porque no eres tú quien se va a enfrentar a la fiera -replicó Dena, picada-.

Mira qué gracia, siempre nos toca a Fernando y a mí.

-Escuchad -dijo Víctor-, tenemos que hacer algo. ¿Recuerdas, Iván, que a principios de curso decías que un año pasa muy lentamente? Pues bien, ya sólo queda un mes para que cada cual se vaya por su lado, ¿cómo lo ves?

Iván estaba pasmado.

-Pues es verdad -dijo-, y parece que fue ayer. ¡Pensar que ya casi hemos acabado 8º! Y se ha pasado volando.

-Bien -prosiguió Víctor-, no podemos permitir que el dinero nos chafe el viaje a Granada, de manera que vamos a intentar que cambie de opinión. Yo, por mi parte, pienso ir de viaje de fin de curso, aunque sea de polizón en el maletero del autobús. He dicho.

Varios le aplaudieron con guasa. Víctor hizo una reverencia y se sentó.

-Tiene razón -saltó de pronto César-. No podemos dejar que esos caraduras de 8ºA vayan a Granada y nosotros no. Hay que hacer algo.

-¿Qué tal si además de ir Dena y Fernando vamos también algunos de nosotros? -sugirió Patricia-. Así no estarán solos ante el peligro.

-Buena idea, Patri -aprobó Fernando.

-Que vayan los que más lata le han dado -dijo Antonio-. Es decir, los «occidentales accidentados», Esteban Alberto, César, Rafa, «Huracán» e Inma.

-¿Y eso para qué? -indagó Inma.

-Para pedirle perdón -aclaré yo-. Es por eso, ¿verdad, Antonio?

-Más o menos. Bueno, ¿qué decís?

-Que menuda faenita nos ha tocado -respondió Quique.

-¿Hay alguien que quiera ir en mi lugar? -preguntó Iván.

-Nada, Borrás, que no te libras -se burló Ester-. Tú a sufrir, como los demás.

Y aquella tarde fuimos a hacerle una visita al director. Éramos muchos. Quince, exactamente.

Fernando llamó a la puerta.

-Adelante -se oyó la voz del director.

Entramos en montón en su despacho.

-¿A qué debo el honor de vuestra visita? -preguntó el director, con sorna. Estaba claro que seguía enfadado con nosotros. Lorena y yo cruzamos una mirada angustiada. Iván se adelantó:

-Verá, venimos a pedirle perdón en nombre de toda la clase. Yo, por mi parte, le pido perdón por haber roto el cristal.

-Conque fuiste tú, ¿eh?

-Él fue quien chutó, pero todos estábamos jugando -se apresuró a aclarar Alex-. Sin ir más lejos, yo le animé a tirar más fuerte. Y siento haber provocado la huelga de piernas cruzadas.

-¡Y la idea fue mía! -dijo Inma-. Siento haberla sugerido.

-También fue mía la idea de tomarle el pelo a los de 8ºA -confesó Iván-. Y le pido perdón por ser responsable de la guerra de agua.

-¡Pero si no fuiste tú! -dijo Ester-. Fue ese canalla de Hurtado, que te provocó y yo no tenía que haberle hecho caso.

-No, la culpa es de todos -dijo Fernando-. No debimos haberles hecho caso, y nos sentaron muy mal sus impertinencias. Por eso venimos a pedirle perdón.

-...y a suplicar que os levante el castigo, ¿no? -completó don José-. Bueno, ¿tenéis algo más que decir?

-Que en nombre de todos los «occidentales accidentados» -dijo Lorena-, perdón por habernos perdido en el bosque.

El director enarcó las cejas.

-¿«Occidentales accidentados»? -repitió.

-Nos llaman así desde que nos perdimos, el día de la excursión -aclaró Víctor-, porque nos ayudaron unos japoneses.

El director echó la cabeza atrás y soltó una sonora carcajada.

-Conque «occidentales accidentados», ¿eh? -rió.

Nos miramos unos a otros, esperanzados. ¡El director se reía!

-También le pedimos perdón por las bromas que le gastamos a la profesora de inglés a principios de curso -añadió Almudena-. Y por la guerra de tizas.

-Y yo le pido perdón por haber avisado a los de 7ºA para que nos ayudaran -colaboré yo.

-En resumen -dijo Fernando-, que sentimos mucho todas las gamberradas que hemos hecho desde que comenzó el curso. Y prometemos no volver a portarnos mal.

-¿Sabéis que sólo queda un mes para que termine el curso? -preguntó don José, con guasa-. Ahora venís a pedirme perdón, ¿no?

-Sólo lo haré una vez, don José -dijo Iván, muy serio.

Lo miramos, pasmados. ¿Qué se propondría hacer? Pronto lo supimos. Se arrodilló frente al director y le soltó:

-Por favor, le suplico en nombre de todo 8º C que nos levante el castigo y nos deje

ir a Granada, con los demás.

Todos lo imitamos. Vaya cuadro.

-Verá, es que he estado pensando -dijo «Huracán»-, y creo que es una canallada dejarnos sin el viaje de fin de curso, por muy mal que nos hayamos portado. Yo siempre había pensado que usted es una gran persona, y no un canalla. Y como dentro de un mes lo más seguro es que no nos volvamos a ver más, ¿le parece a usted bonito que me lleve a mi nuevo instituto una mala impresión del director del colegio en donde hice toda la E.G.B.?

Pareció que el director iba a soltar una carcajada, pero al final no lo hizo. Víctor y yo cruzamos una mirada, como diciendo: ¡Esta «Huracán»...!

-Sólo sé, Sandra -dijo don José-, que sea quien sea el director de tu nuevo instituto, va a tener bastantes problemas contigo.

-Yo voy a ir al mismo instituto que ella -anunció Iván.

-Y yo -dijo Alberto.

No me gustaría estar en el pellejo del director de ese instituto -gruñó don José-. Lo más seguro es que no os aguante por mucho tiempo. Anda, levantaos ya.

Lo hicimos.

-Por favor -suplicó Ana-, levántenos el castigo. Es que la mayoría de nosotros no nos vamos a ver más, y nos gustaría llevarnos un buen recuerdo.

-Pues haberlo pensado antes -dijo el mandamás-. Lo siento, pero mi decisión es inamovible. Y no insistáis -añadió cuando comenzamos a protestar-. Anda, marchaos ya, que tengo mucho trabajo.

-Don José, ¿no hay alguna manera de que nos perdone? -preguntó Lorena.

-Sí, puede que haya una.

A todos se nos alegró la cara.

-¿De verdad? -dijo Almudena, muy contenta-. ¿Y cuál es?

-¡Haremos lo que sea, de verdad! -añadió Quique.

-Tenéis que descubrirla vosotros -dijo don José.

Y, a pesar de nuestras protestas, no dijo nada más.

Cuando salimos del despacho y volvimos a clase, lo primero que hizo Iván fue darle una patada a una silla, enfadado.

-Me da rabia cuando se pone tan enigmático -gruñó cogiendo su cartera-. ¿Qué más le daba decírnoslo?

-¿Cómo vamos a descubrir lo que quiere en dos semanas? -dijo Dena, preocupada-

. Si queremos ir al viaje, tenemos que haber convencido al director por lo menos una semana antes.

-Creo que ya sé qué es -dijo Alberto-. Tenemos que portarnos como angelitos hasta que acabe el curso. Si no hemos armado ningún lío para entonces, nos perdonará.

-¿Tú crees? -pregunté Ester, dudosa-. A mí me parece que no es eso.

-Tendremos que encontrar alguna manera de convencer al viejo -murmuró Iván.

Ester lo miró de arriba a abajo.

-Nunca hubiera pensado que un individuo como tú pudiera hacer algo como lo que has hecho hoy en el despacho -comentó.

-¿El qué?

-¡Te has arrodillado frente al dire, Borrás! ¡Quién lo hubiera dicho!

Iván gruñó algo que sonó como su acostumbrado «¡Cierra el pico, pelirroja!». Salimos de la clase. Ya no quedaba casi nadie en el colegio, pero sabíamos que el resto de los chicos y chicas de nuestra clase nos estaban esperando en el porche. Cuando llegamos con ellos se abalanzaron sobre nosotros, ávidos de noticias. Les contamos en pocas palabras lo que había sucedido.

Josema puso cara de preocupación.

-Decididamente, esta vez se ha salido de sus casillas -comentó-. Lo veo negro, muy negro.

Veintiocho pares de ojos se fijaron en él con aire de reproche, y se apresuró a aclarar:

-Vale, vale, retiro lo dicho. Hay que ser optimistas, ¿no?

Pero su tono de voz delataba que él no lo era en absoluto. Y no era el único.

-Me parece que sólo nos queda esperar -resumió Fernando los pensamientos de todos-, y ver qué pasa. A lo mejor tenemos suerte.

-Lo malo es que los plastas de 8º A nos estarán tomando el pelo hasta que se vayan a Granada -suspiró Raúl-, y hasta es probable que nos manden una postal desde allí, para fastidiarnos.

-Y ya me imagino lo que dirá esa postal -dijo Esteban-. Algo así como : «¿Qué tal las cosas allí en el norte? ¡A aguantarse tocan, chavales!».

-¡Nada, chicos, resignación! -concluyó Fernando-. Sólo nos queda portarnos bien y esperar que el director se apiade de nosotros.

-Una cosa -dijo Luis-. No se os ocurra hacerles caso a los de A. Si se ríen, que se ríen. Como si no nos importara el hecho de quedarnos aquí. Eso los desconcertará.



-Bueno -aceptó Iván sin mucho entusiasmo-, pero no sé por cuánto tiempo soportaré a Javier Hurtado.

-¿Y por qué no organizamos el partido de revancha para el próximo sábado? - sugirió Raúl, en un momento de inspiración.

¡Era una idea fantástica!

## Capítulo XII: La revancha

-¿Creéis que Álvaro todavía estará en el gimnasio? -preguntó Josema.

-A veces se queda hasta las siete -dijo Raúl.

-Entonces, vamos a ver si aún está aquí -propuso Fernando.

Nos dirigimos en tropel al gimnasio. Efectivamente, Álvaro seguía en el gimnasio. Estaba hinchando balones.

-Álvaro, nos gustaría saber si podemos hacer el partido de fútbol de revancha contra 8ºA el próximo sábado.

Álvaro dejó la bomba y nos miró.

-¿No tenéis ya la cancha?

-Total, para lo que queda de curso... además, es una cuestión de honor.

-¿Y qué dicen los de 8ºA?

-La verdad es que no se lo hemos preguntado aún.

-Pues hacedlo, y mañana veremos.

Al día siguiente, en el recreo, me acerqué a Fernando.

-Oye -le dije-, ¿les has preguntado ya a los de A lo del partido?

-No he tenido ocasión, pero mira, por ahí va Carlos Parra. Ven conmigo, vamos a decírselo.

Nos acercamos al delegado de 8ºA.

-Oye, Carlos -lo llamó Fernando-, me gustaría proponerte algo.

-¿El qué?

-¿Te acuerdas del partido que jugamos a principios de curso por la cancha de fútbol?

-Sí, ¿por qué?

-Es que nos gustaría jugar la revancha.

-¡Pero si ya tenéis el campo!

-Ahora no es por el campo, sino para saldar nuestras diferencias. Como queda tan poco para que termine el curso... Bueno, ¿cómo lo ves?

-Bueno. ¿Cuándo queréis jugar?

-Este sábado a las diez, aquí. Como la última vez. Pero aún no lo sabemos, tenemos que decirle a Álvaro si vosotros estáis dispuestos a jugar.

-No sé si podrán venir todos. Miralles, a la una ven a mi clase y te lo diré, ¿de acuerdo? Tengo que consultarlo con los demás.

-Como quieras.

Aquella misma tarde se confirmó que el partido de revancha sería aquel sábado. Nadie quería perderselo, y nosotros hacíamos planes. Estábamos tan ilusionados con la posibilidad de despedirnos con una victoria sobre 8ºA que nos olvidamos un poco de la faena que nos había hecho el director.

El viernes por la tarde me quedé patidifuso cuando vi a Lorena salir del despacho del causante de nuestra desgracia.

-¿Qué le has dicho? -interrogué.

-Le he pedido que venga a ver el partido de mañana.

-¿¡¡Qué!!? ¿Estás loca, Lorena?

-No. Puede que sea una buena oportunidad para que nos perdone. A él le gusta mucho el fútbol.

No se me ocurrió preguntarle cómo lo sabía. Sólo acerté a preguntar si los demás estaban enterados de que el mandamás vendría a ver el partido.

-No, no saben nada -dijo Lorena-. Y preferiría que no lo supieran. Podrían echarme la bronca por habérselo sugerido. No digas nada, por favor.

-Está bien. ¿Vendrás mañana a ver el partido?

-Claro, ¿cómo iba a perdermelo?

Tenía razón. ¿Quién se lo perdería?

La noticia de nuestro próximo encuentro corrió como un reguero de pólvora por todo el colegio. Y levantó tanta expectación como un derby entre el Real Madrid y el Barca... aunque a nivel escolar, naturalmente. Todos los que podían venir afirmaban que vendrían, y por todo el colegio se hacían apuestas sobre quién sería el vencedor. ¿El flamante ganador del primer partido, 8º A? ¿O acaso nosotros, 8º C, sedientos de venganza por el asunto «viaje de fin de curso»? La emoción estaba asegurada, y don Andrés y don Jesús (profesor de lengua y tutor de 8ºA) habían dicho que vendrían.

Y por fin llegó el gran día. Teníamos que ganar, a toda costa. Ya estaba bien de que 8ºA siempre saliese airoso de los problemas en que ellos mismos nos metían y, por el contrario, siempre tuviéramos que ser nosotros quienes pagásemos los platos rotos.

Cuando Paula y yo llegamos al colegio nos quedamos pasmados. ¡Si estaba medio colegio allí! Los hinchas de 8ºA se habían colocado a un lado de la cancha, y los nuestros al otro.

-¡Qué barbaridad! -comenté-. No sabía que iban a venir tantos.

Alex se acercó a nosotros.

-¿Habéis visto cuánta gente? No sabía que fuéramos tan famosos.

-La verdad es que todo el colegio conoce vuestras andanzas -replicó Paula-. No es ninguna novedad.

-¿Ha llegado ya Álvaro? -pregunté, mirando a todos lados.

-Sí, míralo, por ahí viene -me indicó Alex.

Álvaro se plantó en mitad de la cancha e hizo sonar el silbato tan fuerte que por poco nos deja sordos. Nos arremolinamos en torno a él.

-Bueno, chavales -dijo-, dentro de diez minutos empieza el partido. Decid a los hinchas que despejen la cancha, organizad la alineación y todas esas cosas.

-¿Habrá premio para el ganador? -preguntó alguien con guasa.

Álvaro supo salir airoso de la situación.

-Aquí lo importante es participar -declaró-, así que el que gane no tiene por qué ser más que el que pierda.

-Mira tú, qué bien ha quedado -comentó Víctor.

Diez minutos más tarde todo estaba preparado y el partido comenzó.

El ambiente era estupendo. Una gran pancarta confeccionada por 7ºA y las chicas de nuestra clase ocupaba casi todo el lado izquierdo del campo, y decía: «8ºC CAMPEÓN, 8ºA SEGUNDÓN». Toda la banda derecha estaba llena de carteles similares, pero más pequeños y animando a 8ºA, naturalmente. Se había instalado incluso un banco para los profesores, que se llamaba «el palco de honor».

En suma, prometía ser un encuentro fantástico, porque el ambiente que se respiraba nos había animado a todos.

Mientras 8ºA tenía a Hurtado como capitán, nosotros nos habíamos abstenido de nombrar uno. Lo habíamos pensado pero, enseguida, surgieron las dudas. ¿Iván Borrás, Fernando Miralles o Raúl Fernández? ¿O tal vez el portero...? Iván era el mayor, el más decidido. Fernando era el cerebro del equipo. Raúl era el goleador. Y Alex era el que estaba quieto y podía dedicarse a dar órdenes. Al final renunciamos. ¿Para qué queríamos un capitán? ¡Formábamos un equipo!

-¡Tonterías! -había dicho Alex-. ¡Somos una cooperativa, aquí no manda nadie!

Pero volvamos al partido. Comenzó atacando 8ºA, pero Quique recuperó el balón. Se dirigía a la portería por la banda lateral cuando ocurrió el desastre: se dejó la pelota atrás. Y uno del equipo blanco (o sea, 8ºA) se la quitó. Le pasó a Estrada, que tiró a puerta... Josema despejó, bastante zarrapastrosamente, el balón le llegó a Hurtado como llovido del cielo (¡vaya regalo!), y éste no perdonó. Alex se había quedado clavado en el

sitio.

Los hinchas de nuestro equipo también. Era alucinante el gol que habíamos encajado. Fallo del centrocampista, fallo del defensa en el despeje, fallo del portero, que hace la estatua...

«Huracán», desde la banda, nos recriminó:

-¡Vaya gol! Casi un autogol, hatajo de vagos. ¡Hala, a moverse, que a este paso aún nos clavarán seis o siete más! ¡Menuda defensa!

Si las miradas mataran, «Huracán» habría caído muerta al suelo.

Pero tenía razón. Nadie supo cómo, pero el caso es que nos cascaron tres goles más. Y así estábamos cuando acabó el primer tiempo: cuatro a cero. Los hinchas de 8º A nos abucheaban:

-¡Qué malos! ¡No pueden ni con las botas!

Y los nuestros, no digamos.

-¡Tenéis una afición que no os la merecéis! -declaró Christian Martínez, de 7º A-. ¡A ver si alguna vez ganáis, para variar!

-Calla, mico -rugió Iván, de mal humor-. Estamos jugando de pena.

-No hace falta que lo jures, Borrás -se burló Ester-. Sobre todo tú.

-Mira, pelirroja, o cierras el pico o...

-Vale ya -cortó David, fastidiado-. Ahora en serio, haced caso al míster.

-¡Mira éste! -exclamó Alberto-. ¡El todopoderoso entrenador!

-Me parece que no es ésa la manera de calmar los nervios, chicos -dijo una voz.

Nos volvimos. ¡Era el dire!

-Es que ellos están jugando mejor -dijo Fernando-. Además, Álvaro está claramente de su parte.

-A mí me parece que está haciendo un arbitraje justo -observó don José.

-Si no se trata del arbitraje -explicó Antonio-. No hay problema en ese aspecto. ¡Pero mire usted dónde está ahora!

Antonio y Fernando tenían razón. Álvaro estaba con los de 8º A, dándoles consejos acerca de cómo debían jugar.

-Somos unos pobres desgraciados -se lamentó Rafa-. ¿Es que estamos condenados a quedar siempre en todo en segundo lugar, detrás de 8ºA?

-Y eso que nos van ganando cuatro a cero -refunfuñó Quique.

-Sí, al menos podía ser un poco más considerado -admitió Alberto.

-¿No tenéis entrenador? -inquirió el mandamás.

-Ése. -Inma señaló a David con cara de tedio.

-Oye, ¿qué insinúas? -se defendió el aludido, ofendido.

-Bueno, escuchad.

Y el director se sentó a horcajadas en el banquillo y comenzó a hablarnos sobre nuestra forma de jugar. Poco a poco fuimos recuperando la confianza en nosotros mismos. Porque es que oírlo (recordemos que era el serio y rígido director del colegio) era como para levantarle la moral a cualquiera:

---¡Pero es que no pasáis el balón. qué caramba! Ahora, en el segundo tiempo, a ver si hacéis más jugadas de equipo. ¡Hay que freírlos! ¡Vamos a darles una paliza, qué caray! ¡Si somos los mejores! ¡Si 8ºA jugando al fútbol no es más que una pandilla de «arrastraos»!

-Señor director, la deportividad... -se atrevía a insinuarle uno.

-¡Qué deportividad ni qué ocho cuartos! ¡Hay que ganar! Luego se le da la mano al perdedor y ya está.

-Es que son cuatro goles... -empezaba otro.

-¡Aunque fueran veinte! ¡Pues se remontan y punto! ¡A ver, esos delanteros! ¡Fernández, Borrás y Noguera! ¿Tan pequeña es la portería que os cuesta tanto meter el balón dentro? ¡Venga, por Dios!

Y así durante todo el descanso. Terminó diciendo:

-¡Venga, equipo, que vamos a ganar! ¡Ánimo!

Con un míster como ése, ¿quién no recobra la confianza? Nuestros hinchas no se mondaban de risa por educación, pero poco les faltaba.

-¡Vidal, marca a Parra! ¡Corta ese envío, Muñoz! ¡Animo, Zaragoza, sube al ataque! ¡No, hombre, no! ¡Miralles, a tu sitio!

La verdad es que se le oía más a él que a los hinchas. Y así, en quince minutos ya íbamos cuatro a dos.

-¡¡Venga, Noguera, tira!!

Cuatro a tres.

-¡Eso es córner! ¡Arbitro, que estás ciego!

Álvaro miró pasmado a don José.

-Bueno, si usted lo dice... -tartamudeó.

-¡Uuuuhh, fuera! -protestaron los hinchas de 8ºA-. ¡Arbitro comprado, pito regalado!

-¡Ha sido saque de puerta! -saltó don Jesús, tutor de 8ºA-. ¡Yo lo he visto!

-Pero usted no es el árbitro -cortó don Andrés-. Es córner para 8º C, que no ve usted bien!

-¡Y un cuerno! -protestó don Javier-. ¡Yo lo he visto! Peña no ha tocado el balón, el tiro de Fernández se ha ido fuera directamente.

-Haya paz, señores -intervino don Alfredo, muy dignamente-. Para mí que es córner. A ver, Peña, ¿has tocado el balón?

-¡Venga, confiesa, o habrá pelea! -le urgió Iván a Juanvi Peña-. Que a este paso, el alto mando va a empezar a zurrarse.

-Álvaro, yo he desviado el balón con el pie -dijo (por fin) Juanvi.

-¡Ajá! -saltó don Andrés-. ¿Qué les dije?

-Bueno, un error lo puede tener cualquiera, ¿no? -se defendió don Jesús. -¡A ver cómo sacas ese córner, Vidal!-gritaba don José-. ¡Todos al área!

Quique centró como pudo. El balón le llegó a Raúl. Inmediatamente se encontró con Julio Soler encima, que le hizo falta.

-¡¡¡Penalti!!! -rugió nuestra afición, con don Andrés y don José a la cabeza.

-¡¡Eso de penalti nada!! -chillaron los hinchas blancos, don Jesús y don Javier los primeros.

Y entonces, con gran parsimonia, Álvaro se quitó el silbato y, plantándose frente a los profesores del «palco de honor», les dijo:

-Miren, puesto que saben tanto de fútbol, háganme el favor de arbitrar ustedes. Yo ya he tenido bastante por hoy.

Depositó el silbato en la mano del pasmado don Alfredo, dio media vuelta y se marchó. Todos nos quedamos quietos en el sitio, estupefactos.

-Era penalti -me comentó Soler.

Lo miré, patidifuso.

-¿Qué dices?

-Que le he hecho penalti a Raúl Fernández.

-¿Estás seguro?

-¿No voy a estarlo? Le he dado una patada en el tobillo, no se ha caído por casualidad.

-Entonces, ¿qué hacemos?

-¡Pues lanzar el penalti!

-¿Sin árbitro?

-Deja de hacer preguntas estúpidas, Zaragoza. En los partidos que jugamos en los

recreos no hay nadie que haga de árbitro, ¿no? Pues aquí lo mismo. ¡Eh, chicos! Vamos a lanzar el penalti. A ver si lo paras, Juan.

-¿Un pe... penalti? -repitió Juan Herrera, el guardameta de 8ºA-. ¿Qué estás diciendo, Julio?

-Le he dado una patada a Fernández.

-¡Luego lo reconoces! -saltó Raúl.

-Tú dedícate a lanzar el penalti y calla -atajó Fernando.

Mientras, los hinchas seguían pasmados. ¡Ahora resultaba que había penalti! ¿Y quién lo había dicho ¿Por qué no protestaba 8ºA? Hasta don José se había quedado mudo de estupor. Pero nosotros seguíamos por nuestra cuenta.

Raúl iba a lanzar el penalti.

-¡Venga, el gol del empate! -lo animó Vicky.

Raúl se volvió hacia ella y le sonrió. Iván le dio un empujón.

-Vamos, espabila. Ya le dirás lo que sea más tarde.

Raúl lanzó. Herrera desvió el tiro con el pie, que me llegó a mí como un regalo venido del cielo. Con el guardameta por los suelos, la portería delante y el balón entre los pies, ¿quién no marcaría?

-¡Gooooool!!! -vociferó don José.

Nosotros nos alegramos, claro, pero no había para tanto.

Javi Hurtado nos miraba divertido. Iván se encogió de hombros.

-¡Estos adultos...! -fue lo único que dijo.

El partido continuó. Estábamos empatados a cuatro, sin árbitro.

-¡Quedan cinco minutos! -vociferó Víctor, señalando el reloj.

8º A atacaba. Soler llevaba el balón. Le entré, y le di en pleno tobillo.

-Lo siento -dije-, es falta.

-Ya -gruñó Julio.

Se sacó la falta. Pero luego Fernando recuperó el balón, y se lo pasó a Antonio, Antonio a Quique, Quique a mí, yo a César, César a Iván, Iván centró a Raúl, que chutó y... ¡gol!

-¡¡¡Gooooool!!! -voceó el director.

-¡Estos adultos! -suspiró Javi Hurtado.

Iván rió de buena gana. El partido se reanudó. Víctor me enseñó el reloj.

-Ya pasan cinco minutos -dijo-. A ver quién les dice a los de 8º A que ya se ha acabado el partido. Como van perdiendo...



-¡¡Se acabó!! -gritó entonces Carlos Parra, caminando hacia el centro del campo y moviendo los brazos como si fueran aspas de molino-. ¡El partido ha terminado! ¡Vencedor, 8º C, por cinco goles a cuatro!

Víctor y yo nos miramos.

Mira tú, estoy empezando a pensar que los de 8º A no son tan brutos como parecían -comentó él.

-¡Chócala, Hurtado! -dijo Iván, de buen humor.

-¡¡Me lo he pasado en grande!! -anunció Juan Antonio Estrada a grito pelado-. ¿Cuándo lo repetimos?

Alex había cruzado toda la cancha para felicitar a Juan Herrera por haber parado el penalti... aunque luego fuera gol.

-¡Las paces! -chilló entonces «Huracán»-. ¡Las chicas de 8º C queremos hacer las paces con 8º A!

-¡Eso, eso! -corearon las chicas de 8º A-. ¡Que ha sido un gran partido!

Y aquello se convirtió en una especie de confesionario al aire libre.

-Perdona lo de las hormigas, Elisa -dijo Silvia-. ¿Amigas?

-¡Amigas! -ratificó Elisa, y se dieron la mano ceremoniosamente.

-Siento haberte insultado, Sandra -decía Elena Soria a «Huracán»-. Y haberme metido tanto contigo.

-Da igual. ¡Y llámame «Huracán»! Todos me llaman así.

-Oye, Soler, creo que me he pasado un poco contigo -me disculpé ante Julio-. ¿Te picaste mucho?

-Demasiado, pero no importa. Yo fui quien empezó.

-Creo que te debo una disculpa -le decía Javier Hurtado a Iván.

-Una no, varias -puntualizó éste-. Pero, como soy tan generoso, te perdono. Y, como para sellar nuestra tregua, Fernando y Carlos se dieron la mano en el centro de la cancha. Todos los alabamos, mostrando nuestra aprobación.

¡Y mientras, los profesores, en un grupito discutían acerca de si fue penalti o no! Nos acercamos a ellos.

-Hem -carraspeó Juanvi Peña-. Me parece que el partido ya ha terminado, señores. Todos enmudecieron y se volvieron hacia él.

-Ha ganado 82C -terminó Juanvi-, por cinco a cuatro.

-¡Bien por mis chicos! -aulló el director.

-¿«Sus» chicos? -repitió don Andrés.

-¿Quién pitó el penalti? -quiso saber don Alfredo.

-Nosotros -dijo Carlos Parra-. Julio le había dado un puntapié a Fernández, y lo dijo.

-Hemos hecho las paces por fin -anunció Fernando.

-Me parece, señores -dijo entonces Álvaro, apareciendo de no se sabe dónde-, que estos chicos nos han dado a todos una lección de deportividad.

Y todos los profesores bajaron la cabeza, avergonzados.

-¡Pero si hemos hecho las paces! -dijo entonces Lorena, cogiendo del brazo a don José-. ¿No era eso lo que querías?

La miré con los ojos muy abiertos. ¿A qué venían esas confianzas?

-Ah, Óscar -dijo el director-. Me parece que no lo sabéis aún. Lorena es mi sobrina. No se dijo nada hasta ahora porque ella no quería. Podía haberse hablado de favoritismos, o enchufe, como decís vosotros. Ella sabía qué era lo que yo quería que hicierais para levantaros el castigo.

Mientras los demás miraban a don José con interés, esperando que lo dijera, yo le lancé a Lorena una mirada como diciendo: «¿Ni siquiera a mí me lo dijiste?». Ella, por toda respuesta, me guiñó un ojo, pícaramente.

-Y lo que quería que hicierais -prosiguió don José-, ya lo habéis hecho: que os reconciliarais con 8ºA. Así que... ¡Preparad las maletas, 8º C, que venís a Granada!

### **Capítulo XIII: Viaje de fin de curso**

Podéis imaginaros lo que pasó entonces. Hubo una gran revolución, una auténtica explosión de alegría, e incluso los de 8ºA lo celebraron. Estábamos tan contentos que olvidamos el cansancio, y quisimos llevar al director en hombros. Al principio se negó en redondo, pero luego se dejó y lo paseamos por todo el colegio. ;Era un día grande!

Y un auténtico día de sorpresas. Lorena, la sobrina de don José; los de 8º A, nuestros enemigos de toda la vida, ahora reconciliados con nosotros; el partido, remontado de 4-0 a 4-5; la otra cara del serio mandamás; y, sobre todo, la noticia de que por fin habíamos conseguido ablandarle e iríamos al viaje de fin de curso.

Mientras volvíamos a casa, Paula comentó:

-Por fin os habéis salido con la vuestra. Es increíble, siempre hacéis lo que os da la gana.

-Cuando volvamos del viaje de fin de curso se acabará la pesadilla de don José -dijo Alex.

-No creo -contradijo Paula-. El año que viene nos toca a nosotros.

-¡Es verdad! -exclamé-. Pobre director. Este año 8ºC, y el año que viene 7ºA, con Christian Martínez y Paula Zaragoza a la cabeza.

-Te olvidas de Jorge Casado, Salva Colomer y Nacho Tudela. Son los más gamberros de la clase.

-A éstos no los conocía. Yo creía que Martínez era el más bruto. Pero tened cuidado, porque el director os amenazará el año que viene con dejaros sin viaje de fin de curso. Y entonces sí que estaréis atados de pies y manos. Nosotros nos hemos librado del castigo por los pelos.

-Bah, no importa -bromeó Paula-. Si llegara el caso, organizaremos un partido de fútbol contra 7º B y asunto liquidado.

-Hoy ha sido un día estupendo -dijo Lorena-. Además de que habéis ganado, hemos hecho las paces con 8º A y nos han levantado el castigo.

La miré de arriba a abajo.

-Mira ésta, lo callado que se lo tenía -comenté-. Conque sobrina del director, ¿eh? ¡Enchufada!

Lorena rió de buena gana.

-Ahora que lo pienso -dijo de pronto Víctor-, hace tiempo que dejaste de ir con Inma Segarra. ¿Es que ya no sois amigas?

-Sí lo somos, pero nos hemos distanciado un poco. Ella dice que he cambiado. Y es verdad, he cambiado un poco desde que voy con vosotros. Pero es que no me gustaba ir siempre con Raúl y Josema, porque son unos plomos. Además, a Josema no le caigo bien. En realidad, Josema e Inma son muy parecidos. Soy yo la que es diferente.

-Pero... ¿por qué ibas siempre con Raúl y Josema?

-Mira el «enterao» -dije yo-. ¿Es que eres el único burro en la clase que no sabe que Inma anda detrás de Josema?

-No exageres, Óscar -protestó Lorena-. Eso es algo que ni siquiera sé yo. Inma nunca hablaba de ello. A lo mejor estamos divagando y sólo son buenos amigos. Pero, de cualquier manera, yo a Josema no le caigo bien.

-Bueno, no tendrás necesidad de verlo después del viaje de fin de curso -observó Ana-. A propósito, ¿a qué instituto vas a ir?

-A ninguno. Me van a meter en un colegio privado.

-¿¡Un colegio privado!?

-Tampoco hay para tanto -dijo Paula-. No es tan terrible. Tienes menos libertad, pero eso es todo. ¿Es mixto?

-No, es femenino, y se lleva uniforme.

-¡Puaj! -soltó Alex.

-Exagerado -protestó Ana-. Vaya ánimos que le das. No le hagas caso a este payaso, Lorena.

-No creáis, lo llevo bastante bien -dijo Lorena-. Al menos no esté lejos de mi casa, y supongo que nos seguiremos viendo en vacaciones, los fines de semana...

-Claro -corté yo-. Pero ya no será lo mismo, ¿no os parece? Si no estamos todos juntos en una misma clase, acabaremos por distanciarnos.

-Aprovechemos bien el viaje de fin de curso, entonces -dije Víctor. Todos estábamos de acuerdo.

Y así, por fin llegó el gran día. Nos subimos todos en los autobuses y enfilamos hacia el sur. El viaje fue largo y cansado. Granada estaba muy lejos. Exactamente a 594 kilómetros de Teruel. Cuando llegamos ya era de noche, porque el conductor había tenido no sé qué problemas con el autobús a la altura de Alicante, y nos entretuvimos más de media hora.

Casi no recuerdo nada de la parte final del viaje. Estaba hecho polvo y medio muerto de sueño y sólo tengo vagos recuerdos de la llegada a Granada, cuando entramos en el albergue, cargados con los trastos. Pero sí me acuerdo de cuando nos tocó agruparnos

para las habitaciones. Entonces me despejé del todo. Eran habitaciones de cinco personas cada una. Yo estaba con Alex, Víctor, Quique e Iván en la número 23. Como no éramos exactamente divisibles por cinco, hubo tres grupos de tres (dos de chicos y uno de chicas) que se completaron con gente de 8ºA y 8ºB.

Cuando se acalló el jaleo que había provocado la instalación, los profesores fueron pasando por las habitaciones.

-Ni una mosca -nos advirtió don Andrés-. Podéis hablar si queréis, pero en voz no muy fuerte. ¡Ah! Y nada de pasarse de una habitación a otra.

-¡Pues vaya aburrimiento! -se quejó Iván.

-Es que todos los profesores estamos cansados del viaje -explicó don Andrés-, y queremos dormir. Ya sé que vosotros tenéis mucha vitalidad, pero pensad un poco en los demás. Esta noche no quiero follón. Mañana se suavizarán un poco las normas, pero de momento ya sabéis. ¡Ah! Y apagad la luz ya.

-¿Ya? -protestamos.

-¡¡Ya!! Que son las doce y media de la noche. Mañana podréis quedaros hasta más tarde, pero, de momento, a dormir y a callar.

Cerró la puerta con un portazo. Nosotros nos metimos en las camas (dos literas dobles y una cama normal) y apagamos la luz.

-Escuchad -dijo Iván-. yo quiero juerga. ¿Qué tal si cuando se despeje el panorama vamos a hacerles una visita a los de la 22?

-No sé -murmuró Víctor, soñoliento-. No creo que aguante hasta que se acuesten todos los profesores.

-¿Quiénes están en la 22? -preguntó Alex, interesado.

-Alberto, César, Esteban y otros dos de 8ºA.

-Puede ser divertido -dijo Quique dando un bote en su litera-. Yo me apunto. ¿Y tú, Óscar?

-Bueno. Pero como vayamos a la 22 y estén todos durmiendo, no va a ser nada divertido.

-Yo quiero dormir -dijo Víctor-. Pero, puesto que vais a ir todos, mejor voy con vosotros también.

-¡Estupendo! -dijo Alex-. Así...

-¡¡A callar todo el mundo!! -rugió don Alfredo, abriendo la puerta-. ¡Hidalgo, tenías que ser tú! ¡Silencio absoluto!

Y cerró la puerta de nuevo. Cuando el ruido de sus zapatos se apagó, Alex gruñó

:

-¿Por qué tenía que venir él? ¡Nos ha aguado la fiesta!

-Porque es el tutor de 8º B, Alex -bostezó Víctor-. Lo extraño sería que no estuviera aquí.

-¿Sabéis? -murmuró Iván-. Sería divertido ir al cuarto de «Huracán», Ester y todas éstas. Están tan chifladas que seguro que acabaríamos zurrándonos en una guerra de almohadas.

-Sí, sobre todo tú te zurrarías con Ester -replicó Quique-. Os pasaríais toda la noche discutiendo. ¡Caramba! Qué sueño que tengo.

-Despertadme cuando os vayáis -susurré yo-. Porque seguro que ya me habré dormido.

-¡Silencio! Viene alguien.

Quedamos callados.

Y creo que me dormí. Recuerdo que mucho más tarde se abrió la puerta, y recuerdo la voz burlona de «Huracán» diciendo:

-Qué rollo, éstos están dormidos...

La puerta se cerró, y al día siguiente tuve serias dificultades para recordar si fue un sueño o fue real.

El caso es que cuando nos despertamos ya era de día. O quizá sería más correcto decir que «nos despertaron». Se oyeron unos golpes en la puerta y la voz de Álvaro gritando:

-¡Arriba, gandules! ¡Hoy vamos a hacer muchas cosas!

Me incorporé un poco. Tardé en darme cuenta de que no estaba en Teruel, pero Alex aún tardó más que yo. Porque nos despertó del todo un batacazo monumental y un sonoro taco lanzado por él.

-¡Demonios! -protestó luego-. ¡Olvidé que dormía en una litera superior!

-Espera a que se lo cuente a Paula cuando volvamos, Alex -reí-. Se va a carcajear de lo lindo.

-¿No ha sido Álvaro el que ha llamado a la puerta? -preguntó Iván, emergiendo de debajo de las sábanas con el pelo alborotado.

-Sí -confirmó Quique.

-Anoche me dormí. ¿Por qué no me despertasteis?

-Por la sencilla razón de que también nosotros nos quedamos como troncos. Eh, el dormilón de Víctor aún está roque.

Le despertamos a tirón limpio.

-¡¡Quinto, levanta, tira de la manta!! -cantó Alex a grito pelado. Se oyeron unos golpes en la pared y la inconfundible voz de Esteban Reyna:

-¡Eh, los de la 23! ¡Un poco de seriedad!

Y sin más incidentes nos vestimos y bajamos a desayunar. Mientras lo hacíamos, don Jesús se plantó frente a nosotros y dijo:

-Como ya sois mayorcitos y esto es un viaje de fin de curso, vamos a dejaros absoluta libertad para visitar la ciudad los cinco días, excepto pasado mañana, que iremos todos juntos de excursión a Sierra Nevada.

-¡Más monte no! -se quejó Ester-. ¡Que con lo de la última excursión ya he tenido bastante!

La carcajada fue general.

-¿Qué tal si vamos hoy a visitar la zona de la catedral? -dijo «Huracán» más tarde, con la nariz metida en una guía turística sobre Granada.

Y eso hicimos. No todos vinieron con nosotros. Los había que preferían ir a ver la Alhambra en primer lugar. Y nosotros, tras visitar la catedral, nos metimos en la Capilla Real.

-¿Qué hay que ver aquí? -le preguntó Iván a Ester, que leía la guía de «Huracán», antes de entrar.

-Qué burro eres -comentó Ester sin dignarse a levantar la vista-. Ahí dentro están las tumbas de los Reyes Católicos.

Cuando estuvimos dentro, bajamos por una estrecha escalera para ver los ataúdes, que estaban en una cámara subterránea.

-¿Y ese ataúd tan pequeño? -preguntó Inma, señalando un tercero.

-Ese es de un hijo de Isabel y Fernando -explicó Ana, que, como de costumbre, todo parecía saberlo-, que murió de niño.

-Vámonos de aquí -dijo Lorena-. No me gusta estar bajo tierra.

Subimos de nuevo. Después de ver las tumbas otra vez y admirar los objetos expuestos por allí, salimos de nuevo al aire libre.

Pasamos el resto de la mañana dando vueltas por los alrededores de la catedral. Había muchos tenderetes con objetos morunos. A Lorena le encantaron los espejos.

-Son preciosos -comentó-. Lástima que me haya dejado el dinero en el albergue y no tenga un duro aquí.

Ahí tenía que aparecer el héroe.

-Yo te compraré uno -le dije.

Ella se había puesto colorada. Insistió en que lo dejara estar, pero yo sabía que quería un espejo, así que se lo compré, pensando: «¿Por qué será siempre tan tímida?»

Le pedí a Iván que me dejara la navaja, y grabé en el espejo por la parte de detrás: «RECUERDO DE GRANADA, Y DE ÓSCAR ZARAGOZA». Y se lo di.

-Gracias, Óscar -dijo ella.

-Si no te gusta lo de atrás cuélgalo en la pared y no se verá,-le dije.

La mañana transcurrió sin novedad.

Por la tarde, después de comer, visitamos el barrio de Sacromonte, con sus cuevas de gitanos y su abadía. Recuerdo que casi nos perdimos al intentar regresar al albergue, pero al final lo conseguimos.

Y aquella noche sí que hubo juerga. Lo pasamos en grande burlando a los profesores y pasando de una habitación a otra. Finalmente éstos se cansaron y nos dejaron hacer, y nos metimos todos en una habitación, donde pasamos toda la noche hablando y comiendo chucherías.

Y al día siguiente, aunque no podíamos con nuestra alma, fuimos a ver la Alhambra, el Generalife y la Alcazaba.

-Vaya chapuza que hicieron aquí -comentó Inma al ver el palacio de Carlos V-. Esta cosa circular desentona con el resto. Deberían haberlo construido en otra parte.

-Pero no lo hicieron -concluyó Fernando-, así que tira para adelante, y calla.

Recorrimos la Alhambra de arriba a abajo. El Patio de los Leones, la Torre de las Infantas, la Sala de las Dos Hermanas, la Alcazaba, el fresco y radiante Generalife... no nos cansábamos de dar vueltas y más vueltas, contemplando tanta maravilla.

El miércoles hicimos la excursión a Sierra Nevada, todo el 8º juntos. Fuimos en autobús y disfrutamos de un magnífico día campestre.

-¿Quién se viene a explo...?

-¡¡¡Nadie!!!

Y miramos con cara de mala uva a Alex.

-Vale, retiro lo dicho -refunfuñó él-, pero tampoco había para tanto.

-Aquí se está bien -dijo Ana-. No es como en Granada, donde hace un calor sofocante.

-¡Todos arriba! -dijo Álvaro-. Vamos a escalar.

Se oyeron gruñidos y protestas por todas partes.

-Pero qué vagos sois -comentó Álvaro-. Está bien, probaré de otra manera. ¡Al



que no se levante ahora mismo le cargo deporte para septiembre!

Un par de segundos después ya no quedaba nadie sentado o tumbado en muchos metros a la redonda.

Y por la noche estábamos hechos polvo.

-Menudo día -suspiró Iván mientras se quitaba las zapatillas, ya en la habitación del albergue-. No puedo ni con mi alma.

-Pues hoy va a haber juerga -dijo Quique-. Como pasado mañana nos vamos y mañana por la noche hay que dormir, supongo que hay que aprovechar ésta.

-Ya. Pero aún así me va a costar salir de la cama cuando no haya moros en la costa.

-¿Sabéis dónde podemos ir mañana? -dijo de pronto Víctor:- ¡A la piscina municipal!

-¡Buena idea, pardiez! -saltó Alex-. ¡Ya estaba harto de tanto calor!

-Me ha dicho don Andrés que por la noche nos iremos todos a cenar por ahí -informé yo-. Para despedirnos, o algo así. A un sitio que se llama «Las Canastas».

-«Los Canastos», Óscar, «Los Canastos» -me corrigió Quique.

-Bueno, eso.

Aquella noche fue un verdadero martirio para los sufridos profesores. Me acuerdo de que estábamos nosotros a las dos de la mañana en la habitación 25 cuando cundió la voz de alarma:

-¡Se acerca un profesor!

Algunos se escondieron bajo las camas. Alex y yo, de puro pánico, salimos pitando, y, como los baños estaban antes que nuestra habitación, nos colamos dentro.

El profesor que fuera, después de asomarse a la 25, entró en la nuestra, que estaba vacía. Luego entró en los baños y se puso a abrirlos uno en uno. Oíamos sus pasos y las puertas al abrirse y cerrarse. Alex me lanzó una mirada desesperada, que parecía decir: «¿Y si es don Alfredo, Óscar, con la manía que me tiene?». Yo no sabía qué hacer. El profesor se acercaba... se acercaba...

De pronto Alex se relajó e incluso sonrió. Yo no sabía a qué atenerme... cuando súbitamente se abrió la puerta, y solté un alarido.

-¡Os encontré!! -gritó Álvaro entonces, jovial.

Casi me da un infarto.

-Burro -sonrió Alex-. ¿Qué otro profesor lleva zapatillas de deporte?

-Tú lo sabías todo -protesté-. Sabías que era él.

-No me di cuenta al principio -se disculpó Alex-. Luego, por el ruido de sus

pisadas...

-Muy agudo, Sherlock.

-Y qué chillido has dado.

-Tú también estabas muerto de miedo -le espeté.

-Elemental, querido Watson.

-¿Puedo interrumpir vuestra interesante conversación para sugeriros que salgáis del wáter y os vayáis a vuestra habitación? -cortó Álvaro-. Después del berrido de Oscar, seguro que don Alfredo, «el terror del albergue», ya se ha despertado otra vez.

-¡Oh, no! -gemimos a la vez Alex y yo.

Cuando , al cabo de un rato, se despejó el ambiente, me di cuenta de una cosa, y miré a Alex.

-Embustero -le solté-. Te has inventado lo de las zapatillas. Fue para tomarme el pelo, lo teníais planeado desde el principio.

-¿Cómo lo sabes?

-Elemental, querido Watson. Ningún profesor lleva zapatillas de deporte a las dos de la madrugada. Álvaro iba en pijama y con zapatillas de andar por casa.

-Pero tardaste en darte cuenta, ¿eh? Antes de entrar en el barío miré hacia atrás, para ver quién era. Creíste que yo había adivinado que se trataba de Álvaro, ¿eh?

-Hummm -gruñí-. Y él te siguió el juego. Vaya tomadura de pelo.

Más tarde hubo otro incidente protagonizado por el inquieto profesor de educación física y deporte.

Sobre las tres y media volvió a entrar en la habitación, en la nuestra, donde estábamos todos reunidos.

-Venga, la comida -exigió Álvaro.

-¿Qué comida? -disimuló Iván, escondiendo un paquete de pipas tras su espalda.

-¿No tenéis comida? ¡Venga, dadme de comer o me moriré de hambre!

-Y es que la comida del albergue no era una maravilla precisamente.

-¡Conque vienes a comer! -saltó Ester-. ¡Serás carota!

-¿Y tú qué haces en una habitación de chicos!

-¡Pues comer!

-Vamos, dadme la comida u os la confiscaré.

-¡Abusón! -le abucheamos, y le hicimos un sitio es el círculo que habíamos formado sentados todos en el suelo.

-¿Saben los demás profes que estás aquí? -preguntó Lorena.

-¡Qué va! -respondió Álvaro, con la boca llena de galletas-. Me he escapado. Esos son unos señores muy aburridos. ¡Que un viaje de fin de curso es un viaje de fin de curso, qué caramba!

Aquella noche fue sensacional. Permanecimos despiertos hasta que amaneció, y lo pasamos en grande.

Por desgracia, el último día en Granada comenzó en cuanto salió el sol y sus primeros rayos iluminaron los tejados de la Alhambra...

#### **Capítulo XIV: Volveremos a vernos**

Pasamos toda la mañana en la piscina municipal, refrescándonos y huyendo del agobiante calor de Granada. Lo pasamos estupendamente. Y por la tarde nos entretuvimos visitando el resto de la ciudad. Conocimos a Ernesto, un chaval un poco menor que nosotros, que vivía allí en Granada, y nos hizo de guía, contándonos además muchísimas leyendas árabes sobre la ciudad.

A eso de las siete volvimos al albergue, subimos a las habitaciones, nos pusimos guapos y nos marchamos todos en autobús a «Los Canastos».

-Subíamos por una carretera interminable.

-¿¡Cuándo llegamos!?! -preguntó Iván a grito pelado desde el fondo del autobús.

-¡Habló Iván el Terrible! -se burló Ester-. Si esperas que te contesten los profesores, estás listo.

-Pero si es que estamos lejísimos de Granada. No imaginaba que el trayecto fuera tan largo. No hacemos más que subir, y subir...

-Es que «Los Canastos» está al pie de Sierra Nevada -informó Ana-. Por eso subimos. Pero es mejor, porque así no hará tanto calor.

Las predicciones de Ana se cumplieron. Junto a aquel restaurante-chiringuito discurría un río, y cuando anocheció incluso tuvimos frío.

Habían dispuesto tres filas de mesas, una para cada clase, y una más pequeña para los profesores. Ocupamos posiciones. La cena estaba deliciosa, lo pasamos en grande. Y luego, cuando terminamos, nos pusimos a hablar del curso que se acababa.

-La verdad es que ha sido un curso sensacional -dijo «Huracán»-, y me da pena que termine.

-A mí también -reconoció Incoa-. ¿Os acordáis de las bromas que le gastamos a la señorita Julia?

-Sí -dijo Alberto, riendo-. ¡Qué pinta tenía subida a la mesa, buscando una mancha inexistente!

-¡Y husmeando por todas partes en busca de la causa de aquel olor nauseabundo! -añadió Rafa.

-¿Y cuando salía de la clase a toda pastilla sujetándose la garganta? -recordó César-. ¡Eso sí que fue divertido!

-¡Qué risa! Y cuando hacía de mujer-anuncio con esa pintada en la espalda -dijo Tere.

-Anda que dando saltitos encima de la silla, rodeada de hamsters por todas partes...  
-rió Esteban.

-¡Una rata! -imitó Iván la voz de la señorita Julia-. ¡Socorro, una rata! ¡Ay, que me mata la rata! ¡Que me mata!

Todos reímos de buena gana. Seguimos recordando cosas hasta que ya no quedó nada por recordar. Entonces Ester propuso un juego: hacer parejas entre chicos y chicas, elegidas por mayoría. Así, a Quique lo pusieron con Silvia, a Alberto con Begoña, a Víctor con Ana... cuando le tocó a Santi, Sara, le señaló acusadoramente con el dedo y le preguntó:

-¡Tú! ¿Quién te gusta?

-¡Ah! -respondió el interpelado-. ¡Es top secret!

-Pues ahora mismo te adjudicamos pareja.

-Bueno...

En aquel momento Luis le decía algo a David al oído.

-¡Ajá! -dijo David-. ¡Me acabo de enterar de algo que no sabía! No sufras, seremos buenos. ¡Yo voto por Tere Ródenas para pareja ideal de Santi Martorell! Tere miró a Santi, que se estaba poniendo rojo por momentos.

-¡Luis! -saltó Santi-. ¡Chivato! ¿Quién te mandaba abrir la boca?

-Venga, hombre, que es el último día -se defendió Luis.

Tere no decía nada. Sólo miraba a Luis, a David y a Santi, muda como un pez. El juego siguió. Cuando le tocó a Iván, casi todos votamos por Ester.

-¡Ni hablar! -se rebeló la pelirroja-. ¡Sois unos sádicos! ¿Cómo se os ocurre ponerle por pareja al mayor burro que jamás pisó la Tierra!

Iván no quiso ser menos.

-¡Es verdad! -voceó-. ¡Me niego a que me cuelguen un romance con esa bruja!

-¡Bruja yo! ¡Pedazo de mula!

-Eh, que es un juego -trató de calmar los ánimos Almudena-. Sólo un juego. Este argumento logró tranquilizarlos.

A mí me tocó Lorena, y a Alex no hubo más remedio que adjudicarle a Paula como pareja ideal, aunque algunos protestaron que debía ser una chica de la clase.

Al cabo de un rato se acabaron las chicas y los chicos desparejados y, por tanto, se acabó el juego. Había durado lo suyo, pues también 8ºA y 8ºB habían participado. Aquel viaje nos había servido para conocerlos mucho mejor.

Entonces vi que Lorena estaba sentada en el bordillo de la carretera, vuelta hacia

el río, sola, y me acerqué a ella.

-Hola, pareja ideal -la saludé-. ¿Qué haces aquí tan sola?

Ella no se movió. Sólo dijo, con un suspiro:

-Pensar. Pensar que ya no volveremos al colegio.

-Pero no hay que tomárselo así.

-No, si no estoy triste. Es que me da un poco de pena. Y no sé si en mi nuevo colegio me voy a adaptar tan bien como en éste.

Nos quedamos callados un momento. Luego Lorena se volvió hacia mí y me dijo:

-Tú sí que te adaptas rápido en cualquier sitio, y te haces cargo de cualquier situación. Me gustaría saber hacerlo yo también.

-No es difícil -contesté-. Sólo hay que tener confianza en uno mismo.

-Eso es precisamente lo que me falta a mí, Oscar.

-Pues no lo entiendo. No tienes motivos para ser una chica acomplejada.

-Sí, pero...

-Nada de peros. Sabes que no estás sola. Hagas lo que hagas, tienes amigos que piensan en ti, y que nunca te olvidarán. En las cosas pequeñas de cada día está el verdadero valor. Si eres capaz de afrontar con decisión todas las pequeñas dificultades que te vengan en la vida, no puedes considerarte tímida y cobarde. Y yo creo que tú no eres cobarde, Lorena.

Lorena se quedó callada por unos minutos. Luego dijo:

-Nunca te había oído hablar así. ¿Por qué me dices todo esto?

-Pues... Porque...

«¡Valor, Óscar!», pensé. «¡Díselo! Es el momento ideal».

-Porque me parece que deberías ir más con la gente, integrarte en el grupo.

Eso no era lo que yo iba a decir. Pensé una cosa y me salió otra. «¡Otra vez será!», me dije a mí mismo. «Tengo aún toda la vida por delante».

-Es curioso que me digas esto el último día -comentó ella.

-Es que no va a ser el último día. Nos volveremos a ver, tu casa no está lejos de la mía. Y Ana, Víctor y Alex también viven cerca. Podríamos formar una pandilla, sabes, para ir juntos los fines de semana, y todo eso. Seríamos Víctor, Alex, Paula, Ana, tú y yo. Y a lo mejor Ester e Iván venían también.

-No es mala idea.

-Pero escucha, mejor será que volvamos con los demás. No tiene sentido que estemos aquí solos los dos.

Pero no decía lo que pensaba. Y me parecía que a ella tampoco le hacía mucha gracia que volviéramos con los demás. Pero lo hicimos.

Alex estaba contando chistes. Era único para eso.

-¿Sabéis cuál es el animal más aburrido de todos?

-La ostra -apuntaba uno.

-No, mucho más aburrido que una ostra. Tremendamente soso, aburrido y sin el menor sentido del humor

-Ni idea. Nadie lo sabía.

-¿No lo sabéis? Pues bien, es un individuo llamado don Alfredo, Alfie para los amigos... ¡ése es el animal más aburrido de todos!

Alex tenía una gracia especial, y aunque el chiste no era como para mondarse de risa, nos retorcíamos por los suelos, mientras él imitaba magistralmente al «animal».

Alguien le dio a Alex unos golpecitos en el hombro. Él se volvió... y se encontró con un don Alfredo con una cara de guardia civil que asustaba. El profesor de plástica le indicó que quería hablar con él, y ambos se alejaron. Los perdimos de vista.

-¡Pobrecillo! -se compadeció Sara-. ¡La bronca que le debe estar echando!

Víctor y Ana cruzaron una mirada preocupada, y yo sentí que Lorena me apretaba la mano con fuerza. Todos los demás se habían callado.

Poco después volvió Alex, sonriente, como si nada hubiera pasado.

-¿Qué te ha dicho? -preguntamos todos a la vez.

-¡Hemos firmado la tregua y fumado la pipa de la paz! -soltó el incorregible bromista.

-¿Quéééééé?

-Cuando estuvimos solos, yo me temía lo peor -explicó Alex-, pero de pronto empezó a reírse tanto que temí que se partiera por la mitad. Me dijo que mi imitación era muy buena, y que tenía toda la razón. Y nos hemos hecho amigos.

-¡Vaya, vaya! -dijo Alberto-. ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Cada vez que pienso en nuestra huelga de piernas cruzadas...! ¿No podíais haber hecho eso el primer día?

Volvimos al albergue sobre las tres de la mañana. La velada había resultado estupenda.

Y aquella noche no hubo juerga. Al día siguiente teníamos que madrugar, pues habla un largo viaje por delante. Dormí de un tirón toda la noche.

En el autobús, mientras volvíamos a Teruel, hubo un continuo tráfico de agendas de direcciones. Yo escribía mi dirección en una, la pasaba e inmediatamente tenía otra en

mis manos. Y no sólo yo. Por todo el autobús se oían cosas como:

-¿Quién tiene mi agenda?

-¡Un boli, dejadme un boli!

-¡Eh, tú! Dame tu dirección...

-¿Quieres también el teléfono?

Iván y Ester ya se habían reconciliado.

-Oye, pareja, dame tu dirección y tu teléfono -decía Iván.

-Como quieras, «parejo».

Como no hubo incidentes en el viaje, llegamos a Teruel sobre las ocho de la tarde.

Y entonces comenzaron las despedidas. Mientras buscaba a mis padres entre la multitud, oí por casualidad que Iván le decía a Ester:

-Tú no te vas a cambiar de ciudad, ¿verdad?

-¿Yoooo? No, ¿por qué?

-Por si querías... eh... salir conmigo.

Imaginé que Ester le pegaría un berrido pero, para mi sorpresa, tartamudeó:

-Oh... bueno, yo...

¿Ester tartamudeando? Algo nunca visto. Mientras me alejaba, me dije a mí mismo que seguro que le había dicho que sí.

Cuando encontré a mis padres, que estaban con los de Víctor y Alex, nos disponíamos a marcharnos cuando nos detuvo un grito:

-¡8º A, 8º B y 8º C!

Eran Fernando y Alberto, que subidos en un banco, llamaban la atención a grito pelado.

-¡¡Escuchad!! -chilló Alberto-. ¡El viaje de fin de curso ha tocado a su fin! ¡Han acabado el curso y nuestros días en este colegio! ¡Lo hemos pasado muy bien todos juntos!

-¡Sólo queremos decir -prosiguió Fernando- que hemos sido buenos amigos durante mucho tiempo! ¡Nos hemos enfrentado a exámenes, profesores y cosas por el estilo todos juntos! ¡Ahora, que nadie diga que todo ha terminado, porque...!

Tomó aliento. Ambos gritaron a la vez:

-¡¡...porque volveremos a vernos!! ¡Y no nos olvidéis!

Hubo una gran ovación. Esteban e Iván subieron al banco con ellos.

-¡Estoy de acuerdo! -aprobó Esteban-. ¡Volveremos a vernos todos, así que, que nadie olvide a nadie!



-¡Y menos a mí! -soltó Iván-. Que cualquier día os llamaré por teléfono y, como no os acordéis de quién soy...

Carcajada general.

-Bueno -dijo Fernando-. Eso era todo lo que tenía que decir.

Más ovaciones.

Y luego, uno por uno dimos la espalda a nuestro viejo y querido colegio para dirigirnos a nuestras casas, sabiendo que se habían acabado nuestros días allí, pero que, a pesar de todo, nunca lo olvidaríamos, ni tampoco a los profesores y, sobre todo, a todos los amigos que hicimos allí.

\* \* \*

Estoy solo en casa. Paula está con sus amigas, mi madre ha salido a comprar y mi padre está trabajando.

Han pasado ya dos años desde que dejamos el colegio. Ahora, a finales de septiembre, estoy esperando que llegue el día en que vaya al instituto, que no abre sus puertas hasta octubre. Voy a empezar ya III ° de BUP.

Todo esto lo escribí en el verano después de dejar el colegio, y lo sepulté en el fondo de un cajón. El otro día, haciendo limpieza, volví a encontrarlo, y me decidí a añadir estas líneas después de volver a leerlo.

A veces quedamos los chicos y chicas que pertenecieron a 8ºC de nuestro último curso en el colegio. Siempre vienen muchos a la cita, pero nunca estamos todos porque, por una razón o por otra, siempre falta alguien. Pero, de todos modos, no hemos dejado de vernos en estos dos años. A todos les va estupendamente en sus nuevos centros de estudios, pero echan de menos nuestro viejo colegio.

El otro día me encontré con «Huracán» por la calle. Me contó que Alberto Benavent va a su misma clase, y que hay varios más, entre ellos Iván, que también están en su instituto. Esos tuvieron suerte. Hubo muchos que no encontraron a nadie conocido al marcharse del colegio.

En mi instituto están también Víctor y Alex, y Ana también, porque vivimos unos muy cerca de otros y nos tocó allí. Aunque Alex pudo entrar por los pelos. No quedaba ninguna plaza libre, Y de no ser porque uno de allí se cambió de instituto en el último momento, nos habrían separado.

Se me hace tarde. Tengo que ir a buscar a Lorena al colegio, se lo prometí. Es viernes por la tarde, y hemos quedado. Como ella va a un colegio privado, empezó las

clases en septiembre. Paula dice que ella no sería capaz de soportar el uniforme y una educación más rígida, habiendo pasado toda su vida en un colegio público, pero Lorena es más tranquila que ella y, a pesar de todos sus temores iniciales, se ha adaptado perfectamente.

También el curso de mi hermana causó problemas a don José cuando pasó a 8º. Fue una historia parecida a la nuestra, y Paula dice que a lo mejor algún día seguirá mi ejemplo y la escribirá. Ahora va a hacer 3º de BUP, y está en mi instituto. Mi madre quería meterla en un colegio privado porque mi prima también va a uno, pero ella no quiso. ¡Nada iba a apartarla de Alex! La lucha que libró para conseguir sus propósitos fue memorable.

Aún recuerdo todo lo que pasamos juntos todos los chicos en aquel curso de 8º.

Y pienso que, aunque hicimos muchas gamberradas, fue de buena fe, porque pensábamos que todo lo que hacíamos era con justicia. Ahora, mirando hacia atrás, me parece que sólo quisimos ayudar a la gente y... bueno, también vengarnos de algunos profesores y de otros chicos que nos hacían la vida imposible. Pero es que nuestro sentido de la justicia era muy exagerado entonces. De todas formas, a mí me parece que nunca quisimos hacer daño a nadie.

Éramos amigos. Y esa camaradería se demostró muchas veces a lo largo de ese último curso, me parece a mí. Y la ratificó Fernando Miralles cuando dijo, al la vuelta del viaje a Granada, aquella frase que hoy es lema de todos los que estábamos allí.

Porque tenía razón, evidentemente. Volvimos a vernos varias veces más, y no fue por casualidad. Nos mantuvimos en contacto, pese a que no coincidíamos en el colegio, como antes. Pero no importaba; éramos amigos.

Y lo seguimos siendo. Y lo seguiremos siendo. Y en el recuerdo quedarán, desafiando al tiempo, aquellos maravillosos años que pasamos juntos estudiando en un mismo colegio, en una misma aula. Y especialmente aquel curso de 8º, nuestro último curso juntos.

Como no hay adiós que dure eternamente, pondré punto y final a esta nota diciendo aquella ya célebre frase que pronunciaron Alberto y Fernando, y esperando que esta historia os haya gustado. Porque es una historia como las demás pero que, a la vez, es especial para mí, porque yo la viví.

Sin más dilación, pronunciaré la frase mágica: ¡¡¡VOLVEREMOS A VERNOS!!!